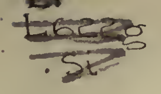

3 1761 04378 4602



COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXVIII.



HISTORIA

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

POR

LE SAGE.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

EL PADRE ISLA.

TOMO PRIMERO.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1883.

DECLARACION DE M. LE SAGE.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran, á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal, y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal cual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo. *Stulte nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No ménos en Francia que en España se hallan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exactamente las costumbres españolas. Por ejemplo: los que saben cómo viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados; pero creí deber hacerlo así porque fuesen algo mas parecidos á los nuestros.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy á contar.

Caminaban juntos y á pié dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad como una lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es, no es atolondrado, apénas leyó la inscripcion cuando exclamó riéndose á carcajada tendida: ¡Gracioso disparate! *¡Aquí esta enterrada el alma!* Pues qué *¿una alma puede enterrarse? ¡Quién me diera á conocer el ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!* Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dijo para consigo: *Aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dejó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró

debajo de ella un bolsillo; abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin: *Declárote por heredero mio á tí, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la insripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento volvió á poner la lápida como ántes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que encierran, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás en ellas, segun el precepto de Horacio, *lo útil mezclado con lo agradable.*

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Pérez; era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres piés y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y hé aquí la *vera effigies* de mi tio. Por lo demas, era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero

ahorraria; pero el pobre Gil Pérez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godínez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó à discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entónces era el oirnos disputar ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tio se le caia la baba, y se lisonjeaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: Hola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viaje te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tio proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo; sin embargo supe vencerme, y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enterneciose el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho ménos á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Héteme aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría: jamas me habia visto con tanto dinero junto: no me hartaba de verlo, tocarlo y retocarlo. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y examiné lo que podia ser. Vi en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasajero, tenga Vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y vi al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fuí echando poco á poco, y uno á uno, en el sombrero destinado para recibir la limosna de los cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula, para que cuanto ántes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viaje. Veia que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia

andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria ménos en el viaje; lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos ántes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson que tenia bella apariencia. Apénas eché pié á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto miéntras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las ajenas. Díjome que se llamaba Andreas Corzuelo, y que habia servido al rey muchos años de sargento, y se habia retirado quince meses hacia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Y despues me refirió otra infinidad de cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y adónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula y proseguir el viaje con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome, que si queria vender la mula, él conocia un muletero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entrámos en el corral donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atencion la examinó de piés á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo

mismo diria aunque fuera la mula del papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide Vmd. por su mula? Yo, que la daria de balde despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome este que pensaba salir ántes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedámos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa; y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladurías, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buen aspecto, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí de cenar. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Miéntras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dejado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafarote. Acercándose á mí con cierto aire alegre y apresurado: Señor licenciado, me dijo, acabo de saber que Vmd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea Vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo

este país? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, excuse Vmd., me dijo, mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apénas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vmd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo.[1] Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo para hacer compañía á Vmd. comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuánto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir cuando mi huesped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia sin cesar alabanzas sobre alaban-

[1] Que fué ahogado por Hércules de un abrazo.

zas, las cuales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos bríndis; con lo cual, y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el petardista, respondió : Tengo una excelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasiadamente delicado para Vmd. ¿Qué llama Vmd. *demasiadamente delicado?* replicó mi adulador. Traiga Vmd. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que anticipárseme. Dime por ofendido, y dijo con enfado al mesonero : Venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del taimado, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comida. Oh señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que Vmd. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfíe por lo comun de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá Vmd. encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea Vmd. su hazmereir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues qué! ¿solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligen-

cia los dos? !Ah, probre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado, que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apénas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y miéntras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que miéntras le pagaba el dinero, tuve el dolor de conocer estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al petardista, al mesonero y al meson.

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caríbdis, queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor, un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un caballerete de Astorga, y una jóven del Vierzo con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó adónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella el arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabélos. Hízonos apear en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con

ojos centellantes: ¡Por vida de quien soy! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos, mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podíamos conocer bien; ántes sí sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, así como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos á la prueba del tormento; y desde luego creimos que se habia de comenzar por aquí. Poseidos, pues, de esta aprehension, precipitadamente nos salímos del cuarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto para salvarse cada cual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente, de su mujer. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el cuarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido : no obstante, se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al cuarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alférez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mango de la alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto : echó mano del delincuente, y le condujo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que con toda resolucion quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia excusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto le despojasen, y que en su presencia le diesen doscientos azotes; y ordenó despues, que si al dia siguiente no parecia el marido de aquella mujer, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, salí prontamente al campo, y atravesando terrenos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino llegué por fin á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él, y á esconderme en el mas erizado matorral, cuando me vi de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dijeron; y como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dijese quién era, de dónde venia, y qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente, que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber dónde esconderme. Dieron una grande carcajada cuando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: No tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainámos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá asesinado tambien. Acaso serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegámos por fin al pié de una colina, donde nos apeámos. Aquí hemos de dormir, dijo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes no veia casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion: cuando vi que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada subterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dejaron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dejaron caer la trampa con unas cuerdas que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y hé aquí al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Pérez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva subterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entónces conocí entre qué especie de gente me hallaba; y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Di por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados; y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, cuando advirtiendo ellos mismos que de piés á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habíamos caminado como unos doscientos pasos, siempre bajando, y siempre caracoleando, cuando entrámos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja, y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salímos de la caballeriza, y á la triste luz de otros candiles que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegámos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Cuando moza eran sus cabellos de un rubio extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos, que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceitunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dijo uno de los caballeros, presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos; y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dijo: Vuelve, querido, en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacia falta un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera; te encontrámos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo

que murió quince dias há, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres; y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz y me mandó le siguiese. Llevóme á una bodega, donde vi una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos cuartos; unos atestados de piezas de lienzo, y otros de ricos paños y telas de lana y seda. En otro vi plata y oro, y mucha vajilla marcada con diferentes escudos de armas. Seguíle despues á una gran sala, que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros cuartos que se comunicaban con ella. Aquí me hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad; ahora bien, Gil Blas, me dijo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun acomodo, parece que naciste de pié, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho, aquí vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este subterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él: la entrada solo la conocemos yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás ¿cómo hemos podido nosotros fabricar este subterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada, de Aragon y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron, y se ocultaron en este país, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró tambien el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas; unos escondidos en cavernas, y otros en subterráneos, que ellos mismos fabricaron; y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares, y desde entónces los subterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos, pero todavía han quedado muchos; y yo, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el capitan Rolando; soy el jefe de la compañia; y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

De la llegada de otros ladrones al subterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el capitan, cuando aparecieron en la sala seis caras nuevas, que eran su teniente y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurrones llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en la pieza que servia de despacho, se entregó en la repostería la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Di principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pié para servirles el vino. El capitan les contó en pocas palabras mi historia de Cacabélos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el néctar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimédes, sucesor de aquella maldita Hebe[1].

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos

---

[1] *Hebe* tenia en el cielo el oficio de servir el néctar á los dioses en copas de oro; y habiendo un dia dado un tropezon, y caido sobre Minerva, en términos de que se ofendiese el pudor de esta diosa, para evitar iguales acontecimientos se le dió por sucesor á Ganimédes.

de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad: este grita, aquel canta; y en fin, ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponia mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz en un tono que impuso silencio á la compañía. Señores, les dijo, atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde vinimos á abrazar esta profesion. Con todo, me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no ménos para nuestra diversion que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del capitan, el cual comenzó á hablar en estos términos:

Ya saben Vmds., señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra mas que ella me diese de mamar. Vivia entónces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas sérias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez no aprendia á leer ni escribir; mas no por eso perdia el tiempo Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia yo perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones: cuando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban ménos mi agudo ingenio, cuando valiéndome de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entónces mi madre me sufocaba á cari-

cias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura, exclamaba: ¡oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no reparaba en hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en doce años, y aun no tenia ningun maestro. Buscáronme finalmente uno, pero mandándole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creian á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado: inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado á mujeres, al juego y á la taberna. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse, porque en breve tiempo y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parajes donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera la aficion á ello, que á excepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde di las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas y mas intolerables. Miéntras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa cuanto podia, y cuando

esto no alcanzaba, nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entónces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion, á pesar de los peligros que son anejos á ella.

Cuando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así: Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo, y el hombre mas feroz que habia en toda la ciudad: mi madre no era de condicion mas suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese, era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda: no habia misericordia para mí. y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que ántes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enhebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria.* Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo, que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que hacian contribuir á los pasajeros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entónces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dijo entónces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una aldeana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase un niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apénas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observacion le excitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo le agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada mujer, aprobó la superchería. De suerte que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos; y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor: yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho ménos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Enamorábala con tan poca cautela, que hasta el mismo don Rodrigo lo conoció. Reprendióme ágriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones; y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé sus pedrerías á la mujer de don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivía en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella á la mitad del dia para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casámos solemnemente, así por dar este despique mas á los Herreras, como por dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de

mi arrebatado matrimonio supe que don Rodrigo habia muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente á Sevilla á pedir su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre habia ya fallecido, y ántes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho, en presencia del cura y de otros buenos testigos. El hijo de don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que, no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi mujer, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina di principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya, diciendo que él era hijo de un mercader de Búrgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años despues. En fin, todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron bujías, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitan Rolando al suyo, y miéntras le ayudaba á desnudar: Ahora bien, Gil Blas, me dijo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio ni á la envidia. Jamas se oye aquí discordia ni disension: estamos mas unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable, pues no te tengo por tan tonto que te dé pena el vivir entre ladrones.

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa.

Despues que el capitan de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama: yo quité la mesa, y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste, como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges,

hijo? me preguntó la vieja: ántes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, cuando aquí está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Dá muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me condujo á una covacha, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu cuarto, me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo cuya plaza tienes el honor de ocupar durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se dejó morir en la flor de su edad: no seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh cielos! exclamé: ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia dado á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabélos, y quisiera haber padecido el tormento ántes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos lamentos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: miéntras todos estén dormidos ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde bajé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada, pero probaremos; no quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi covacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor; mas! ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apénas podia pasar la mano por entre ellas. Vime cortado y perdido con aquel nuevo impedimento que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo, no dejé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Di un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atras vi al maldito negro en camisa, con una linterna sorda en una mano, y con el azote en la otra. ¡Hola, bribonzuelo! me dijo, ¿querias escaparte? no amiguito, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Miéntras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pié. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden adonde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el orígen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo así, Gil Blas, me dijo el ladron apóstata, no há mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueses cartujo? Anda, véte á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por san Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro muy ufano de su hazaña se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo otra cosa.

Los primeros dias pensé morirme, riudiendo la vida á la melancolía que me consumia; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á mostrarme ménos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio: yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasion: Señores, les dije, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; paréceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme y en ejercer mi oficio de copero. Á la verdad quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en alguna de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo, el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que

por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarlo. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas: Caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan; y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que ántes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple chaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.

Hácia el fin de una noche de setiembre salí del subterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la oscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasámos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrímos un religioso de la órden de Santo Domingo montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula. ¡Bendito sea Dios! exclamó souriéndose el

capitan: hé aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel fraile: veremos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, dije, que quedaréis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dejarle tan desnudo como la palma de la mano, y traer aquí su mula. Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo y tráelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y me encaminé al religioso, pidiendo al cielo me perdonase la accion que iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: Muy mozo eres, hijo mio, me dijo, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto ¡Ah querido! me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de mis palabras, ¿qué es lo que dices? !Oh, qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. ¡Oh, padre mio! le interrumpí con precipitacion, no se tome vuesa reverencia ese trabajo, y déjese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero y no sermones. ¡Dinero! me dijo, muy maravillado. Mal conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi profesion y de mi carácter lo necesitan para viajar: en todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos, solo nos piden nuestras oraciones: en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos, mis compañeros me están esperando en aquel bosque; eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras, que pronuncié colérico y amenazándole el buen religioso mostró verse quitar la vida. Espera, me dijo, voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa: veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo ésto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entónces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula,

que desmintió la mala opinion en que yo la tenia de ser tan buena mula como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego á andar á buen paso. Apénas el fraile se alejó de mí, cuando me apeé, recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apénas me dieron lugar de apearme segun se apresuraban á abrazarme. Animo, Gil Blas, me dijo Rolando, has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartámos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, y todos tus movimientos; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladron, y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Di á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Despues que alabaron, tanto mas cuanto ménos lo merecia, la villana accion que habia hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demas. Aquellos malvados y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truhanerías sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dijo: Aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas agudos y chuscos que tú.

CAPITULO IX.

Del sério lance que siguió á la aventura del fraile.

Estuvímos en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasajero alguno que enmendase el chasco que nos habia dado el religioso. Salímos en fin para restituirnos á nuestro subterráneo, persuadidos de que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrímos á lo léjos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se los atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchámos en órden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitan y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí: me miró con ojos torvos, y con voz bronca me dijo: Oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido de que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso; y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á tiro de fusil. Todos traian armas; y miéntras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los demas. Aunque eran solo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de

dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veia; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *Victoria! victoria!* Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasía y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apénas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en si: miéntras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa: lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habian servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echámos pié á tierra para quitarles los tirantes, y las cargámos con los cofres que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la señora por órden del capitan, la cual aun no habia recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche, y á los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.

Llegámos á la cueva una hora despues de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre y cuidar de ellas; porque el viejo negro

hacia tres dias que estaba en cama, rendido á crueles dolores de gota, y á un reumatismo, que apénas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias: dejámos á aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que lográmos volviese del desmayo: mas cuando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginacion, otro tanto se veia pintado en sus ojos, que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos; y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan, pareciéndole mejor abandonarla á sí misma, que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasámos nosotros á la sala, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció el brazo del teniente, y le aplicó bálsamo. Hecha esta operacion, se pasó á ver lo que habia en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reconoció contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dijo: Confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; ántes bien lo confieso de buena fe; pero déjenme ustedes hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un Cid. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: se le debe perdonar, porque la accion fué muy empeñada, y para un mozo que jamas habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traido, y resolvióse que al dia siguiente iríamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabámos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apénas se percibia en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberlos contenido el capitan, representándoles, que á lo ménos debian de esperar á que se

recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitan refrenó su incontinencia: sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun despues de su muerte no habria estado seguro su honor.

Dejámos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retirámos cada cual á nuestro cuarto. Por lo que á mi toca, apénas me acosté, cuando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan fuertemente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haberme compadecido de su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginacion, y me inspiró un proyecto, que medité muy bien, y á cuya ejecucion di principio de la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y quejidos, y despues empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome extrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolcarme en la cama, y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traia una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro á pesar mio me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces, otro iba á calentar paños, y casi abrasando me los ponia en la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacian padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me vi obligado á decir, que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podia tardar en venir el dia, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas, me dijo Rolando, quédate aquí, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me dije á mí mismo: Ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situacion de oponerse á tu gloriosa empresa, ni Leonarda puede impedir su ejecucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestíme, tomé la espada y las pistolas, fuíme derecho á la cocina; pero ántes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda, me detuve, y apliqué el oido para escuchar lo que hablaba. Discurria con la señora desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entónces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándole poco para desesperarse. Llora, hija mia, le decia ella, y llora todo cuanto quieras: no reprimas los suspiros, y dá libertad á los sollozos; con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada, y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa: todos á porfía se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡Oh, y cuántas mujeres envidiarian tu fortuna si la supieran!

No le di tiempo á que dijese mas. Entréme en la cocina con intrepidez, y púsele una pistola á los pechos, amenazándola de quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenia tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, le dije: Señora, el cielo os ha enviado un libertador: levantáos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hi-

cieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse á mis piés, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogí despues unos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los piés de una gran mesa, amenazándola le quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí luego una vela, y acompañado de la señora desconocida pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro: llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, le dije que en ello no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchámos á la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no queria ser bueno; pero por mi buena suerte se hallaba á la sazon tan agravado de los dolores que habia pasado, y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrímos la reja, y llegámos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo, y de lo que mas cuidámos entónces fué de alejarnos cuanto ántes de él. Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardámos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontrámos con varios caminos Seguímos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entrámos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una mujer á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené al punto que guisasen una liebre y asasen una perdiz. Miéntras esto se disponia conduje á la señora á un cuarto donde comenzámos á discurrir, lo cual no habíamos podido hacer en el camino por la priesa con que viajámos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le habia hecho, diciéndome, que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir

que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la habia libertado. Contéle entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus desastres, como lo hizo, de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de doña Méncia de Mosquera.

Nací en Valladolid, y mi nombre es doña Méncia de Mosquera. Mi padre don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejóme pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas á pesar de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fué don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y airoso de todos, y reunia ademas otras prendas recomendables que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso, ni mas diestro; y en las justas era la admiracion de todos su despejo, habilidad y valentía. Finalmente, le preferí á sus competidores, y le di mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas y costó la vida á don Andres. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo: Querida Méncia, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor; me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Dióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á

decir que estaba pronto el caballo: desasióse de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues de partido don Alvaro supo su fuga el corregidor. Hizo le siguiesen, y no perdió diligencia alguna para haberle á las manos. Frustrólas todas mi esposo, y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecia á don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apénas tenia lo preciso para vivir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de cualquier parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante se pasaron siete años sin saber nada de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia muy bien á don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugues, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid don Ambrosio Mesía Carrillo, marqués de le Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años, y logran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de don Alvaro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí, á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante; pero qué digo, *á pesar?* Quizá lo que mas le movió fué el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veía, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez, que me miraba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me manifestó que habiendo mi esposo terminado sus dias en el reino de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia ya llorado sobradamente á un hombre cuya compañia habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la mujer mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del marqués, sus grandes bienes, y amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro, ni por el recelo de volverle á ver cuando ménos lo pensase: lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. No por esto desconfió, ni se acobardó; ántes bien, interesada ya por don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marqués. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fué esto lo que ménos contribuyó á dejar vencer mi repugnancia.

No pudiendo pues resistir mas tiempo, cedí al fin á tan repetidas porfías, y caséme con el marqués de la Guardia, el cual el dia despues de la boda me condujo á una bellísima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Tardajos y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hácia mí: observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme: estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su mujer, ni jamas amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á don Alvaro; pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí: no podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion cuando un dia asomándome á una ventana de mi cuarto, vi en el jardin un aldeano que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero, y por entónces no hice caso de él; pero al dia siguiente, habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que

estaba aun mas atento á mirarme: esto me conmovió. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró descubrir en él la fisonomía del desgraciado don Alvaro. Esta semejanza excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable, y di un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Ines, la criada de mi mayor confianza: descubríle la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo qne alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenáos, señora, me dijo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de aldeano, ni se hace creible que aun viva. Yo misma, añadió, voy ahora al jardin á ver á ese hombre, á informarme de quién es, y volveré al momento á desengañaros. Marchó al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada: Señora, me dijo, vuestra sospecha fué por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo don Alvaro: luego se me descubrió, y desea hablaros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el marqués habia partido á Burgos, y así dije á Ines que le condujese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le vi en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Ines me socorrieren prontamente, y despues que volví del desmayo: Tranquilizáos, señora, me dijo don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contrajisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de:... ¡Ah, don Alvaro! le interrumpí yo anegada en lágrimas, ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa puesto que vivís. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba ántes de desposarme con don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo ménos el consuelo de veros sin avergonzarme.

Amada Méncia, replicó don Alvaro en un tono que mostraba bien cuánto le habian enternecido mis lágrimas, yo no

me quejo de tí, ántes bien léjos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué un tejido de desdichas, y para su colmo nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situacion á que mi fatal cariño te habia reducido. Consideraba á mi adorada Méncia bañada en lágrimas, y esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la dicha de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquier otro de mis competidores cuando reflecsionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Por fin, despues de siete años de penas, mas enamorado de tí que nunca, he querido volver á verte. No he podido resistir á este deseo, y habiéndomelo permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto á Valladolid disfrazado en este traje á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí lo he sabido todo, y he venido en seguida á esta posesion, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aquí á turbar la ventura que gozas. Ámote mas que á mí mismo: respeto tu reposo; y acabada esta conversacion parto léjos de tí á terminar mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, don Alvaro, no, exclamé al oir estas palabras: el cielo no te ha traido aquí en balde; y no permitiré que segunda vez te apartes de mí: quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante. Créeme á mí, Méncia, me replicó, vive con don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas: deja que cargue yo solo con todo el peso de ellas. Añadió á estas otras razones semejantes; pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, ménos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dijo: Méncia, pues todavía amas tanto á don Alvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betánzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don

Ambrosio. Voy á dar órden de que traigan el carruaje á la puerta de esta casa, y al momento partiremos. A todo accedí: fué volando don Alvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sola Ines era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mia, porque estaba enamorada de un paje de don Ambrosio; lo que demuestra que el afecto de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa, y ciertas joyas que tenia ántes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marqués cuando su casamiento. Seguímos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminámos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontrámos en el camino á los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es el mismo, y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la señora y de Gil Blas.

Con efecto se deshacia en lágrimas doña Méncia al acabar de hacerme su relacion. Dejéle dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una mujer hermosa y afligida. Iba á preguntarle qué partido queria tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oímos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un caballerito que venia

en compañía del corregidor: paróse á mirar muy de cerca mi vestido, y despues de alguna suspension exclamó diciendo: Vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla: la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquellas palabras me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar ántes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio de que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la señora podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos, y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; ántes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prision, vino á ella con sus dos precursores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales, segun su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia en un tono lleno de miel y dulzura, no extrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Miéntras tanto fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de piés á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisfícelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

¡Oh vida humana! exclamé cuando me vi solo en aquel miserable estado, ¡qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apénas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy léjos de pensar que en tan poco tiempo habia de conocer á su corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí

la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y alentándome á mí mismo: Ánimo, Gil Blas, me dije, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjeo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia, intentaba querer entablar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamas me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimosexto dia se dejó ver el corregidor, y me dijo: Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venia contigo, examinéla sobre quién eres, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía viniste desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Di gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apénas habia acabado mi cumplido cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido si confesaba que me conocia, dijo descaradamente que no sabia quién yo era, y que jamas me habia visto. ¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una jerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo, me dijo el corregidor, bien ves

que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo desee. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba ménos el lóbrego subterráneo. Bien reflexionado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba ménos mal que en este calabozo. Por lo ménos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quizá muy feliz si solo puedo salir de aquí para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se encaminó despues.

Miéntras yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni ménos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla que caia á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo habia llamado la atencion de la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los primeros que vi fué el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablámos una larga conversacion, en la cual me vi precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras: lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reir, y me atraje su compasion. Él por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la mujer despues que un terror pánico nos habia separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse despues de mí,

prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas que, como él, habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias les movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, quien no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dijo: Gil Blas, aunque, si fuese yo un juez severo, podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Véte: ya estás libre, y puedes salir cuando quisieres. Pero díme, prosiguió, si te llevaran al bosque donde estaba el subterráneo, ¿no le podrias descubrir? No, señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí ántes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un lio de ropa, los cuales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia, me pusieron á la puerta de la cárcel, echándome á empellones fuera de ella.

La vergüenza que padecí al verme en tan mala ropa, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huír de la vista del pueblo, que no podia sufrir sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fuí á dar las gracias al cantorcillo á quien debia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia, le respondí, ella en sí es muy justa: solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo ménos me pudieran haber dejado el vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no díme: ¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha restituido á su primer dueño? No lo creas; porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo

tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Burgos á buscar á la señora á quien liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos, y partiré á Salamanca, donde procuraré aprovecharme de mi latin. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Burgos, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad; mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena voluntad, que no pude ménos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle; cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedímos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome con darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puentedura, poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de doña Méncia. Entré en un meson, cuya huéspeda era una mujer pequeña, muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí por la mala cara que me puso que no lo habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente le perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trajeron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipaje, quise entablar conversacion con le huéspeda, que me dió á entender con un gesto desdeñoso que tenia á ménos hablar conmigo. Supliquéla que me dijese si conocia al marqués de la Guardia, si estaba léjos su casa de campo, y particularmente si sabia en qué habia parado la marquesa su mujer. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y con muy mal talante, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puentedura.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un cuarto. ¡Un cuarto para él! me dijo la mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio: ¡un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aquí: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar,

porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba; no le repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuíme al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos doña Méncia.

No fuí perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar la cuenta con la huéspeda, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la Santa Hermaudad, que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la marquesa, su mujer, se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo fuí volando al monasterio en donde me dijeron que se hallaba doña Méncia. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarle un mozo recien salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darle el recado la tornera. Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco vi llegar muy enlutada á doña Méncia.

Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro dias há que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver, y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya con efecto estabas libre, pero que no se sabia tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido extremadamente. Consuélate, añadió conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado; no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropaje en que te veo. Despues del

gran servicio que me hiciste, seria yo la mujer mas ingrata de las mujeres si no hiciera nada por tí. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

Los lances, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde entónces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen á Búrgos despues de haberme oido la relacion puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa de don Ambrosio. Causó mi llegada una general y extremada sorpresa, pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marqués, profundamente afligido por mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen mi llegada: entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado del mas agudo dolor. ¿Quién te ha traido aquí? me dijo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Ines de que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido al subterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entónces. Apénas acabé de hablar cuando alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura: Basta, hija, ya no me quejo de tí. ¡Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has recobrado toda mi ternura. Sí, querida Méncia, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! ¡cuán poco me durará uno y otro! Conozco que mi última hora se va acercando. Apénas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de tí con el último á

Dios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, las que excitaron en mí una afliccion extremada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy tadovía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es proprio de mujeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de doña Méncia, acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me lo tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: Toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Díle mil gracias, y le juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento que estaba bien resuelto á no quebrantar, me fuí á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el traje se podia formar de mí, dije al mesonero, que aunque me veia en aquellos pobres trapos, tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente grandísimo bufon, mirándome y examinándome atentamente de piés á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué el bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun sastre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero, el cual traeria diferentes vestidos de todas clases para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche, dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí del subterráneo.

CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la señora; y del equipaje en que salió de Burgos.

Sirviéronme un copioso plato de manos de carnero fritas, y le comí casi todo: bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apénas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré? decia; ¿seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿acaso me inclina á ello mi propension? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide; quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo; y á esto me decidí.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos estuve esperando el dia con grandísima impaciencia, y apénas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavía en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les di órden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo: Caballero, ha tenido Vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aquí para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia: todos son mas duros que judíos: yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto; equivoquéme, quise decir con un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pié de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí, el cual me deslumbró sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones, y una capa; la ropilla

con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prendero, que conoció cuánto me agradaba, me dijo: En verdad que es Vmd. un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa Vmd. que este vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré del bordado? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿cuánto pedís por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la contestacion era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome Vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, médias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio cuando me vi tan bien equipado! no me cansaba de mirarme. Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumaje de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á doña Méncia, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho, á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio cuando me vi con la tal sortija, porque habia contado con regalo de mucho mas precio. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la señora, volví al meson haciendo mil calendarios; pero apénas habia llegado cuando entró en él un hombre que venia tras de mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastante largo que traia debajo del brazo. Así que vi el talego, que parecia

lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa: Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica á Vmd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil cortesías al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenia. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata, y exclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabeis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. Apénas há veinte y cuatro horas que estáis en Burgos, y ya haceis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mujeres; pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres, que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de doña Méncia. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo: Señor Gil Blas, confieso que desde que vi á Vmd. le cobré particular inclinacion; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que Vmd. es un hombre nacido para la corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá Vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y solo estiman á las personas que les son necesarias para sus fines. Ademas de este tiene Vmd. otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan; y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy pues de parecer que vaya Vmd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que

aparentan ser; y Vmd. solamente será atendido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente, en fin, un hombre de mi mano. Compre Vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo mas pronto que le sea posible.

No podia ménos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguinte compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díjome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

Dormímos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entrámos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un meson, que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me pareció mas hermosa que jóven. Dábale el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, despues de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apénas le respondí que sí, cuando, desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un

abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo, exclamó, por tan dichoso encuentro! á Vmd., señor caballero, á Vmd. venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el petardista taimado de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una descarada aventurera; pero lo que añadió me obligó á formar de ella un juicio mas favorable. Yo soy, me dijo, prima hermana de doña Méncia de Mosquera, que debe á Vmd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viaje de Vmd. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas há que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué forasteros se han apeado en ellos; y por las señas que me dió de Vmd. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Méncia. Me hará Vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará ménos mal que en un meson. Quise excusarme, haciéndole presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia á la puerta del meson un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipaje, porque en Valladolid, dijo, hay muchísimos bribones, lo cual era demasiadamente cierto. En fin, entrámos en el coche ella y yo con su vejete escudero; y me dejé sacar del meson de esta manera con gran pesar del mesonero, porque así se veía privado del gasto que él suponia que yo habia de hacer en su posada con la señora, el escudero y el morito.

Despues de haber rodado bastante paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, adonde subímos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bujías. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido don Rafael. Respondiéronle que no; y ella me dijo, volviéndose á mí: Señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡Cuán agradable será su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huésped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oímos ruido, y supimos le causaba la llegada de don Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle y muy airoso. Hermano, le dijo la señora, no sabes cuánto me alegro de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas

de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Méncia. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla don Rafael, y leyó en alta voz lo siguiente:

Mi querida Camila: El señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte, y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vínculo del parentesco, y aun mas por la amistad que nos une, le agasajes y obsequies cuanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo don Rafael todo género de atenciones. Burgos, etc. Tu prima que te ama: Doña Méncia.

¡Cómo así! exclamó don Rafael luego que leyó la carta; ¡es posible sea este el caballero á quien debe no ménos que el honor y la vida mi parienta! Doy gracias al cielo por este dichoso encuentro. Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dijo: ¡Oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debemos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Correspondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones, y á otras muchas semejantes, acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues don Rafael que todavía tenia yo puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasámos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes miéntras cenábamos me dijeron mil expresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de doña Méncia, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo buscaba ocasion, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró doña Camila me

confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viaje á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que quería proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si Vmd. gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Ademas de esto no nos faltará buena compañía; y creo que no echará Vmd. de ménos la ciudad. Acepté la oferta, y quedámos en que al dia siguiente iríamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y don Rafael lleno de alegría me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: Señor Gil Blas, ahí le dejo á Vmd. con mi hermana; voy á dar las órdenes necesarias para el viaje y para que se avise á las personas que nos han de acompañar. Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la señora dándole conversacion, en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dijo: Parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito: ¿entiende Vmd. de pedrería? Respondíle que no. Lo siento, me replicó; porque si lo entendiera me diria cuánto vale esta piedra, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y miéntras yo lo miraba, añadió: Regalómelo un tio mio, que fué gobernador en Filipinas, y los joyeros de Valladolid le aprecian en trescientos doblones. Lo creo, repliqué, porque me parece primoroso. Pues ya que á Vmd. le gusta, repuso ella, quiero hagamos un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano, y me miró con ternura: luego cortando de repente la conversacion me dió las buenas noches, y se retiró enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

Aunque era yo entónces uno de los cortejantes mas novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerre en el cuarto donde habia de dormir, y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi maleta, que estaba sobre una mesa, y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si ántes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente

caudal para bandearme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mujeres, cuando tan fácilmente he agradado á Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan halagüeñas, no dejó el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio, estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, para dar lugar á otro ménos favorable, aunque mas justo y verdadero; pues habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para aclarar mis sospechas, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dijo: ¿Qué quiere Vmd., señor? todos sus criados han salido de mi casa ántes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la de don Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el viejo: solo sé que esta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño, y que una hora ántes que Vmd. llegase, aquella señora con quien cenó anoche vino á pedirme un cuarto para un caballero principal que ella dijo viajaba incógnito: yo le di este, habiéndomelo pagado adelantado.

Caí entónces en la cuenta: conocí lo que debia pensar de doña Camila y de don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan pesaroso suceso, y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y maldije mil veces mi suerte. El posadero, á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo), mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardía como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion.

CAPITULO XVII.

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.

Despues de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento, debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volví pues á despertar mi valor, y me decia á mí mismo miéntras me estaba vistiendo: Aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras; y les agradecia el haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dejarme los botines, los cuales di al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Conque dando por supuesto que yo no las volveria á ver, como tampoco mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Burgos para recurrir segunda vez á doña Méncia; pero considerando que esto seria abusar de su bondad, y que ademas me tendria por un simple, deseché este pensamiento. Juré sí guardarme bien en adelante de mujeres; y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponia los ojos en mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo, no quise dejar de ir á saber lo que valia la sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, di á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer al pronto en quién era, aunque en otro tiempo lé habia conocido muy bien. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dijo: ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado

tanto, que no conozcas al hijo del barbero Núñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de lógica, y de cuantas veces argüímos los dos en casa del doctor Godínez sobre los universales y grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia yo venido en conocimiento de quién era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡Ah, querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de volverte á ver! ¿Pero qué equipaje te veo? ¡A la verdad que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo con bordado de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado; ¡pero á mí, que las vendo! Díme por vida tuya: ese bellísimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona. le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el Adónis de las mujeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queríamos separarnos tan presto, entrámos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunámos, y miéntras tanto le hice menuda relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy extrañas, y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, añadió: Amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de entendimiento reducido á la miseria? Espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca*, dice Ciceron, *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas, y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí: pedíla á su padre, negómela como era regular. Otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobremanera: De consiguiente, pudo mas con ella el placer que la obligacion.

Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su deseo de viajar, que quiso ir á Portugal; pero tomó otro compañero de viaje, y me dejó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos; y el resto duró pocos dias. Vime perplejo en aquella situacion. Comenzaba ya á guardar dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero igualmente un grandísimo obstáculo. Mandóme el padre que espiase al hijo y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso optar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor ya hombre viejo. el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte, pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre; y esto me disgustó de la pintura, y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde, por la mayor fortuna del mundo, me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavía, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordóñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo tuvo puesta su atencion en el bien de los pobres, y le mira con mucho amor, empleando á este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendicion del cielo! Él se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije: Por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero, hablando en confianza, paréceme que podias hacer un papel mas brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato; mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio

superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre bobo: entra ménos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se granjea su confianza, y hétele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pié cojeaba. Advertí que todo su deseo era le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice mas, procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que él representaba delante de los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo. ¿Y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: doyte mil parabienes por ellas. Mas por lo que á mí toca, vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el dia te se irá en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿qué premio te espera? Si el señorito sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Así, pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como un hijo de familia duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme, desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor, y sigue mi ejemplo. Sea así, Fabricio, le respondí; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado; y si yo me determinara á servir, quisiera á lo ménos encontrar con un buen amo. ¡Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscártele, y lo haré, aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion, salímos del figon, y Fabricio me dijo: Ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias; sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas cualidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegámos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Núñez me hizo entrar; y nos encontrámos con un hombre de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz descortesmente, no se levantó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse á servir de criado, cuando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto: Señor Arias de Londoña, aquí le presento á Vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele Vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió friamente Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: ántes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan.

¿Cómo qué, replicó Fabricio, está Vmd. quejoso de mí? ¿no me he portado bien? Mejor pudieras haberte portado: tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: Así gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes excelentes puestos: leerélos, y Vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así: Necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes, y muy á menudo estropea á los criados. Pase Vmd. adelante, dije yo prontamente; no me gusta el señor capitan. Rióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo: Doña Manuela de Sandoval, viuda, y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apénas la puede aguantar un dia entero. Diez años há que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, grandes ó pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela, y así todavía está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fáñez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y un gran salario; pero hace en ellos la experiencia de sus remedios, y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va Vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña, todavía no las he leido todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera: Tres semanas há que está sin criado doña Alfonsa de Solis: es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí al criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á ese puesto nos atenemos: el canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de

Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo, gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar, y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedímos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció, por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia, me proporcionaria otra tan buena, y aun quizá mejor.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo: estado en que este se hallaba y retrato de su ama.

Por miedo de nó llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamámos, y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Le estábamos preguntando si se podria hablar al señor canónigo, cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una mujer entrada ya en la edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la cual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con mucho respeto; y ella nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto y los ojos bajos.

He sabido, le dijo mi camarada, que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí, señora, respondió el hijo de Núñez, el mismo es; porque, tal como Vmd. le ve, le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un patriarca de las Indias. Al óir esto la buena de la beata, apartó los

ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dijo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que Vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, le respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de Vmd. Dos veces he venido á esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordóñez, administrador del hospital. Justamente, replicó entónces el ama, acuérdome muy bien, ya caigo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordóñez para saber que será Vmd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga Vmd. conmigo, y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguímos al ama del canónigo, el cual vivia en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díjonos esperásemos un instante en la primera, miéntras iba á avisar al señor canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dijo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detras de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las cortesías; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia granjeado bajo el magisterio del doctor Godínez en las disputas de filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo, no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: Amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo; basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordóñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran cortesía al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió muy alegre diciéndome al oído que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apénas habia salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á éntrambos sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y don Rafael

les hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le excitó una tos tan violenta, que temí fuese llegada su hora: aun no habia hecho testamento: considérese cuánto se turbaria la buena ama. Vila toda trémula y azorada correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente, y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entónces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta, temerosa que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guardaropa donde, entre otros vestidos, estaba el de mi predecesor. Hízòmele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podria servirme. Desde el guardaropa pasámos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buenà maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un jigote, la chanfaina, y en general toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde miéntras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponia la servilleta, prendiéndosela por detras con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan delicados manjares mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle: aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza adonde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Se

comió las pechugas y las piernas, sin dejar los alones. Siguiéronse los postres; y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada, y dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retirámos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo; pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo ó con un conejo; y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien, y lo pasaba alegremente; solo tenia un trabajo, no poco pesado para mi. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia. Gil Blas, me dijo la segunda noche, tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonía. Quince años há que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí que no sé cómo pagárselo; y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana, é hice bien. No podia ver á esta pobre mujer, y léjos de agradecerle lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen y el bien que me hacen. Vmd., señor, tiene muchísima razon, le respondí; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él! y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de tí como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo; si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia aguantar, yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas léve respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche, y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio: no merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable: ha de

complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por servirle.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó ménos la que le di de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. Á no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa; bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo granjearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comíamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, estaba yo pronto á mudarles de platos, á servirles de beber, y en fin á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darle conversacion, y le pregunté si vivian todavía sus padres. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo há que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir, descubrí yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia con sosiego, miéntras yo estaba en pié velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuia á mantener en ella aquel color vivo y fresco era, segun me dijo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

Que remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad: lo que resultó, y qué dejó á Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo ante todas cosas comenzase por hacer testamento; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años, á lo ménos, tenia continuamente empleada la tijera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es, no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, la que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Parecia que media sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono magistral: Trátase aquí de suplir el defecto de la traspiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que Vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Comunmente cubiletes y manjares jugosos, respondió el canónigo. ¡Cubiletes y manjares jugosos! exclamó suspenso y admirado el doctor; ya no me maravillo de que Vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que Vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe Vmd. vino? le volvió á preguntar. Sí, señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice Vmd. aguado!

exclamó el doctor. ¡Qué desórden! ¡qué espantoso desarreglo! Debia Vmd. haberse muerto cien años há. ¿Y qué edad es la de Vmd.? Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si Vmd. hubiera bebido solo agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guisantes ó judías, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerian todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfío de restablecerle, come se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entónces Sangredo me dijo fuese prontamente á llamar á un sangrador que él mismo me nombró, y le hizo sacar à mi amo seis tazas completas de sangre para empezar á suplir la falta de traspiracion. Despues dijo al sangrador: Maese Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y mañana repetiréis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apénas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrías, añadió era tambien preciso dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exactitud. Con efecto, inmediatamente pusimos á calentar agua; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco ó seis cuartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos á ello; de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en ménos de dos dias pusimos al pobre canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese:

Quita allá, amigo Gil Blas, me dijo con voz desmayada, ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la grande virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apénas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda, pues, y tráeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento. Cuando oí estas palabras, que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de ejecutar cuanto ántes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero: ¡Oh señor! le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavía no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio, repuso; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando: vé, pues, y haz cuanto ántes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando á ejecutar lo que me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: Señor, le dije, mi amo el licenciado Cedillo está acabando; quiere hacer su última disposicion, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonearse. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. Pues vamos, vamos apriesa, repuso él cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero, porque ese doctor es tan expeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

Diciendo esto, salímos juntos, andando aceleradamente para llegar ántes que el enfermo entrase en agonía; y yo dije en el camino al escribano: Y sabe Vmd. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á Vmd. que, si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo. Yo te lo prometo, me respondió, y fíate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegámos á casa, hallámos todavía al enfermo despejado, y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, dis-

poniendo al canónigo á que le dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salímos á la antesala, donde encontrámos al sangrador que venia á hacerle otra sangría. Deténgase, maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dijo: *No ha sido echado en olvido Gil Blas*; palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi exangüe, espiró en el mismo momento. Apénas acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto ántes á sus enfermos: con todo eso, léjos de atribuir su muerte á tanta agua, y á tantas sangrías, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dádole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir, el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó tambien siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer dia habian desahuciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzámos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la mujer mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron que el canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con las formalidades necesarias; y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, pronunciaron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí que verdaderamente lo merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testa-

mento que hablaba conmigo: *Item, por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio, le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin exceptuar ninguno.*

No sabia yo dónde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles; y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se titulaba *el Cocinero perfecto*; otro trataba *de la indigestion, y del modo de curarla*; lo demas eran las cuatro partes del breviario medio roidas de la polilla. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso era todos los autos de un pleito que habia seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo le habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso médico.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba muy cerca del rincon donde vivia, me encontré con el doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro traje, y mostrando particular gusto de verme: Hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como Vmd., dijo, no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente comigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente; te trataré con distincion; no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia; te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y, en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Acepté la proposicion del doctor con la esperanza de salir un célebre médico bajo la direccion de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban miéntras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducia toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal, que por lo comun no se podia comprender lo escrito. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuorio* ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo, ni mas ni ménos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruaje ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon; pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua sin tasa. Léjos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: Bebed, hijos mios: la salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? le detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una tísis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que ántes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padecí una diarrea, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que comia. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender, y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia. Cuando te hayas acostumbrado á beber agua, me dijo, conocerás sus virtudes. Por lo demas, si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica les comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de amapola.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion que, advirtiéndolo él, me dijo un dia: Ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mio; el agua bebida en poca cantidad solo sirve para remover la porcion de la bílis, y darle mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfríe demasiado el estómago. Léjos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto, y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon; y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la fe de Celso; ó por mejor decir, comencé á anegar la bílis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de dejar la casa del doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dejan envejecer á los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo, te quiero;

y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años há. Los demas médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo intento abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y hacer beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí: este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raíz toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas experiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré â la nobleza y al clero: tú visitarás á los del estado general que me llamaren, y despues de haber ejercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. Hé aquí, Gil Blas, que ya eres sabio, sin ser médico, cuando otros por muchos años, y la mayor parte toda la vida, son médicos ántes de ser sabios.

Di gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo de ser sustituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le ofrecí que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en traje de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad, y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve mas compasion de su sangre que de la del alguacil, y fuí muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quíen no habia visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una

carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No dejaba de tener razon: llevaba yo una capa tan larga que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraban mucho para dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por original y grotesca. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, si no me contuviera el decoro de la calle, y la representacion de médico, que no es un animal risible. Si mi ridículo traje habia movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y despues que se rió cuanto quiso: ¡Por cierto, Gil Blas, exclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿quién diablos te ha disfrazado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy sustituto del doctor Sangredo, médico el mas famoso de Valladolid. Tres semanas há que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina, de manera que, como él no puede visitar á todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. Él asiste á la gente pricipal y yo á la plebe. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya, y él se ha guardado la ilustre. Doyte el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son ménos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alejandro) si yo no fuera Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Núñez conociese que no exageraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entrámos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlámos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retirámos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo paraje.

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada.

No bien habia yo entrado en casa cuando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis, me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le entregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente luego que comí volví á echarme á cuestas el hábito de sustituto, y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á todos les receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesías á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamente: Señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y campañeros mios; pero confieso que la fisonomía de Vmd. es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que Vmd. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un jóven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á Vmd. la enhora-

buena, me replicó cortesmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será Vmd. habilísimo, aunque tan mozo todavía. Dijo esto con tanta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, cuando el droguero tomó la palabra, y nos dijo: Señores, tengo por cierto que ustedes saben uno y otro perfectamente la medicina. y así les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el mediquin, me preguntó sonriéndose con aire socarron: ¿Y cree Vmd. que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? Y como que lo creo, respondí animoso, sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y si no, que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate, asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico es conveniente dejarle padecer hambre y sed. ¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces me complazo en ir contra sus opiniones. Conozco por la explicacion de Vmd., repuso Cuchillo, la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangría y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos... Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad: no está bien en un hombre de la profesion de Vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dejarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura; y quizá Vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si Vmd. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba impugnándole, que no dejará ciertamente de responder, y entónces veremos quién es el que queda vencido. Por san Pedro y san Pablo, prorumpió lleno de cólera el doctorcillo, que Vmd. no conoce al doctor Cuchillo. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo; y en breve vinimos á las manos. Dimonos algunas puñadas, y nos arrancámos uno á otro por-

cion de pelos ántes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita, é hicieron quedar á mi antagonista, que verosímilmente les pareció mas hábil que yo.

Despues de esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apénas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Díjome mil desvergüenzas, y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Salí de aquella casa mas de priesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habíamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teníamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y despues nos retirámos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia; porque le conté con tanta energía lo que me habia sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así me dijo: Hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrópicos bebidas acuosas? ¡pobre mentecato! pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarian á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo ha-

bria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas; y así me dijo sonriéndose: Amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, exclamó, eran mas estimables, y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos, las termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en el vino; sino que concurrian allí á divertirse honestamente, y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sábia prevision de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas, que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya herbido, porque tengo observado que la herbida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin herbir llega solo á calentarse. Mas de una vez temí reventar de risa miéntras mi amo discurria en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo; abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavia me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópolis, de cuya falta tanto se lamenta Vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para

cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del droguero, no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondíle que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta su sobrina, que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando cuál fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una mujer en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atencion su fisonomía, y despues de haberla mirado por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció no me habia conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el traje de médico en que me veia. Toméle el pulso, y vi que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible conmocion al reconocer una alhaja á la cual tenia yo tanto derecho, yo estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mujeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dichoso don Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entónces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Miéntras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su postiza ó su verdadera sobrina. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia, ántes bien haciendo de hombre sabio é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependia de falta de traspiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente, y humedecerla bien, haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla segun el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Núñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió; no pienses en tal disparate, ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones, y si no acuérdate de lo que te sucedió en Astorga; tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra

industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjamelo pensar á mí miéntras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Mas de tres horas hacia que le estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque habia mudado de traje: traia el pelo trenzado, y unos vigotes postizos, que le tapaban la mitad de la cara: del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenia por lo ménos tres piés de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes vigotes y espadas largas. Servidor, señor Gil Blas, me dijo, acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene Vmd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de Vmd. el guiarnos á casa de la mujer que le robó el diamante; y le empeño mi palabra de que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que habia inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminámos á casa de Camila. Llamámos á la puerta, que ya encontrámos cerrada. Vino á abrirla la vieja; y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de miedo. No se turbe, madre, le dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: Infame, le dije, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, bribonaza. El corregidor dió oidos à mi querella, y órden á estos señores de arrestarte, y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil, dije á Fabricio, cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo há que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintado el desconsuelo y el terror: Señor Gil Blas, me dijo, apiádese Vmd. de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavía fuí mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que se me habian robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida Vmd. á mí, pídaselos al traidor de don Rafael, á quien no he visto desde entónces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah buena maula! interrumpió Fabricio, ¿pues qué, no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la carcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor corregidor no le pesará saber.

Al oir esto las dos mujeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Miéntras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba excitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de mano de la justicia. Era este un espectáculo digno de verse. Fingí ablandarme, y dije al hijo de Núñez: Señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demas. No deseo se aflija á esta pobre mujer, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por cierto! me respondió, Vmd. es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo ménos de cumplir con mi obligacion; y el señor corregidor expresamente me mandó prendiese á estas princesas, porque quiere su señoría hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento. Hágame Vmd. el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa, y suavizar un tantico el rigor de la órden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. ¡Oh¡ señor doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, vea-

mos lo que me quiere regalar. Daréle á Vmd., dijo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de píedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Os aseguro que son finas, dijo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas, dijo despues de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley, y si se añade á ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dije entónces á Camila, que por semejante friolera quiera Vmd. deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mujeres: á Dios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija: deja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid.

Ejecutado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salímos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habíamos ido á recobrar una sortija, y nos llevámos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Léjos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mujeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dijo Fabricio, luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y

repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarian algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentámos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas: sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia, y fácilmente penetrámos su intencion. Al principio pensámos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número, como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. Señores, nos dijo el comandante con cierto airecillo burlon, tengo noticia de la ingeniosa invencion con que ustedes han recobrado de mano de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. La estratagema fué ingeniosa y excelente, tanto que merece ser públicamente premiada; recompensa que no se les puede á ustedes negar. La justicia, que tiene destinado á ustedes digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio. Turbáronse á estas palabras todas las personas á quienes se dirigian, y mudámos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo, Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos. Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó cuando ménos á baqueta esa inocente superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano, os llevasteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que

para hacer este robo, os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía, y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Seréis muy dichosos si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando llegámos á comprender que la cosa era mas séria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echámos todos á sus piés, y le suplicámos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles, que habiendo sospechado la vieja que vivia con Camila, que no éramos gente de justicia, nos habia seguido á lo léjos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda para vengarse de nosotros.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo, sin dejarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas, por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla tenia unos mismísimos modales. Miéntras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el cabo de ronda referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos á la horca sin remedio, y otros ménos severos decian que la cosa se podria componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en las galeras. Miéntras resolvia sobre esto el corregidor, nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormímos sobre paja extendida ni mas ni ménos que se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al siguiente dia, habiendo oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolvió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres, bien que no salímos de la prision como habíamos entrado. El

collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis, etc.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo, y me dijo: Mi pobre Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; ántes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Léjos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer que se beberia mucha agua, y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé cómo era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo ménos que estaba agonizando. Como todavía era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dije uu dia al doctor Sangredo, protesto al cielo y á la tierra, que observo exactamente el método de Vmd., pero con todo, mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco ménos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos; y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermedades. Señor, le repliqué, si Vmd. quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas; ensayemos el quérmes; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo, siendo así, no es razon conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirian que Vmd. se habia desengañado, y lo quitarian el crédito. Perezca ántes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros

adelante nuestro tema. Al cabo nuestros campañeros, á pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejámos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habíamos echado á la sepultura, ó un tio que se quejaba de que hubiésemos muerto á su sobrino; pero nunca veíamos á ningun sobrino ó hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios habíamos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos, tambien eran prudentes; pues ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido su mujer. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epítetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oia con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oirlos con igual serenidad si el cielo, quizá por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la inclinacion á la medicina que ejercia con tan infeliz éxito, y el cual describiré fielmente aunque el lector se ria á mi costa.

Habia cerca de casa un juego de pelota, adonde concurria diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdonavidas de profesion, que se erigen en maestros, y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parajes. Era vizcaíno, y hacia que le llamasen don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centellantes, que parecia daban vueltas en las órbitas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y desabrida, que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvia soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrian entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas, tenia seguro al dia siguiente un desafío. Este señor don Rodrigo, tal cual le acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre

le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazon de la dueña del juego. Tenia esta cuarenta años, era rica, bastante bien parecida, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego adonde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaria de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia entrar en casa al furioso vizcaíno; y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme en fin á dejar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

Adónde se encaminó Gil Blas despues que salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvia á mirar atras por ver si me seguia el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en la imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él; y continuamente me estaba dando saltos el corazon; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué, y proseguí mi viaje con mayor quietud, dirigién-

dome á Madrid, adonde habia hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y solo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina, ántes bien pedia perdon á Dios de haberla ejercido. Con todo no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos; semejante á las mujeres públicas, que despues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Ademas tenia gran gana de ver aquella corte, que me habian pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Miéntras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traia á cuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente traje, quedámos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viaje, él no manifestó ménos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dejado á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió, habria encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que há diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzámos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenia apetito, En llegando al meson lo veremos, le respondí. ¿Pero no se puede tomar ántes alguna parva? me replicó; yo traigo en la

alforja algo que almorzar: cuando camino siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon, y colgando la vacía del cinto. Alabé su prevision, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Me sentia con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistia en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de la alforja, fué una botita llena de vino que aseguró ser muy exquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien, y no los desairámos. Vaciámos tambien toda la bota que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viaje con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Pareciéndome que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le di el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á Vmd. tal cual ella ha sido. Y diciendo y haciendo, comenzó á contarla poco mas ó ménos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Pérez de la Fuente mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras), despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader, y trató en mercería. El tercero, llamado

Tomas, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legítima, y se fué á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad; pues parece habian apostado á cual habia de parir mas. Mi madre, que era la mujer del barbero, parió seis en los cinco años primeros de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio, y apénas cumplí quince años, cuando un dia me echó á cuestas la alforja que veis, y ciñéndome esta misma espada, ea Diego, me dijo, ya puedes ganar la vida, véte á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Véte, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España; no quiero oir hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano, y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio ménos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, cuando examiné la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y un pedazo de jabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. Á esto se reducia todo mi haber. Por aquí podrá Vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida no habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, é impedia caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con un hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mi-

rando con atencion algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: Sí, me dijo, con mucha dulzura, sí, caballerito mio, Vmd. será servido como un príncipe. Condújome á una pieza pequeña, y un cuarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato, que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este exquisito guisado con un vino que, segun él decia, el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester, para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama, mas propia para despertar á una piedra, que para dormir. Figúrese Vmd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia extender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso, el colchon de pluma se reducia á una especie de jergon ético y estrujado, cubierto de una sábana doblada, que despues de su última lavadura habria servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que ántes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, luego que hube almorzado, y pagado bien la buena comida que me habian servido, me planté de una tirada en Segovia. Así que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome solo de comer y vestir; pero no paré allí mas que seis meses, porque otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me levantó de cascos, y me marché con él á esta villa Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pié que en Segovia, en una tienda de las mas concurridas, pues su vecindad al corral[1] del Príncipe atraia á ella tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Allí iban personas de todas clases, y entre ellas, comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sugetos de esta clase: pusiéronse á hablar de los poetas y las poesías del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tio. Entónces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zabaleta, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó excesivamente. Y Luis Vélez de Guevara, dijo el otro, ¿no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á

[1] Así se nombraban entónces los teatros en Madrid, y así se han nombrado casi hasta nuestres dias.

cuántos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Sí, dijo uno de ellos, don Pedro de la Fuente es un grande autor; sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado de la corte y del pueblo, ni de que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que nada gasta, y así es preciso que esté muy bien y tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que dijeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y parecia haberse extrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé de las señas de su casa, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer con él. Solo me detenia el haber oído á los cómicos llamarle don Pedro. Aquel *don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como habia sabido hacerse sabio podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y así resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuellierguido de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo ménos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero me dijese cuál era el cuarto del señor don Pedro de la Fuente. Suba Vmd. por aquella escalerilla, me dijo, mostrándome una que estaba al fin de un patio, y llame á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor don Pedro de la Fuente. Sí, señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las trajera del Padre Santo de Roma no le haria yo á Vmd. entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y miéntras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta mediodía; y así puede Vmd. ir á dar una vuelta y volver entónces.

Salime, pues, y me fuí á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo para mí, que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme, porque medía su corazon por el mio; así contaba con que seria muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene Vmd. muy á tiempo, me dijo el paje: presto saldrá mi amo, espere Vmd. aquí, que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido á mi tio Tomas que le hubiera tenido por el mismo, á no haberle visto en aquel traje y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto, y le dije que era hijo de maese Nicolas de la Fuente, el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que hacia tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Miéntras le estaba hablando advertí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando á la cuenta si me conoceria ó no por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando cierto aire jovial y risueño, me dijo: Y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relacion hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba demasiado en tan menuda explicacion; y queriendo conseguir su intencion: ahora bien, querido Diego, me dijo, apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no están tan estragadas las costumbres. Véte, pues, y cuando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viaje. Diciendo esto me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y di cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor don Pedro, me dijo: Yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que permanecieses en Madrid. Él trata con tantas personas de distincion que fácilmente puede colocarte en una

casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras, que excitaron en mi imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tio, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme con algun personaje de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes, y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados, miéntras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo: ¡Cómo, bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio! anda, véte, que yo te dejo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los piés en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y mucho mas me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme llorando, y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto; pasé por la contraria, del sentimiento á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente sin el cual habia vivido hasta allí y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entónces mas que en cultivar mi talento, y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el dia, y por la noche, para recrear un poco el ánimo, aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un hombre de edad á quien yo afeitaba. Llamábase *Márcos de Obregon*, y me enseñaba la música, que sabia perfectamente, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como experiencia, y me queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la mujer de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo á ver todos los dias al anochecer, cuando no habia qué hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos á las gentes que nos oian. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina, que así se llamaba la mujer del médico. Bajaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas le agradaban. Su marido no le impedia esta diversion, pues aunque español y viejo no era celoso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia, y cuando se retiraba á casa por la noche, iba tan cansado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprehension

le causaba el gusto que su mujer tenia de oir nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadia que aunque su mujer era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen. Y así no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queríamos.

Una noche que fuí á la puerta del médico para divertirme, como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco ántes de principiar la música. Así que nos vimos en una calle excusada y solitaria, adonde me fué llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad: Querido Diego, me dijo con semblante triste, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero, y he tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podíamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro, y que todavía no habia dado la vuelta por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Cuando un año há entré á servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su mujer, y presentándome á ella me dijo: Márcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquier parte que vaya. Quedé admirado al ver á doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y en extremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagradó tanto á doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo: *Oiga el impertinente, el atrevido: ¿quién le ha enseñado á tomarse estas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni aguanto requiebros.* Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas pronunciadas por aquella boca tan agraciada, y tan ajenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á conciliar aquel modo de hablar grosero y desabrido, con todo lo demas que observaba en una mujer de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya á ello, léjos de enfadarse, se tenia por

muy afortunado en que le hubiese tocado una mujer de aquel extraño carácter, tanto que me dijo: Márcos, mi mujer es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para ir á misa, me mandó que la fuese acompañando á la iglesia. Apénas salímos á la calle, cuando encontrámos dos mozalvetes, que admirados del aire y garbo de doña Marcelina, le dijeron al paso algunas cosas muy lisonjeras; pero ella les respondió con tal despego, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprender cómo podia haber en el mundo una mujer que llevase á mal el ser alabada y aplaudida. Señora, le dije, haga Vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen; ménos malo es callar que responder con desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy mujer que sufro me pierdan el respeto. En fin, profirió tantos desatinos, que no pude ménos de decirle mi sentir, aunque fuese á peligro de disgustarla. Le hice presente del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder con su carácter adusto mil bellas prendas de que la habia dotado: que una mujer de genio afable y de modales atentos podia hacerse amar sin el auxilio de la hermosura; cuando, por el contrario, la mas hermosa si no es afable y agasajadora se hace un objeto de desprecio. A estas razones añadí otras, dirigidas á la correccion de sus ásperos modales. Despues de haberla aconsejado á mi satisfaccion, temí me costase caro mi celo y fidelidad, excitando su cólera, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto; mas no sucedió así, no se enfadó de mis insinuaciones, contentándose con no seguirlas; y el mismo efecto produjeron las que tuve la tontería de hacerle los dias siguientes.

Canséme de advertirle en vano sus defectos, y abandonéla á la aspereza de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Este natural tan agreste, esta mujer tan orgullosa, de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban, ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta le digan que es hermosa, y que ningun hombre la puede mirar sin cobrarle aficion. Son muy de su gusto los requiebros; y en suma ya es otra muy diferente mujer. Esta mudanza apénas es comprensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Sí, mi querido Diego, tú has sido el autor de una trasformacion tan extraña; tú, quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera; en una palabra, tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y ó yo conozco mal á las mujeres, ó mi ama se abrasa por tí

en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta es la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que Vmd. me ha dicho, ni mucho ménos que sea desgracia mia el que me ame una mujer hermosa. ¡Ah Diego! me replicó, bien se conoce que discurres como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada dia mas la pasion de doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato llegará á conocerlo el doctor Oloroso su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí, porque no tiene el mas leve motivo para tener celos; pero despues se pondrá furioso, se vengará de su mujer, y podrá hacernos á tí y á mí un flaco servicio. Pues bien, señor Márcos, le repliqué, cedo á vuestras razones, y me entrego á vuestros consejos. Dígame Vmd. qué debo hacer, y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente. Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco á poco se le irá entibiando la pasion, y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocaremos y cantaremos sin inconveniente. Ofrecílo así; y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda pues que yo era un mozo que no podia ser visto sin peligro.

Sin embargo el buen Márcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él no sirvió para templar el fuego de doña Marcelina, ántes bien produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar le preguntó por qué razon habíamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióle que tenia tantas ocupaciones, que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia, y le dijo á su escudero: Márcos, tú me engañas, Diego no ha dejado de venir aquí sin motivo; y esto encierra algun misterio que quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que así te lo mando. Señora, respondió él pagándole con otra mentira, ya que Vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse sin cena, y ya no se atreve á

exponerse á ir á la cama sin cenar. ¡Cómo sin cenar! exclamó ella lastimada. ¿Por qué no me lo has dicho ántes? ¡pobre mozo! Anda al instante, y tráemelo contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le guarde aquí siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! exclamó el escudero, admirado de oirla hablar de aquella suerte; ¡qué mudanza, cielos! ¿Sois vos, señora, la que me habláis en esos términos? ¿Pues de cuando acá os habéis hecho tan compasiva y sensible? Desde que tú viniste á esta casa, me respondió prontamente; ó por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdeñosos, y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas, ¡ay de mí! prosiguió ella enternecida, que he pasado de un extremo á otro. De altiva é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar, y su ausencia muy léjos de templar mi amor le inflama mas y mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya excitado en vos una pasion tan vehemente? Yo disculparia vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero de gran mérito... ¡Ah Márcos! interrumpió Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mujeres, ó tú, no obstante tu larga experiencia, todavía no las conoces bien, si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgarlo por mí misma nunca reflexionan para enamorarse. El amor es un desórden de la razon, que á pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto, y nos sujeta á él. Es una enfermedad que nace en nosotras, y nos atormenta como la rabia á los animales. No te canses pues en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño; basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece hechicero y mas hermoso que el sol; fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta, y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora, replicó Márcos, ¿habéis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baja y humilde condicion... Yo no soy mejor que él, me interrumpió; pero aun cuando fuera una mujer de distincion, nunca repararia en eso.

El resultado de esta conferencia fué, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su capricho, y se retiró como un diestro piloto cede á la tormenta que le desvía del puerto donde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo mas, por dar gusto á su ama me vino á buscar, me llamó aparte, y despues

de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: Bien ves, Diego, me dijo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mio, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique mas que nada á su reputacion. No me hice de rogar, y respondíle que iria á su casa con mi guitarra así que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta agradable noticia. Hízolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de piés á cabeza con cierto *agua va*, que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado no sabia qué partido tomar. Volverme á casa era exponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipaje no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del médico, persuadido de que encontraria á Márcos á la puerta, y que todo se remediaria ántes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podíamos divertir á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiare el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apénas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las mas funestas desgracias; y despues como si hablase con la puerca que me habia puesto de aquella manera, se desfugó echándole mil maldiciones. Señora, le dijo Márcos, moderad esos impulsos, considerad que el lance fué puro efecto de casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque miéntras Márcos me estaba limpiando con una toalla, Marcelina fué corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de per-

fumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos, y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumerio y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me trajo pan, vino, y algunos pedazos de carnero asado que tenia guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, y ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Márcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena templámos prontamente los instrumentos, y arreglámos las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oirnos; bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que miéntras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto, aunque ya habia mucho que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas le parecian instantes, y de buena gana hubiera estado oyendonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian horas, no la hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decirselo mas de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha, y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos, que hasta entónces le habia respetado, quiso inquietarle, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo mas prohibiéndonoslas en tono de amo que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notificóme Márcos esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me desazonó muchísimo, porque sentia perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel reves de la fortuna. No así Marcelina, cuya aficion cobró mayor fuerza. Querido Márcos, dijo al escudero, de tí solo espero algun consuelo; ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego. ¿Qué es lo que Vmd. me pide, señora? le respondió colérico. Demasiada contemplacion he tenido con Vmd. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasion contribuya yo á deshonrar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme

á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprensible. Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso. ¡Ah Márcos! replicó la señora, asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon cuando hablas de marcharte. ¡Pues qué! ¡piensas, cruel, dejarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh, y quien tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas..... Pero ¡qué es lo que digo, continuó ella llorando, desdichada de mí! ¡á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! no, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasion me ha trastornado el juicio; compadécete de mi flaqueza. Tú eres mi único consuelo; y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Márcos (que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto) no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! no tengo fuerzas para combatir vuestra pena que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliaros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, cuando la compasion sola lo ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasion de Marcelina. Á la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dijo tenia ya pensado el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oídos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Miéntras me disponia á rasurarle me dijo: Señor Diego, ¿cómo le va á Vmd. con su amigo el viejo escudero Márcos de Obregon? ya sabrá Vmd. que está para marcharse de casa del doctor Oloroso. No por cierto, le respondí. Pues

sépalo Vmd., me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban de tener ahora una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: Señor boticario, tengo que hacer á Vmd. una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante, que guardase á mi mujer. Ya entiendo, respondió mi amo: Vmd. necesitaria de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que aunque há seis semanas que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero se la cedo á Vmd. gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexo frágil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi mujer (que como Vmd. sabe era moza y linda) no vi en mi casa ni aun la sombra de un galan. Sí por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo; sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré mas: mi mujer á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Márcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á tí toca, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos. Agradóme mucho la moral de Márcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era, yo lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi

empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuian á aquella mujer era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora médica habia adormecido á aquel Argos, y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeitar á un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondíle que sí, y ella me replicó: Pues á Vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Muy bien, le repliqué yo; pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de Vmd., señor Diego, el cielo le conserve. ¡Qué galan sois! A fé que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otra. Diciendo esto se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Márcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí di principio á mis maullidos, que debian oirse de léjos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Un momento despues bajó la misma Marcelina á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subímos á la sala en donde habiámos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardia sobre la chimenea. Nos sentámos juntos para dar principio á nuestra conversacion, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer solo causaba la conmocion de Marcelina, y la mia estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teníamos que temer por parte de su marido, pues se habia apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegría. Sin embargo, le pregunté: Señora, ¿cómo habeis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creia que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras, y mucho ménos de vernos á solas. Sonriéndose entónces Marcelina de mi pregunta, me contestó: Dejará de sorprenderte la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias, y me dijo: Marcelina, te entrego á la direccion de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes, y un espejo en que debes mirarte de continuo para

instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la mujer de un boticario amigo mio; pero dirigió .... de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.

Estas alabanzas que el aspecto grave de Melancia no desmentian, me costaron muchas lágrimas, y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendria que escuchar desde la mañana hasta la noche, y las reprensiones que me seria forzoso aguantar todos los dias. En fin, consentí en llegar á ser la mujer mas desgraciada del mundo, y olvidando toda consideracion en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad al aya luego que me vi sola con ella: Sin duda os dispondréis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida, y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazon está dominado de una pasion que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podeis tomar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla. Al oir estas palabras la dueña adusta, que bien creí iba á ensartarme un sermon por primera entrada, se puso risueña, y me dijo con un tono afable: Mucho me agrada vuestro carácter; vuestra franqueza provoca la mia, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah! bella Marcelina, qué mal me conoceis si formais juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi exterior. No me tengais por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil á las mujeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputacion que da la virtud. Para entre nosotras, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el dia todos se contentan con tener sus apariencias.

Dejáos guiar por mí, continuó el aya, y veréis cómo se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece mas respetable la frente de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡cuántas piezas le jugámos su mujer y yo! ¡Qué amable era aquella señora, y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud: ha tenido qué sé yo cuántos amantes á quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamas. Así, señora, miradme con ojos mas favorables, y estad convencida de que, por mas talento que tuviese el es-

cudero que os servia, nada perderéis en el trueque, y aun tal vez os seré mas útil que él.

Figúrate ahora, Diego, continuó Marcelina, si habré agradecido á la dueña el habérseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creia de una virtud austera. Vé ahi cómo se juzga mal de las mujeres. Melancia se granjeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad, y la abracé con un gozo extremado que le manifestó con anticipacion cuánto me alegraba de tenerle por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedí que me proporcionase cuanto ántes une conversacion á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló, y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la mujer del boticario. Pero lo que hay de mas gracioso en esta aventura, añadió Marcelina riéndose, es que Melancia, por la relacion que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él, y ocupa mi lugar en este momento. Lo siento mucho, séñora, dije entónces á Marcelina, y de ningun modo apruebo vuestra invencion. Vuestro marido puede muy bien despertarse, y echar de ver el engaño. ¡Oh, eso no!, replicó ella con precipitacion; no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una mujer que te quiere.

La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecia mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasion; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las Risas y de los Juegos, se disponia á labrar mi felicidad, oímos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el Amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que habia en la sala; apagó la luz, y (como lo habia concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese) se fué á la puerta de la alcoba en que dormia su marido. Entre tanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repeticion que, despertando el doctor, se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arrojóse esta de la cama, aunque el viejo, que creia era su mujer, le decia que no se levantase; reunióse con su ama, que sintiéndola á su lado, la llamaba á gritos para que fuese á ver quién estaba á la puerta. Ya estoy aquí, señora, le respondió el aya, volvéos á la cama si quereis, que yo voy á ver lo que es. Durante este tiempo, habiéndose desnudado Marcelina, se acostó con

el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la oscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable, y la otra tenia mucha disposicion para serlo.

El aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo: Señor doctor, tenga Vmd. la bondad de levantarse aprisa, porque al librero Fernández Buendía, vecino nuestro, le acometió una apoplegía, y os llaman de su parte para que voleis á su socorro. El médico, vistiéndose lo mas pronto que pudo, partió á casa del enfermo, y su mujer en bata de noche vino con el aya á la sala en donde yo estaba, y me sacaron de debajo de la mesa mas muerto que vivo. Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina, serénate. Al mismo tiempo, diciendome en dos palabras de qué modo se habia arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto el aya. Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero, y volverse inmediatamente; ademas de que, añadió, viéndome traspasado de miedo, ¿qué hariais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle, y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo, tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mí, ménos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fuí á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremes, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al dia siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche, y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hice tan

al natural, que un vecino que volvia á su casa, teniéndome por uno de estos animales, cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los piés y me le arrojó con toda su fuerza, diciendo: *¡Maldito sea el gato!* Recibí tan fuerte golpe en la cabeza que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas, y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscase algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.

Contóme el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me vi precisado á oírselas, y en verdad que no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegámos á Puente de Ducro, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopra, y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguímos nuestro camino, habiendo ántes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentímos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogímos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontrámos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte, de buen rostro, y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire ri-

sueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitímos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacámos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. ¡Oh señores! exclamó enajenado de alegría, verdaderamente que ustedes vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo venidero. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo á pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dijo Diego, será Vmd. comediante. Adivinólo Vmd., respondió el desconocido, por lo ménos há quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender. Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza; tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pié, ni hacer almuerzos á lo san Anton; y me temo, me temo que si Vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense Vmd. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es, que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á Vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañia de tan gran personaje.

Comenzámos entónces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejámos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante: Estoy admirado de ver á Vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone Vmd. si le hablo con esta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido Vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber Vmd. que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da Vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y sino miren ustedes esta ropilla (diciendo esto nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas); esta es la tela que comunmente me sirve de forro; y si todavía tienen curiosidad

de ver lo que hay en mi guardaropa, contentaré á ustedes. Hélo aquí: (y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raida, con un penacho de viejísimas plumas, unas médias de seda con mas agujeros que un cribo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada). Ya ven ustedes ahora qué soy mediánamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿no tiene Vmd. mujer ni hija? Sí, señor, respondió Zapata; pero vea Vmd. la desgracia de mi estrella: tengo mujer moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dejaria morir de hambre; pero por mi poca fortuna di con una mujer de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una mujer virtuosa que era del número de los cómicos de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó Vmd. con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? Entónces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mujeres que no son de la profesion, y por fortuna suya Madrid es bueno, y se suelen encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó Vmd. entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor. Vmd. se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañía; pregúnte Vmd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad por lo ménos merecian ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturdido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama miéntras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela quo el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia

tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea Vmd. cuánto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y no teniendo medio para ser admitido en la compañía, á pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora, donde están mi mujer y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático, se levantó, echóse á cuestas la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros: A Dios, nos dijo con mucha gravedad, quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle Vmd. en Zamora á su mujer mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzámos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto, creyó que todavía le sonaban en los oidos: y volviendo la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, léjos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su viaje dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte con grande algazara; y cogiendo otra vez el camino real seguímos nuestra marcha.

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego á sus parientes; y cómo Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones.

Fuimos aquel dia á dormir entre Mojados y Valdestillas á un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente á las once de la mañana entrámos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como Vmd. que tanto amor tiene á su tierra, parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Vmd. me la pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me presenta como una ciudad. Era razon que por lo ménos la tratase Vmd. de villa grande. Yo le pido perdon, respondió el barbero; pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza, y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por

ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura, y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallámos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y alrededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina, que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas dentro de las tiendas, otros echaban vino en grandes vasijas de barro: estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastante elevado, que estaba adornado con algunos bastidores de carton pintado de diferentes colores, y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo: Esto me huele terriblemente á mi tio Tomas; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula. Lo que me enfada es, que en las conversaciones encaja sin cesar pasajes enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos, y está instruido en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. g. aquella de que *en Aténas lloraban los niños cuando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no la sabríamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos ibamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomas de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino; tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dijo: ¡Oh querido sobrino Diego, conque al cabo has vuelto á ver á tus dioses penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh dia, tres y cuatro veces beato! *¡albo dies notanda lapillo!* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel gran talento, ya es víctima de Pluton: tres meses há que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete piés de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore.* Tenia muchas pensiones de los grandes; y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia.

Mas insensato que aquel griego Aristipo, el cual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga los incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolas colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit.* Este himeneo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos dias con todo el aparto que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya; y por su turno costean la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado ántes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto; y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos divertió con una bellísima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus.* Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, rey de Marruécos.* Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y los tengo en mi casa á pupilaje. ¡Excelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion parecerá acuñada en el cuño del maestro, *ut ita dicam.* En cuanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa; y solo diré sencillamente que dejará extáticos á todos los espectadores. Es uno de aquellos asuntos trágicos que ponen toda el alma en conmocion, por

las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario excitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo, *hasta las mismas guardias?* Haria tambien degollar al apuntador. En fin, solo me agrada lo terrible: éste es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia y cuantos se hallaban presentes; y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre: Seas bien venido, hijo Diego: en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes: ¿no es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy por menor. Miéntras tanto el gentío se fué adelantando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuése sentando á las mesas, que ya estaban preparadas. Yo no dejé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno á otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajarse á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomas, no dudando, decian, que una produccion de ingenio tan superior seria dignísima de oirse. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dejáronse ver los actores en la escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde

pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruécos mató por via de diversion cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero aquel monarca cansado de sus mujeres, pegó él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros, y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de mimbre hechas con algun primor, y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion; lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf;* pero engañéme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños encuadernados con aseo. Entónces todos los actores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregóscla al rey de Marruécos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver cuando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues si iban sentando en uno de los dos bancos para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos; pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque observándose que la mayor parte de

los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron, y acusaron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.[1]

---

[1] Cuando se casó Piritoo, rey de los Lapitas, con Hipodamia, convidó á su boda á los principales Centauros y Lapitas. Despues de acalorados con los vinos y licores, el centauro Euritíon quiso violentar á la novia Hipodamia, y los otros centauros á las jóvenes convidadas; pero los Lapitas indignados cortaron la nariz y las orejas á Euritíon, y se trabó entre ambos partidos un combate sangriento.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.

Detúveme algunos dias en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas de vacío. Hízome montar en una, y tomámos tanta amistad en el camino, que cuando llegámos á Segovia se empeñó en que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y cuando me vió resuelto á marchar á Madrid con el arriero, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Meléndez, mercader de paños, que vivia en la Puerta del Sol, esquina de la callejuela del Cofre. Apénas abrió el pliego, y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy agradable: Señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palácios me recomienda la persona de Vmd. con tan vivas expresiones, que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Ademas de esto me suplica le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á Vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Meléndez con tanto mayor gusto cuanto veia que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fuí gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias, me dijo, acababa de proponerme á un caballero amigo suyo que necesitaba de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo mo-

mento; Señor, le dijo Meléndez, mostrándome á él: este es el mozo de quien hablámos poco há, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de San Felipe el Real. Entrámos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto: subímos unos cinco ó seis escalones, y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban. Pasámos despues á otra pieza donde tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia mirado bien en casa de Meléndez, tambien yo le examiné á él despues con particular atencion. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frio y serio. Parecióme de buena índole, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho de mis respuestas; Gil Blas, me dijo: yo contemplo que eres un mozo de gran juicio, y me alegro mucho de que me sirvas; por tu parte espero estrarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al dia para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo: yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer mas que limpiarme bien los vestidos; lo restante del dia te queda libre, y puedes hacer lo que quieras: basta que por la noche te retires á casa temprano, y me esperes á la puerta de mi cuarto: esto es todo lo que exijo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo, y me los entregó para empezar á cumplir nuestro ajuste. Salímos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dijo: No tienes que seguirme, y puedes irte adonde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto se marchó, y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dije entónces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama y barrer su cuarto por la mañana te da seis reales cada dia, y libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni ménos que un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil hallar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de

calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en una hostería, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia mandado le esperase. Llegó tres cuartos de hora despues, y se mostró contento de mi puntualidad. Muy bien, me dijo, eso me gusta; yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando. Dicho esto, abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos á oscuras, echó yescas y encendió una vela. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su mandado una lamparilla que habia en la chimenea, cogí la vela y llevéla á la antesala, donde me acosté en un catre. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana; acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y hétele aquí que uno y otro nos separámos para el resto del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo no sabia aun cómo se llamaba mi amo, y Meléndez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros; y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian qué clase de hombre era mi amo, aunque hacia dos años que vivia en aquel barrio. Dijéronme que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos, acostumbrados á juzgar temerariamente mal de todo, inferian de aquí que era un hombre de quien no se podia formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese un espía del rey de Portugal[1]; y me aconsejaron caritativamente que tomase mis medidas acerca del particular. El aviso me puso en sumo cuidado, porque desde luego formé juicio de que, si era verdad lo que se decia, corria yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid. Mi inocencia no me podia asegurar, y mis pasadas desgracias me obligaban á temer la justicia. Habia experimentado ya dos veces que si no quita la vida á los inocentes, á lo ménos guarda tan mal con ellos las leyes de la hospitalidad, que siempre es una desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Meléndez lo que debia hacer en tan críticas

---

1 Habia en el tiempo á que se refiere esta historia (que se supone ser hácia los años de 1648) guerras porfiadas entre España y Portugal con motivo de la rebelion de esta potencia para sustraerse de la dominacion española, y alzar por su rey al duque de Braganza, como lo verificó con auxilio de la Francia y de otras potencias rivales del gran poderío de la España.

y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubria que verdaderamente era un enemigo del Estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia, y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner por obra lo que habia determinado, sin asegurarme ántes de la verdad. Comencé, pues, á examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor; Señor, le dije una noche miéntras le estaba desnudando, no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced cómo hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah, señor! repliqué, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte debe vigilar nuestra conducta? En una palabra, dicen que su merced es espía del rey de Portugal. Entónces alcé los ojos y le miré con cuidado, como Alejandro á su médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo cual confirmaba poderosamente las conjecturas de la vecindad: noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbajo, y esto tampoco lo interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dijo en un tono y con rostro muy tranquilo: Gil Blas, dejemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas expresiones. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, miéntras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucho sosiego, y yo hice lo mismo, sin saber qué pensar. Al dia siguiente, cuando íbamos á salir de casa, oímos llamar recio á la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo, y mirando por la rejilla, vió á un hombre bien vestido, que le dijo: Señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor corregidor á decir á Vmd. que su señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo. Eso es lo que no sé, replicó el alguacil; pero vaya Vmd. á su casa, y presto lo sabrá. Yo le beso las manos al señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el cuarto en ademan de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho

que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dijo: Amigo Gil Blas, tú puedes irte á pasear adonde quieras, que yo no pienso salir de casa tan pronto, y en toda la mañana no te he menester. Persuadíme, al oir esto, que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir. Dejéle, pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en paraje desde donde podia observar si salia ó no. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues al cabo de una hora le vi salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y un aire de confianza, que dejó confundida mi penetracion. Sin embargo, no me deslumbraron estas apariencias; ántes bien me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser con estudio, y aun casi llegué á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en salvo huyendo. Perdí la esperanza de verle mas, y aun estuve perplejo en si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba de que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenzaba. Sin embargo, no dejé de ir á esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.

No bien acabó de vestirse cuando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á mirar por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del dia anterior; preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oir este nombre temible se me heló toda la sangre. Habia ya cobrado un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de pájaros desde que tuve la desgracia de caer en sus manos, y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas distante de Madrid; pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor corregidor con respeto. Ya ve Vmd., dijo á mi amo, que no venga á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á Vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á que se la tratase con miramiento. Sírvase Vmd. decirme cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, y de honesta y grata conversacion.

Sin duda, dijo el juez, tendrá Vmd. una gran renta. No, señor, repuso mi amo, no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. Pues ¿de qué vive Vmd.? le replicó el corregidor. De lo que voy á enseñar á V. S., respondió don Bernardo; y al mismo tiempo alzó un tapíz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al juez en un cuartito, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos. Ya sabe V. S., le dijo entónces, que nosotros los españoles somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna se iguala con la mia. Soy naturalmente tan perezoso y holgazan, que no valgo para ningun empleo ni ocupacion. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del entendimiento desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soy haragan y perezoso de nacimiento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo me dejaria morir de hambre. En este supuesto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, por no tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no haber de lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo venidero, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mujeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh, y qué dichoso es Vmd.! exclamó el corregidor. Teníanle contra toda razon por un espía, personaje que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga Vmd., don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan léjos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á Vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah, señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, admito el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oimos desde fuera, el corregidor

se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones con que manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo, y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesías, aunque en el corazon le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira á un corchete.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

Luego que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre, y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia salió de casa muy placentero por haberse granjeado tan importante amistad, y yo no ménos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Meléndez, me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude ménos de estremecerme y temblar á su vista. Él tambien me conoció, llegóse á mí gravemente, y conservando todavía su aire de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡Pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Adónde me llevará? puede que tenga en esta villa alguna cueva oscura. ¡Diablo! si tal creyera, en este mismo momento le haria ver que no tengo gota en los piés. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde pararia, con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguíle: mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Miéntras tanto nos metimos en un cuarto, y así que el capitan se vió solo conmigo, me habló de esta suerte: Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero mas te admirarás cuando hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dejé en la cueva, y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontrámos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro

hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos: dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, los enardecieron mas. Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A cuántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente iba ya á ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Aguarda, le dije: ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedí, pues, por el hijo del corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Solo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderámos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conducíamos. Volvímonos despues á nuestro subterráneo, adonde llegámos el dia siguiente poco ántes de amanecer. No quedámos poco atónitos de ver levantada la trampa, y mucho mas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admirámos mucho de que hubieses podido engañarnos; nunca te hubiéramos creido capaz de jugarnos semejante petardo, y te perdonámos el chasco en gracia de la invencion. Luego que desatámos á la cocinera, le di órden de que nos compusiese bien de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontrámos casi espirando al viejo negro, que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que, á pesar de nuestra buena voluntad, desamparámos á aquel miserable que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejámos de sentarnos á la mesa; y despues de haber almorzado grandemente nos retirámos á nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Cuando despertámos nos dijo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevámos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos el funeral, como

si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis dias sucedió que habiendo hecho una salida, encontrámos muy de mañana á la entrada del bosque tres cuadrillas de la Santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrímos mas que una. No la temimos; y aunque superior en número á nuestra tropa la atacámos; pero al tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuénos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, cercados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y miéntras las dos cuadrillas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que fué descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego volviendo á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dejaste abierta el mismo dia que te escapaste con la señora, y sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por cuanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres cuadrillas para prendernos, y les dió por guia al labrador que habia descubierto el subterráneo.

Mi llegada á la ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugues [1] hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan, y el terror de toda esta tierra: merecia ser atenazado, y no ménos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo: el cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia. Señor le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo ménos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah infame! replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder ge-

---

[1] Véase la nota pág. 117.

neroso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó podrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en la Plaza Mayor. Por lo que toca á mí, estuve tres semanas enteras en la cárcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese mas terrible; y en fin, cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo: Oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Véte adonde quieras; pero créeme, añadió, aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuelve en tí, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Sólo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la cuarta parte de lo que debia heredar. Pero ¿qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito, sino tener de ménos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros por decoro se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interes en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demas; lleve el diablo al mejor. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazon. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh, y cuánto echo de ménos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo, y desaparecer el dia ménos pensado para retirarme á las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio.

Si me quieres seguir, iremos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de tí que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; Vmd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió; aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que empreudiste, la tienes todaviá muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberle restituido sus muebles, estais comieudo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su companía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz: Ya que tienes un corazon tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones; mas escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí. . . . . Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida, y nos levantámos de la mesa para ir cada cual por su camino.

CAPITULO III.

Deja Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un elegante.

Salímos de la taberna, y cuando nos estábamos despidiendo uno y otro pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad, la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña; y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitan, y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referírselas. Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te vi poco hace? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo: Toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y véte á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercia yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte? Señor, le dije, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, véte en paz, y dáte por despedido.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derechura á dar esta mala noticia á mi protector Meléndez, el cual me dijo por consolarme que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dijo: Amigo Gil Blas, muy léjos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del

mundo. Sábete que te he acomodado con don Matías de Silva. Es un sugeto de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *elegantes.* Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece: es verdad que todo va al fiado; pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de don Matías es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que por respeto mio hará de tí partícular estimacion.

Miéntras íbamos caminando á casa de don Matías, me dijo el mercader: Paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodríguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodríguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho, te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matías es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegámos á la casa preguntámos si podíamos hablar al señor Rodríguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su cuarto. Efectivamente le hallámos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Meléndez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo ménos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodríguez me examinó de piés á cabeza, y me dijo con mucha

afabilidad que yo era el mismísimo que convenia á don Matías, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodríguez: Yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dijo: Veamos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: Ahora podemos ir, me dijo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta mediodía, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entónces de levantarse don Matías. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion estar picando un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dijo el mayordomo, aquí está este mocito, que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir ántes de ayer. Su fiador es Meléndez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que le reciba: yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodríguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodríguez: anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientes sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto ántes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satifacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que me busques en el dia doscientos doblones, y se los enviés á la condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero no sé ya á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Cuanto estás hablando es inútil, respondió don Matías, y todas esas noticias solo sirven de

enfadarme. Rodríguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo! ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido de que presto se verá V. S. libre para siempre de ese cuidado. Ya me cansas, y me matas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero precisamente que los busques y los halles. Pues segun eso, dijo Rodríguez, voy á ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Vé, y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió don Matías: como yo tenga los doscientos doblones, toda lo demas no me importa un bledo.

No bien acababo de decir estas palabras colérica y enojado, cuando al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo, llamado don Antonio Centélles. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió don Matías: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas, y me engullo el capital; ¡gran bestia! como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapan en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dijo don Matías, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centélles . . . Pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas sérias que cada dia respresentamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hayas menester, y tú pedirás al mio el que yo necesite. Dejarémosles decir todo lo que quieran, y nosotros los oiremos con oidos de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendrás noticia de los mios; y verás cómo nos divertimos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodríguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apénas se le descubria un cabello. Quiso despedirse don Antonio, y dijo: A Dios, don Matías, que presto nos volveremos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes. No, no, respondió mi amo: estáte aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves, es un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Cómo *á un veinte por ciento?* replicó Centélles como admirado. A fe que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á poso de oro, porque ninguno me le quiere prestar ménos de á treinta y tres por ciento. ¡Qué usura! exclamó entónces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que no hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas qua prestan á interes. El exorbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo ménos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa, y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. Mas, ¡oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de mi moralidad.

¿Cuánto dinero ha menester V. S.? preguntó, volviéndose hácia mi amo. Doscientos doblones, respondió este. Cuatrocientos traigo en un talego, dijo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodríguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y vi por experiencia la mucha razon con que Meléndez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dímas, dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedí á Vmd. el dinero que pre-

cisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á Vmd. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobra el mismo pié, para excusarle el trabajo de hacer otro viaje á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado, heredero de grandes posesiones que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digue señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad, interrumpió Rodríguez sacando del bolsillo un papel, la tendrá Vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor don Matías se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondéjar. Me conformo, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que sin leer la letra firmó su nombre tarareando.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de don Matías, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: Hasta la vista, señor Dímas, soy todo de Vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado, el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas. Tienes razon, dijo entónces Centélles, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos elegantes para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dejaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodríguez con el testaferro de sus maldades envió don Matías á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísima de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á don Antonio: Y bien ¿en qué hemos de pasar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centélles, que eso es ser de hombre juicio: conferenciemos pues. Cuando iban á tratar de lo que

habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó ménos de la misma edad de mi amo, esto es de veinte y ocho á treinta años; uno de los cuales se llamaba don Alejo Seguier, y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro, comenzaron á darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á don Matías y á don Antonio: Y bien, señores, les dijo, ¿dónde pensáis comer hoy? Si no estáis convidados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dijo Centélles, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del Estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles exquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez, que me divirtió extremadamente. El dueño, aunque de nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su mujer, aunque era fea de gana, creia ser un acento vizcaíno que les daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dijo don Alejo Seguier, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marques de Zenete, don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasámos la noche en beber y en decir galanterías. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son de las mas discretas; pero ¿qué importa? su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas, que las prefiero á las mujeres juiciosas.

CAPITULO IV.

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes; secreto admirable que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguieron aquellos señoritos charlando de esta manera, hasta que don Matías, á quien yo entre tanto ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Díjome entónces que le siguiese; y todos los cuatro elegantes tomaron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera; y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo: Hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque há muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien, replicó él; todavía hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastaremos y te puliremos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió: está cierto de que no hay hombre por tosco que sea á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que tenia por compañeros unos lindos perillanes, y que no podia caer en mejores manos para llegar á ser un mozo de provecho. Cuando llegámos á la tal casa hallámos ya preparada la mesa, y dispuesta la comida, que don Fernando habia tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian completamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles nos retirámos los criados á otro cuarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabian remedar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo, pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo: Patron, tráiganos acá diez botellas del vino mas generoso que tenga, y segun Vmd. acostumbra cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero señor Gaspar, ya sabe Vmd. que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de Vmd. pudiera cobrar algun dinerillo... ¡Oh! respondió el criado, no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas, pero mañana haremos que se levante el secuestro, y seréis pagado de todo el importe de la cuenta sin examinarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente miéntras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los bríndis que continuamente nos hacíamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando, y el de don Fernando llamaba *Centélles* al de don Antonio, y á mi me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos, ni mas ni ménos como lo habian hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dijo uno de los ménos tartamudos, espero que haremos de tí algo bueno. Veo que tienes fondo é ingenio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso, ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos se te escape algun dicho agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose concepto

superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo, me pareció tan fácil y practicable que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil extravagancias algunas agudezas, que me granjearon grandes aplausos. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no há dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras: cada dia irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se experimenta sirviendo á gente baja, ni aun á la de mediana condicion. Sin duda, le respondí, y por tanto, de hoy en adelante, quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de don Fernando, que estaba ya alumbrado: no es dado á la gente baja el tener pensamientos altos, ni talentos superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Estigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á média noche; lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano, fué por ir á ver á una eleganta mala cabeza que vivia en el barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente de bronce. Era una mujer de treinta y cinco á cuarenta años, linda en extremo, todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que, segun se decia vendia mas caros los rebuscos de su belleza, que habia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, quo no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y

miéntras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran ménos joviales que sus amas. En fin, nos separámos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á mediodía como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entrámos en casa de don Antonio Centélles, donde encontrámos á un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser elegantes, se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándoles á lucir en el gran mundo y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centélles á mi amo: A fe, don Matías, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marqués de Zenete y á don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas del convite. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó don Matías. Se llama Gregorio Noriega, respondió don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los países extranjeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso á comer y gastar todo su dinero haciendo el elegante, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal está ya medio consumido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centélles, y espero verle presto en el hospital. Vamos, don Matías, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dijo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrearse y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes obligaron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó don Antonio, ese tal no merece le tengan lástima, porque no es ménos necio ni ménos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centélles y don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centélles, y yo fuimos tambien tras de ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de

cocina, que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marqués de Zenete y don Juan de Moncada. Dejóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenia. Señores, dijo don Alvaro despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á ustedes como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, y es un jóven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía. ¡Oh! señor, eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia: yo sí, señor don Alvaro, que podia decírselo á Vmd., porque Vmd. sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*. Por cierto, replicó don Alvaro, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dijo don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; ántes bien todo lo convertia en sustancia tomando al pié de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo así que se mofaban de él. En fin, fué el hazmereir miéntras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni ménos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salímos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vese Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Meléndez fuí miéntras despertaba el amo á hacer la corte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció halagaba el cuidado que yo ponia en rendirle mis obsequios. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que ántes era, pasé de repente á ser vivaracho, atolondrado y zumbon. Dióme la enhorabuena de mi trasformacion el criado de don Antonio; y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un jóven completo; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije: Amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no alcanzo cómo han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad por cierto! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quién yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, imité bien los modales de tal, y fuíme al paseo. Hice gestos y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis expresivas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarle. Tomé el nombre de don Abtonio Centélles: pedí una cita, hizo algunos esguinces, insté, convino al fin en ello, etc. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dejase de poner en práctica este consejo, y mas, cuando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia disfrazarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el

barbero; y cuando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé hácia el prado de San Jerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volveria sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan léjos para hallar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada vi salir de una casa pequeña y entrar en un coche que estaba á la puerta una señora ricamente vestida y muy hermosa. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecia mí atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el velo, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh, qué hermosura! me decia yo á mí mismo. ¡Cáspita! No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos señoras que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á dama como esta. Miéntras hacia estas reflexiones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir á aquella linda persona, y vi asomada á la reja de un cuarto bajo á una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y disimulada vieja, que teniéndome cuando ménos por algun marqués, me saludó con mucho respeto y me dijo: Sin duda, señor, que V. S. habrá formado mal juicio de una mujer, que sin tener el honor de conocerle, le ha hecho seña para que entrase en su casa; pero juzgará mas favorablemente de mí cuando sepa que no lo hago así con todos, y que V. S. me parece algun señor de la corte. No se engaña Vmd., amiga, le interrumpí, avanzando la pierna derecha y ladeando un poco el cuerpo sobre el costado izquierdo. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias, y este es mi flaco. Habiendo observado desde mi reja que V. S. miraba con mucha atencion á aquella señora que acaba de salir de aquí, me atrevo á suplicarle me diga con toda confianza si le ha gustado. Me ha gustado tanto, le respondí, que á fe de caballero os aseguro no he visto en mi vida criatura mas salada. Así, pues, madre mia, haced que ella y yo nos veamos á solas, y contad con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los grandes señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy

dedicada à servir á personas de disticion, y que mi mayor gusto es poderles ser útil en alguna cosa. Por ejemplo, yo recibo en mi casa ciertas mujeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas, no les permite admitir en la suya cortejantes, y les ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion con la decencia exterior. ¡Bellamente! le respondí, y es muy verosímil que Vmd. acabe de hacer este servicio á esa dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y moza, que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á cual mas galanes y mas airosos; y sin embargo ninguno la ha contentado, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo con cierto aire de confianza, eso á mí no me acobarda: disponed que yo le hable, y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo deseo de verme á solas con una hermosura esquiva, porque hasta ahora ninguna he tropezado de esa especie. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará ese deseo. No faltaré, respondí; y veremos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. El siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora ántes de la que ella me habia señalado. Señor, me dijo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida; aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de V. S. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo ménos de decirle que ha quedado muy prendada de su persona, y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy apetitoso. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de ménos.

Tardó poco nuestra heroina en llegar á casa de la vieja en coche de alquiler como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala, salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas cortesías á lo elegante, acompañadas de garbosas contorsiones. Acercándome despues á ella con mucha familiaridad, le dije: Reina mia, aquí tiene Vmd. á sus piés, en este caballerito

mozo, uno de las mas difíciles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda, respondió ella, quitándose el velo, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fijar como el azogue ó el espíritu volátil. Reina mia, le repliqué, si á Vmd. le place, dejemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo, embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion; pongamos solamente los ojos en los placeres que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los piés de mi ninfa, y para imitar mejor á los elegantes, le supliqué y aun importuné de un modo urgente que me hiciese feliz. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de acceder á ellas, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo diciéndome: Deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, señorita, exclamé yo, ¿será posible que Vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mujeres de primera tijera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos; es preciso que una pobre mujer ande la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como si padeciera mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis inspirado afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no acabo de resolverme á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de don Antonio habia salido de otro apuro semejante; y queriendo yo, á ejemplo suyo, ser tenido por mi amo, dije á mi viuda: No tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan oscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de don Matías de Silva? Sí, señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le vi en casa de una amiga mia. Turbóme un poco, á pesar de mi descaro, esta inesperada respuesta; pero serenándome

al punto, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: Me alegro, ángel mio, de que conozcáis á un caballero... á quien... tambien conozco yo: pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo don César, y soy hijo único del ilustre don Fernando de Ribera, que murió quince años há en una batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exacta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere que yo emplee en cosas de mayor gusto.

De pues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada deidad me concedió, solo sirvieron para hacerme suspirar por los que me negó. La cruel volvió á meterse en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora lograr, me decia yo á mí mismo, mas que favores á medias, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, le pareció que no podia ni debia rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se diferirá por algunos dias. Verdad es, que por otra parte, se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor parte que por la peor, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habíamos quedado de acuerdo, cuando nos despedímos, en que nos volveríamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me recreaba yo en pensar que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé de vestido, y fuí en busca de mi amo, que sabia estaba en cierta casa de juego. Halléle con efecto jugando, y conocí que ganaba; porque no era de aquellos jugadores serenos que se enriquecen ó arruinan sin mudar de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente cuando le daba bien; pero si perdia no habia quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome: Toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Véte á divertir con tus amigos, y á media noche irás á buscarme á casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de don Alejo Seguier. Diciendo esto, entróse en el teatro, y yo me quedé discurriendo

en qué gastar mi ducado segun la intencion del donador; pero tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel punto Clarin, criado de don Alejo, y llevéle conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcajada tendida, miéntras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡cual fué mi admiracion, cuando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudita, á mi adorable viuda que yo habia tenido por una marquesa ó condesa! Ella tambien me pareció no ménos sorprendida de ver á su querido don César de Ribera convertido de elegante en lacayo. Sin embargo, nos mirámos uno á otro sin turbarnos; y aun nos dió á entrambos tal tentacion de risa, que no pudimos reprimirla; despues de lo cual, Laura (que este era el nombre de mi princesa) retirándome á parte, miéntras Clarin hablaba con la compañera, me alargó con gracia la mano, diciéndome en voz baja: Tóquela Vmd., señor don César, dejémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Vaya, confiese Vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, le respondí; pero, reina mia, seas lo que fueres, sábete que aunque he mudado de forma no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de don Matías lo que tan felizmente comenzó don César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mujeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con libertad, porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general; fué viva, alegre, festiva y llena

de agudezas y de equívocos nada difíciles de entender. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, superó á todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian arriba tan descompuestamente, que se conocia no ser su conversacion mas séria ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, creo se hubiera compuesto un libro muy instructivo para la juventud. Miéntras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa; quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á don Alejo, y yo me retiré con don Matías.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañia del teatro del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de don Alejo Seguier, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasámos á ella, y encontrámos allí al marqués de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matías, dijo Seguier á mi amo presentándole el tal caballerito, este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, necesito de tí y del marqués de Zenete. Al oir esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguier, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entónces fueron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada. *Lá reina de Cartago.* Acabada la representacion volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la tragedia que acababan de oir, y los actores que la representaron. En cuanto al drama, dijo don Matías, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Enéas mas frio é

insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á ustedes tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones. Bien dicho, interrumpió burlándose don Alejo, porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los panegiristas de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos defensores del primor con que representan, y si fuere menester daremos testimonio de ello. No lo dudo, interrumpió el pariente, y tambien pudieran ustedes darlo de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que me parece las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa, dijo entónces zumbándose el marqués de Zenete. Sí, ciertamente, respondió don Pompeyo, valen algo mas que las de Madrid: por lo ménos hay algunas en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esas tales, replicó el marqués, pueden contar con vuestras certificaciones. Yo, repuso don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellas, ni concurro á sus reuniones; y así puedo juzgar de su mérito sin preocupacion ni parcialidad. Pero de buena fe, prosiguió, ¿estáis verdaderamente persuadidos de que en vuestro teatro teneis una compañía excelente? No pardiez, respondió el marqués, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y echo á un lado á todos los demas. ¿Pero no me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? [1] ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la majestad, y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba ó que se exhala cuando llega á lo mas delicado y patético de la declamacion. Convengo, respondió don Pompeyo, en que sabe conmover y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: si quiere expresar un afecto de admiracion ó de sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que ver-

---

[1] Era una célebre actriz llamada Augela, que tomó el sobrenombre de *Dido*, por lo bien que desempeñó muchas veces la pieza de que aquí se habla, compuesta por Guillen de Castro.

daderamente dice muy mal en la majestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto, que con engrosar la voz, que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la tragedia hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendia bien aquello mismo que decia. Sin embargo, quiero mas bien suponer que estaba distraida que acusarla de falta de inteligencia.

A lo que veo, dijo don Matías al censor, ¿vos no os atreveriais á componer versos en alabanza de nuestras cómicas? No digais eso, respondió don Pompeyo, ántes bien descubro en ellas un gran talento al traves de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el entremes. ¡Qué naturalidad la suya! ¡con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algun chiste, le sazona con cierta risita taimada, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal [1]. Podrá quizá notársela de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces en medio de una escena, y en un pasaje serio, interrumpe de improviso la accion por dejarse llevar de una loca gana de reir que le da. Diráseme acaso que entónces es precisamente cuando mas la aplauden los del patio. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice Vmd. de los comediantes? interrumpió el marqués; sin duda que contra estos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas. No es así, respondió don Pompeyo; vi algunos actores jóvenes que prometen mucho; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido [2]. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal. Si esos le contentaron á Vmd. tanto, dijo Seguier, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Enéas. ¿No le pareció á Vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiado original, respondió el censor, porque tiene tonos que son privativos suyos; por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se detiene en las otras que no contienen alguno.

---

1 Probablemente era la graciosa Antonia Infante, no ménos célebre en su línea que la anterior.

2 Debió ser Sebastian de Prado, actor insigne en tiempo de Felipe IV.

Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtióme mucho, con especialidad en aquel pasaje en que explica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil expresar un dolor mas cómicamente. Poco á poco, primo, replicó don Alejo, al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre singular? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban, replicó don Pompeyo, esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razon, y por lo comun aplaude ménos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la cuente.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cochinillo con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hizolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dijo: Señores, sin razon se admiran ustedes de lo que hace ese bufon. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfeccion como á ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño; ántes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: *Señores*, dijo con mucha

socarronería, *ustedes no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.*

Primo, dijo don Alejo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, por que este ya me empalaga. ¿Conque tú estás resuelto á marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en disfrutar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte á cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa. Cátate un portugues hecho y derecho, replicó Seguier, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal, y estoy bien hallado en su corte; pero ¿creerás tú que, no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replico don Alejo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió don Pompeyo, y al mismo tiempo os contaré tambien la historia de mis sucesos.

CAPITULO VII.

Historia de don Pompeyo de Castro.

Ya sabe don Alejo, prosiguió don Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Portugal. De allí pasé á Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundo de los ménos ricos de España, lo que me puso en precision de distinguirme con hazañas que mereciesen la atencion del general. Hice mi deber de modo que el duque me adelantó, y me puso en paraje de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran ustedes, me dediqué á seguir la corte, y S. M., por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del monarca no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me granjeé insensiblemente su estimacion, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia que me distinguí en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió á ella, toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza; y cuando volví á casa colmado de aclamaciones, me hallé con un billete en que se me decia, que cierta dama cuya conquista me debia lisonjear mas que toda la gloria granjeada en aquel dia, deseaba hablarme; y que para esto á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que se me señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán ustedes que no me descuidé, y que apénas anocheció, fuí volando al paraje que se me habia indicado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introdujo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me condujo á un rico gabinete, en que me dejó encerrado, diciéndome: sírvase V. S. de esperar aquí miéntras aviso á mi ama. Vi mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bujías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia ménos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me confirmé en mi opinion cuando ella se dejó ver con un aire verdaderamente noble y majestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dijo, á vista del paso que acabo der dar en vuestro favor, seria inútil querer ocultaros los tiernos afectos que habeis excitado en mi corazon. No penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habéis mostrado hoy á vista de toda la corte, no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su manifestacion. Os he visto mas de una vez: me he informado de quién sois, y el elogio que me han hecho me ha determinado á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeéis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un simple oficial de guardias del rey: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El duque de Almeida me ama, y hace cuanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo admito sus obsequios por vanidad.

Aunque estas palabras me dieron á entender que trataba con una chusca, amiga de aventuras amorosas, no dejé de mostrarme agradecido á mi estrella por este encuentro. Doña Hortensia, que así se llamaba, estaba en la flor de su juventud, y su extremada hermosura me encantaba. Fuera de esto me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á

las pretensiones de un duque. ¡Gran triunfo para un caballero español! Arrojéme á los piés de Hortensia para rendirle gracias por sus favores. Díjele cuanto podia decirle un hombre apasionado; y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que la aseguré de mi fidelidad y gratitud. Separámonos, quedando ambos los mayores amigos del mundo, despues de haber convenido en vernos todas las noches que no pudiese venir á su casa el duque, tomando ella á su cargo avisarme muy puntualmente. Así lo hizo, y yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Vénus.

Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase á noticia de mi competidor, no dejó de saber este todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta; y aquel señor, naturalmente generoso, pero altivo, celoso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La ira y los celos le turbaron la razon, y siguiendo solo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mí de un modo infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se arrojasen á mí aquellos canallas, y les mandó me matasen á palos. Dadle fuerte, les decia, muera á garrotazos ese temerario; que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apénas dijo estas palabras cuando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos que me dejaron tendido en tierra sin sentido. Retiráronse despues con su amo, para quien aquella cruel escena habia sido el mas divertido espectáculo. Permanecí el resto de la noche en el estado en que me dejaron, hasta que al romper el dia pasaron junto á mí algunas personas que observando que todavía respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en dos meses. Al cabo de este tiempo volví á presentarme en la corte, donde proseguí en el mismo método que ántes; pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio le habia perdonado el duque su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creian que, á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje; y otros con mayor fundamento no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la

sosegada situacion que aparentaba. El rey pensó como estos, que yo no era hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfaccion de él, y que no dejaria de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para averiguar si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dijo: Don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque me acometieron de noche unos desconocidos; fué una desgracia de la que es forzoso consolarme. No, no, replicó el rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera, estoy informado de todo: el duque de Almeida fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien á lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has hecho ánimo de vengarte, y quiero decisivamente me confieses la determinacion que has tomado; y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, respondí, no puedo ménos de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo, es responsable de su honor á su linaje y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien la injuria que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al duque de un modo que corresponda á la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España, si pudiere. Tal es, señor, mi intencion. A la verdad, repuso el rey, me parece violenta; pero no por eso me atreveré á condenarla, considerada la cruel afrenta que te hizo el duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto; pero suspéndelo por un poco, no lo pongas en ejecucion tan presto: dáme tiempo para pensar y encontrar algun medio que os esté bien á los dos. Ah, señor! exclamé yo, no sin alguna conmocion, pues ¿á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? ¿Qué medio puede jamas...Si no encuentro alguno que te deje satisfecho, interrumpió el rey, podrás ejecutar entónces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo qué medios podia buscar el rey para componer amigablemente este negocio; y hé aquí cómo lo dispuso. Habló á solas á mi enemigo, y le dijo: Duque, tú has ofendido á don Pompeyo de Castro, y no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo estimo, y que me ha servido bien. Es preciso le des satisfaccion. Señor, respondió el duque, no se la negaré; si está quejoso de mi proceder,

pronto estoy á darle satisfaccion con las armas. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el rey: un Español noble conoce muy bien las leyes del pundonor para querer medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tu podrás borrar la bajeza de una accion tan villana sino presentando tú mismo un palo á tu enemigo, y ofreciéndote á que él te apalee por su mano. !Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi clase se degrade y humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el rey: yo obligaré á don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo exijo le pidas perdon de tu violencia presentándole el palo. Señor, replicó el duque, eso es pedirme demasiado, y prefiero el quedar expuesto á las ocultas asechanzas de su enojo. Aprecio tu vida, repuso el monarca, y quisiera que este asunto no tuviera funestas resultas. Para terminarlo con ménos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que te mando des al Español.

Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que el duque se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar, y contóme la conversacion que había tenido con mi enemigo, preguntándome al mismo tiempo si me contentaria yo con la satisfaccion en que ambos habian convenido. Respondíle que sí, y di palabra de que, léjos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el palo que me presentase. Dispuestas así las cosas, concurrímos el duque y yo al cuarto del rey, en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dijo al primero, conoced vuestra falta, y mereced el perdon. Dióme entónces sus disculpas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, don Pompeyo, ese baston, me dijo el rey, y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que disteis de no maltratar al duque. No, señor, respondí; basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un Español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podréis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dijo el duque con voz alterada y descompuesta, porque solo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró colérico y abochornado, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá, y le encontré dispuesto á

reñir en forma. Tenia unos cuarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor; pudiéndose decir con verdad que era igual el partido. Venid, don Pompeyo, me dijo, y terminemos de una vez nuestras contiendas. Uno y otro debemos estar airados, vos por el modo con que os traté, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó precipitadamente mano á la espada, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor presteza, pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sido de mí á no haber tropezado él y caido de espaldas cuando se defendia retirándose. Detúveme así que le vi en tierra, y le dije se levantase. ¿Por qué razon me perdonáis? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien quedaria muy oscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia. Levantáos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, don Pompeyo, me dijo miéntras se iba levantando, á vista de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? Tendríame por un ruin cobarde si quitaba la vida á quien pudo darme la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; ántes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, continuó, cesemos ya de aborrecernos: poco dije: seamos amigos. ¡Ah, señor, exclamé yo, y con qué placer acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas positiva de ella, os prometo no poner mas los piés en casa de doña Hortensia, aun cuando ella lo deseara. No admito la promesa, dijo él, ántes bien quiero cederos esta señora: es mas razon que yo os la deje, puesto que su inclinacion á vos es natural en ella. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me hiciese podrian inquietaros; y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh insigne Español, lleno todo de nobleza y generosidad! exclamó arrebatado el duque, y estrechándome entre sus brazos: me encanta vuestro modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos siento al oirlo! ¡Con qué dolor y con cuánta vergüenza se me presenta á la memoria el ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo mas público; y para borrar enteramente la infamia, os ofrezco una sobrina mia, de cuya mano puedo disponer: es una heredera rica, que aun no ha cumplido quince años, y todavía mas hermosa que jóven.

Di al duque todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de enlazarme con su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel personaje, por haber labrado la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz desenlace de una aventura que prometia un término mas triste. Deste entónces acá, señores míos, vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevas pruebas de su amistad; y puedo preciarme de que merezco un buen concepto al rey; y prueba de su estimacion es la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.

CAPITULO VIII.

Por qué accidente se ve precisado Gil Blas á buscar nuevo acomodo.

Esta fué la historia que contó don Pompeyo, y que oímos el criado de don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos ántes que la principiase. Hicímoslo así; pero nos quedámos á la puerta de la sala, que de propósito dejámos entornada, y pudimos oir todo lo que dijo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues bebiendo aquellos señores; y se separaron ántes del dia, porque como don Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marqués de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostámos al amanecer; y al dia siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dijo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dije entre mí: esto se llama acrecentamiento de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle à vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado por todo. Voy, como la triforme Hécate [1], á representar tres muy distintos personajes. Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy á

---

[1] Fingen unos poetas á esta divinidad con tres cabezas de mujer; y otros con una de caballo, una de perro y otra de jabalí.

decírtelo; pero sé callado, porque te va la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar á su vanidad; para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un rato, y seré mas dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á don Matías, quien me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah don Matias! no sé qué prodrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á = Doña Clara de Mendoza.* = Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que posponia á un gran señor por amor á su persona; y otro en fin en el cual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion, harian juntos el viaje de Cytherea[1]. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude ménos de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada; pero me respondió secamente, que nunca me metiese en darle consejos miéntras no me los pidiera. Vime precisado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los billetes en el bolsillo, y salió de casa. Seguíle, y fuimos á la de don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener divertida la conversacion, unos con chistes, y otros contando aventuras que ellos decian haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasion de hacer lucir los papeles amorosos que me habia hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, á excepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron

---

[1] Es decir que se embarcarian juntos en una concha para ir al templo de Vénus.

presentes á tan descarada lectura, habia uno que se llamaba don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el cual en vez de celebrar como los demas las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara. Ménos que nada, le respondió don Matías, pues ella fué la que dió los primeros pasos. Vióme en el paseo; prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién yo era; escribióme, y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introdujéronme en su cuarto..... Lo demas no permite mi prudencia que lo diga.

Cuando don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dijo á mi amo, mirándole con semblante airado, son enteramente falsos, en particular el de doña Clara de Mendoza, de qué tanta ostentacion haceis. No hay en España señorita mas recatada y honesta que ella. Dos años há que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas personales, y apénas ha podido conseguir de ella los mas inocentes favores; siendo así que se puede lisonjear de que si fuera capaz de conceder alguno, á ningun otro sino á él se los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballerito; conque debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. ¡Oh! eso ya pasa de raya, interrumpió don Lope. Dejémonos de chanzas: vos sois un impostor, y jamas doña Clara os dió cita para de noche: no puedo tolerar que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia deciros lo demas. Y diciendo estas palabras miró con arrogancia á los concurrentes, y se retiró con un aire qu anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de don Lope. ¡Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero esta quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece empeño todavía mas extravagante.

La retirada de Velasco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostámos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir, sin nuestro portero, el que una

hora despues me vino á despertar, y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. ¡Ah, maldito portero! dije bostezando entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo há una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva mas tarde. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa urgente. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fui á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dije, ¿qué negocio tan urgente es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana? Una carta, respondió, que tengo que entregar en mano propia al señor don Matías, y es preciso la lea cuanto ántes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me lleves á su cuarto. Persuadido de que debia ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dije, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿Qué diantres me quieres? dijo enfadado. Señor, dijo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de don Lope de Velasco, que debo entregar á V. S. Incorporóse don Matías, tomó el billete, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de don Lope: Hijo, yo nunca me levanto hasta mediodía, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo: mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Díle á tu amo que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él: dále esta respuesta. Y diciendo esto, volvióse á echar, y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba aquel négocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el prado de San Jerónimo, donde vi á lo léjos á don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y vi que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á don Matías, halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció tanto, que no pude ménos de echar á llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en hacer lo que me importaba.

Volvíme al punto á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobre todo fuí á contársela á Rodríguez. Este, ménos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matías, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantámos á don Matías, que aun respiraba: llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del señor don Matías de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien Gil Blas fué á servir despues de la muerte de don Matías de Silva.

Hecho el entierro de don Matías, fueron, pasados unos dias, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Meléndez. Como me hallaba con algun dinerillo, no me di prisa á buscar nueva conveniencia; y por otra parte me habia hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba servir á gente comun plebeya, y aun entre la noble, queria examinar bien ántes el empleo que me querian dar. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y elegante.

Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañámos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel traje, y mas cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia; y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra oca-

sion le habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿Qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque te creí muerto, ó que te habias perdido. Hace siete ú ocho dias que te dije podias venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.

Disculpéme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones á que dió lugar, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo así, me dijo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de don Matías, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias há que oí decir á mi ama que se alegraría de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregara para el gasto de esta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leido las *Economías de Aristóteles*; y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad me impide entrar á servir á Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse, no servir jamas á gente comun, y lo peor es, que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuánto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho despego. ¿Por quiénes tienes tú á las comediantas? ¿parécete que son por ahí algunas abogadillas, ó algunas procuradoras? Sábete, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personajes de la corte.

Siendo así, le dije, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer ménos de lo que soy. No tengas miedo de eso, respuso Laura: pasar de la casa de un elegante á la de una heroína de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distincion: el mismo aparato de cuarto, la misma mesa, y en realidad es menester que se nos confunda con ellas en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marqués y un comediante en el discurso de un dia vienen casi á ser una misma cosa. Si el marqués en las tres cuartas partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra cuarta supera mucho mas al marqués, porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que

nos iguala con las personas de la corte. Así es, por cierto, respondí; sin duda que estáis á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Me tomo este tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. Le hablaré en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado que lograré que entres en casa.

Di las gracias á Laura por su buena voluntad, asegurándole quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decir á mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis piezas, á cual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna vireina, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas rico de todas las naciones, tanto que se podia definir aquella habitacion con mucha propiedad: *el templo de una diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su país.* Vi á la deidad majestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño, y ocupaba sus lindas manos en componer un primeroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, le dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á Vmd. seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la dicha de gustarle. ¿Cómo así, Laura? exclamó ella, ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me irá muy bien con él. Y volviéndose á mi: Querido, me dijo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me acomoda. Solo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves bien. Respondíle que haria cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia; informes que le da Laura de los comediantes.

Era poco mas ó ménos la hora de la comedia, cuando mi nueva ama me dijo la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entrámos en el vestuario, y allí quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico para presentarse en la escena. Así que empezó la representacion me llevó Laura á un sitio desde donde podíamos oir y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le habia oido á don Pompeyo. Con todo eso fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacia un retrato satírico de cada uno. Este, decia, es un atolondrado; aquel un insolente; aquella melindrosa que ves, cuyo aire es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala adquisicion para la compañía. Mas valdria que se marchara con la que se está formando de órden del virey de Nueva España y va á salir inmediatamente para América. Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¡Qué mala lengua! ni aun á su misma ama perdonó.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. De todos decia mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que le decian los hombres. Una vez la seguí para observarla, y vi que tenia muchos conocidos. Noté que tres comediantes, uno en pos de otro, la detuvieron para hablarle, y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á experimentar lo que eran celos.

Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura lo echó de ver luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas, me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo. Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, le respondí. Me parece que andas algo suelta; y esto me da que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes... Al oir esto, dijo ella soltando una grandísima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. ¡Pues qué! ¿de tan poco te espantas? eso es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho ménos se usan celos. En la nacion cómica los celosos se llaman ridículos, y así apénas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas bien avenida del mundo; y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.

Despues de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me aseguró que me amaria siempre, y á nadie mas. Despues de una seguridad como esta, de la cual podia yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofrecí no espantarme de nada; y con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la vi hablar á solas, reir y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura y yo, habia en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas ayudándole el marmiton. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo, cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia, y figurándose ellas mismas que eran señoras de la primera distincion. Léjos de dar á los señores el tratamiento de *excelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenian la culpa, por que se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por

su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, los trataba tambien sin cumplimiento: brindaba á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fe, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marqués y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos, y algo mas, mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Miéntras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) cuando se sirvieron los postres. Entónces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, le respondí, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fijarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes á Dios gracias, hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos, y que sean para sí solos todos los gustos de la casa porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinion que una mujer de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas vale ganar poco á poco alhajas, que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Cuando Laura estaba de humor de parlar, lo que le acontecia casi de continuo, nada le costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil lances que habian sucedido á las comediantas del corral del Príncipe; y conocí por sus conversaciones que no podia estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos apénas causan horror, y añadíase á esto que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo consideraba yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroinas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: Toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana

vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura regalarnos bien. Señora, le respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira cómo hablas. No se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre. Pedí perdon á mi ama de haber usado de una expresion tan poco respetuosa, suplicándole disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente, diria compañía, y jamas cuadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes y cómo trataban á los autores de comedias.

Al dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por órden de mi ama compré buenos pollos, conejos, perdices, y otras frioleras de semejante especie. Como los señores cómicos no están contentos de los ritos de la iglesia con respecto á ellos, no observan con mucha puntualidad sus mandamientos. Llevé á casa mas comida de la que bastaria para alimentar á doce personas honradas los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Miéntras ella cuidaba de aderezar la comida se levantó Arsenia de la cama, y se sentó al tocador, donde estuvo hasta mediodía. Llegaron entónces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas Constancia y Leonor: un momento despues se dejó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello peinado á la última moda, un sombrero con una ala levantada, y su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados; ropilla [1] bordada con flores de oro, y medio desabrochada, por donde se descubria una finí-

---

[1] *Ropilla* era una especie de chaqueta larga con faldetas que por delante se ajustaba al cuerpo: tenia en los hombros sus brahones para adorno, y era muy semejante á las que usan los actores cuando visten á la antigua española. Tambien solian llamarla jubon.

sima camisa guarnecida de ricos encajes; guantes y pañuelo de Cambrai delicadísimo, metidos en la guarnicion ó cazoleta de la espada; capa larga, terciada sobre el hombro con mucho garbo y bizarría.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre raro este sugeto. No me engañé en mi concepto, porque era un ente singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia fué precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Se recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Cárlos Alfonso de la Ventolería. Voy á pintártele al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante; dejó el teatro por antojo, y se arrepintió despues mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? pues sábete que es teñido, ni mas ni ménos que sus cejas y vigotes. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, cuando nació, se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo ménos. Fuera de eso, es el hombre mas pagado de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros [1] de su vida en una completa ignorancia; y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear en griego y en latin. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir de que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor, y lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le oigo declamar aquí, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, y con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no

---

[1] Cada lustro es cinco años.

he visto mortal de un aspecto mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien el chistoso y discreto, sacando de su mollera dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono grave y bien estudiado. Por otra parte las comediantas y comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos. Comenzaron á hablar de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo poco caritativo; pero esto es menester perdonárselo tanto á los comediantes como á los autores. Acaloróse un poco la conversacion á expensas del prójimo. ¿Habeis sabido, amigas, dijo Casimira, el nuevo pasaje de nuestro compañero Cesarino? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encajes, haciendo despues que un paje se los llevase al ensayo, como de parte de cierta condesa. ¡Qué bribonada! exclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que aun las damas de mayor distincion nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas; pues tenian el capricho de ir ellas mismas en persona á comprar lo que nos regalaban. Pardiez, repuso Ricardo, en el mismo tono, que ese capricho aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando tocan á personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á ustedes dejen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe; y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oido que se le ha escapado aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas; tambien acaba de perder un rico mayordomo, á quien sin remedio hubiera dejado sin camisa. Lo sé originalmente. Su mensajero hizo un *qui pro quo*, llevando al señor un billete que era para el mayordomo, y al mayordomo una carta que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. ¡Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco importante, pues ya habia consumido casi toda su hacienda; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No ha pasado aun por la aduana de las coquetas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto, poco mas ó ménos, se redujo la conversacion ántes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiese de referir cuantas especies se tocaron, todas de murmuracion ó de fatuidad, el lector llevará á bien que las suprima para contarle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que llegó á casa de Arsenia hácia el fin de la comida.

Entró nuestro lacayuelo donde estaban comiendo, y en voz

alta dijo á mi ama: Señora, ahí está un hombre con la camisa sucia y lleno de cazcarrias hasta el cogote, que con perdon de ustedes tiene traza de poeta, y dice que desea hablar á Vmd. Hazle subir, respondió Arsenia. Nada de cumplimientos, señores, añadió, que es un autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia admitida por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar hizo cinco ó seis profundas cortesías á los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase, ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una simple inclinacion de cabeza. Fuése acercando, pero siempre temblando y confuso: cayéronsele los guantes y el sombrero; levantólos, y se acercó á mi ama; y presentándole un papel mas respetuosamente que un litigante presenta á un juez un memorial: Dignáos, señora, le dijo, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros piés. Recibióle ella con la mayor frialdad, y con cierto aire de desprecio, sin dignarse ni aun de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual aprovechando aquella ocasion para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Florimunda, quienes los tomaron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia usado Arsenia; ántes por el contrario el comediante naturalmente muy cortés, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dejaria de decir mil pestes de los comediantes como merecian; y estos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores con mucho respeto. Paréceme, dijo Florimunda, que el señor Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

Y bien, señora, interrumpió Casimiro, ¿qué cuidado se os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese seria el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: la manía de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dijo entónces Arsenia : solamente perdemos

aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en paraje de que tengan qué comer, se dan á la ociosidad, y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene ménos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Así los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas incliuacion al teatro, entrégase enteramente á los pasatiempos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella.

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entónces marcharon todos á él. Seguílos, y vi tambien la comedia que se representó aquel dia, la que me gustó de manera que hice ánimo de no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y daban mas gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba ménos agrado la discrecion de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban; sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Sabia de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome de que en dos dias aprendí toda entera una comedia famosa, intitulada: *La Reina de las flores.* La Rosa era la Reina, que tenia por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mí obras mejores que las parecidas á estas, persuadido de que daban mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos mas selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que tambien me apliqué á perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba, y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en piezas teatrales

como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y ántes quise creer que el público carecia de gusto y discernimiento, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto, y por el contrario, silbadas casi todas las que ellos mas celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplares de algunas que habian desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamas lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva [1]. Habíales parecido ó los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose ó pronosticar que el auditorio no la veria concluir. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aun fué mas aplaudida que la primera. Y hé aquí á todos mis pobres actores atónitos. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro: esta comedia adquiere fama. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dijo Ricardo: cuando creíamos que esta pieza no lograria aceptacion, todos la aplauden. Señores, dijo entónces un cómico ingenuamente, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habíamos comprendido.

Desde entónces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuánta razon la gente les afeaba varias ridiculeces. Veia yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los cuales considerándose como personas de suma importancia, y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos de que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me vi metido de piés á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veia en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de

---

[1] Esta fué *El Amor al uso,* de don Antonio de Solis.

aquellos señores ya viejos de que hablé ántes, concurrian á ella varios elegantes, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien á ciertos agentes de quienes se servian, los cuales en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban á ellas porque se dejasen servir.

Florimunda vivia pared por medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaba admiracion á las gentes ver tanta armonía entre cortesanas, y se creia que tarde ó temprano se romperia su amistad por algun obsequiante; pero conocian mal á tan perfectas amigas, porque era muy íntima su union: en lugar de ser celosas como las demas mujeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dejando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que veria mil lindezas, y no me engañó. Con todo eso, yo no hacia el celoso, por haberle prometido que procuraria adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sugetos con quienes la veia á solas en conversacion; pero siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y cuánta multitud de parientes tenia! Su familia debia ser mas numerosa que la del rey Príamo[1]. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura (por dar al lector una idea cabal de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que esta divertia al pueblo públicamente, y la criada solo lo hacia en secreto. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores cuanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á mi natural complexion. ¡Ah desventurado! me decia yo á mi mismo: ¿es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿No te bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de pre-

---

[1] Ultimo rey de Troya, de quien se dice tuvo hasta cincuenta hijos habidos con varias esposas: de una sola diez y nueve varones y doce hembras. Y conoció de ellos una numerosísima descendencia.

ceptor? El verte precisado á servir ¿te dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; estos se entregan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

Un tantico de honor y de religion que conservaba todavía en medio de tan estragadas costumbres, me obligó no solo ó dejar ó Arsenia, sino tambien ó romper toda comunicacion con Laura, á quien sin embargo no podia ménos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Dichoso aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razon viene ó turbar los ilícitos embelesos que la tienen obcecada. Amaneció, pues, una mañana, muy dichosa para mí, en la cual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que, si va á decir verdad, casi nada me debia de mi salario, ni despedirme de mi querida Laura, salí de aquella casa, en que solo se respiraba libertinaje. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo don Matías, le saludé, y él conociéndome al instante, me preguntó á quién servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, cuyas costumbres desenvueltas no me cuadraban, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo, que pues yo era un mozo tan honrado, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, y en aquel mismo dia me acomodó con don Vicente de Guzman, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era don Vicente un caballero ya

anciano y muy rico, que habia muchos años vivia feliz sin pleitos y sin mujer, porque los médicos le habian privado de la suya queriéndola curar de una tos, que verosímilmente la dejaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, dedicándose enteramente á la educacion de Aurora su hija única, que entraba entónces en los veinte y seis años, y era uno señorita completa. Juntaba á su hermosura poco comun un entendimiento despejado, y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y batallas. Si por una desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego sonaba en su boca la trompeta heróica, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las dos terceras partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolijo, sobre ser un poco tartamudo, con lo cual sus relaciones se hacian en extremo desagradables. En lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre de igual humor, nada testarudo ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en un hombre de su clase. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba muy decentemente. Componíase su familia de varios criados, y de tres criadas que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de don Matías me habia colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio é inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y todos mis compañeros.

Habíase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de don Vicente, cuando se me figuró que su hija me distinguia entre los demas criados. Siempre que me miraba me parecia observar en sus ojos cierto agrado que no advertia en ella cuando miraba á los otros. A no haber tratado yo con elegantes y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pensase en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de las mas alta esfera. Si hemos de dar crédito á algunos histriones, me decia yo á mí mismo, tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de la cuales saben ellos aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos?

Pero no, añadia inmediatamente, no puedo persuadirme tal cosa: no es esta señorita una de aquellas Mesalinas[1] que, olvidadas de la noble altivez que le infunde su nacimiento, se rinden á la indecencia de humillarse hasta el polvo, y se deshonrau á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion que las entretiene sin peligro.

Este era el juicio que yo formaba de mi ama, sin saber precisamente á qué atenerme. Miéntras tanto, siempre que me veia, no dejaba de sonreirse y alegrarse: de manera que sin pasar por necio podia cualquiera creer tan bellas apariencias, y por lo mismo no hallé medio de impedir que me sedujesen. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos criados afortunados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme en cierto modo ménos indigno del bien que parecia querer proporcionarme la fortuna, empecé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacia mas de veinte años que servia en casa de don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no ejercia aquel penoso empleo. Por el contrario, en lugar de vigilar las acciones de Aurora, como la hacia en otro tiempo, entónces solo atendia á ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oirnos, me dijo en voz baja que si yo era prudente y callado, bajase al jardin á media noche, donde sabria cosas que no me disgustarian. Respondíle, apretándole la mano, que sin falta alguna bajaria, y prontamente nos separámos para no ser sorprendidos. Ya no dudé entónces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se

[1] Llámanse Mesalinas á las impúdicas, porque Valeria Mesalina, mujer del emperador de Roma, Claudio, fué tal vez la mas disoluta, impúdica y desenfrenada de que hace mencion la historia. Fué muerta con uno de sus amantes de órden de su marido el año 46 de la era cristiaua.

me hizo el tiempo hasta la cena (sin embargo de que siempre se cenaba temprano), y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para aumento de mi fastidio, cuando don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á repetirme sus campañas de Portugal con que tanto me habia machacado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada cual. No puedo ponderar cuánto padecí en estarle oyendo hasta que concluyó. Al fin acabó de hablar y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia, y del que se bajaba por una escalera secreta al jardin. Untéme de pomada todo el cuerpo; púseme una camisola limpia bien perfumada; y nada omití de cuanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama, con lo que fuí al sitio de la cita.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su cuarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa á don Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, dió el reloj, conté las horas, y vi que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya por lo ménos la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro reloj. ¡Bravo! dije entónces entre mí: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos en este jardin, y pensemos en el papel que debo hacer, que es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las bizarrías de las damas de distincion; solamente sé lo que se practica con las comediantas y mujercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, y le dice su atrevido pensamiento sin reparo; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester, á lo que me parece, que el galan sea cortés, complaciente, tierno y moderado; pero sin ser tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar el momento favorable.

Así discurria yo, y así me proponia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los piés de aquella amable persona, y decirle mil cosas amorosas. Con este fin traia á la memoria los pasajes de las comedias que me pareció podian servirme y darme gran lucimiento en nuestra conversacion á solas. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad; y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes que yo conocia, pasaria por hombre de

entendimiento, aunque no tuviese mas que memoria. Miéntras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. ¡Bueno! dije entónces; ya no me faltan mas que sesenta minutos que esperar: arméмonos de paciencia. Cobré ánimo, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el extremo del jardin. Llegó en fin la hora de mí tan deseada, es decir las doce. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero ménos impaciente. Señor Gil Blas, me dijo al acercarse ¿cuánto há que está Vmd. aquí? Dos horas, le respondí. En verdad, añadió ella riéndose, que es Vmd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con Vmd., y me ha mandado que le introduzca en su cuarto en donde le espera: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es un secreto que Vmd. no debe saber sino de su propia boca. Sígame adonde le conduzca; y dicho esto me cogió de la mano, y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPITULO II.

Cómo recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que él tuvo.

Hallé á Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó: saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hízome sentar junto á sí repugnándolo yo, y lo que mas me agradó fué que mandó á su embajadora se retirase á su cuarto y nos dejase solos. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dijo: Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre: cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarlo este paso que ahora doy.

No le di tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto debia respetar su pudor, y no darle lugar á mayor explicacion. Levantéme enajenado, y arrojándome á sus piés como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡Ah, señora! ¿me habré engañado? ¿se dirigen á mí vuestras palabras?

¿será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna y el desecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos... Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, vuelve á sentarte, y escúchame hasta que acabe sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto, del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan, airoso y de ilustre nacimiento, llamado don Luis Pacheco. Le veo algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, y tambien cuáles son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en tí con preferencia á los demas criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló mi señorita para oir mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo, y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presuncion, bastaria por lo ménos para que conociese que yo sabia enmendar muy bien una necedad. Pedíle no mas que dos dias de tiempo para poderle dar razon puntual de don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciéndome con cierto aire burlon al despedirse: Buenas noches, Gil Blas; no te volveré á encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto, no sin algun pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme tambien que esto podia hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo: reflexiones que me divirtieron y consolaron, y fuíme á acostar con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto exigiese de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber dónde vivia un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante informes de

él en la vecindad; pero los sugetos á quienes me dirigí, no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó á hacer nuevas averiguaciones el dia siguiente, y fuí mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia; detuvímonos á hablar, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de don José Pacheco, padre de don Luis, por haberle acusado de que se habia bebido un barril de vino. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí á fuerza de preguntas; de manera que volví á casa muy contento porque ya podia cumplir la palabra que habia dado á mi señorita, con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: léjos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese média noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podian oir desde casa. Entónces bajé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya á la fiel dueña en el sitio mismo, y la taimada me dijo con algo de socarronería: En verdad, Gil Blas, que hoy has rebajado mucho tu puntualidad. No le respondí palabra, fingiendo que no la oía, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien acerca de don Luis, y si habia averiguado muchas cosas. Sí, señora, le respondí; tengo con que satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha á Salamanca á concluir sus estudios. Segun lo que me han dicho es un señorito lleno de honor y probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que sin embargo no puedo ménos de deciros es, que vive algo demasiado á la moda de los señoritos modernos, quiero decir, que es un grandísimo libertino. ¿Creerá Vmd. que, siendo tan jóven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero díme, Gil Blas, ¿estás bien cierto de que tiene una vida tan licenciosa? ¿Cómo si estoy cierto? le respondí: no hay cosa mas segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de

don Alejo Seguier, de don Antonio Centélles, y de don Fernando de Gamboa, prueba constante de su disolucion. Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre señorita: en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raíces en mi corazon, no desconfío de arrancarle de él. Véte, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo: Solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu silencio.

Aseguréle que en este particular podia vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates[1] de los criados confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia mas agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles que disfrazan á veces la verdad; y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado tan sin venir al caso en pomadas y perfumes.

CAPITULO III.

De la gran mutacion que sobrevino en casa de don Vicente, y de la extraña terminacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de su enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andres, y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente; y despues de una exacta observacion convinieron entrambos en que los

[1] Entre los antiguos era el dios del silencio.

humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fueron de un parecer, y estuvieron discordes en todo lo demas. El uno queria que se purgara el enfermo aquel mismo dia, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El doctor Andres decia que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, se los habia de expeler aunque con crudos purgantes, ántes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen ántes de recurrir á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. ¡Oh! en eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitacion violenta, sino mas bien la madurez de los humores.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el texto griego, y citó todos los autores que le explicaban como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el asunto en tono mas alto. ¿A cual de los dos se habia de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestion; pero hallándose precisado á elegir una de las dos opiniones, adoptó la del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto el doctor Andres, que era el mas mozo, se retiró; pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo;* y hé aquí que quedó triunfante Oquendo; y como seguia los mismos principios que el doctor Sangredo, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida, no le quitase la presa que ya tenia agarrada, impidió la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del señor don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Despues de haber hecho Aurora á su padre las exequias correspondientes á un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, remunerándolos en proporcion de su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendía. Yo fuí uno de los que permanecieron con ella, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que

tambien tuve la fortuna de que necesitase de mí. No obstante el fiel informe que yo le habia dado de don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia dejado llevar de su impulso. Como ya no necesitaba tomar precauciones para hablarme á solas, me dijo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á don Luis: por mas que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse al decir estas palabras, y no pudo reprimir algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto fué lo que me conmovió su llanto. Ni podia hacerle mejor la corte que mostrándome afligido de su pena. Veo, amigo Blas, continuó enjugandose sus hermosos ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien. Nunca mas que ahora me ha sido necesario tu auxilio. Voy á descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atencion: sin duda te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto ántes á Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero bajo el nombre de don Félix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegue á ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desee conocerla, aquí es donde yo le aguardo. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas, en una haré el papel de don Félix, y en la otra de doña Aurora; y dejándome ver de don Luis unas veces vestida de hombre y otras de mujer, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que camino, acaban de cegarme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismo parecer que Aurora en cuanto á la extravagancia del designio, que creia muy insensato. Sin embargo, aunque le tenia por tan contrario á la razon, me guardé muy bien de hacer el pedagogo, ántes sí comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invencion de ingenio que no podia traer consecuencia. No me acuerdo ya de cuanto le dije para convencerla de esto; pero cedió á mis persuasiones, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos desvaríos. En fin, convinimos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia burlesca inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogímos los actores entre las

gentes de casa, y repartímos á cada cual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se le encomendó el de tia de doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y habia de llamarse doña Jimena de Guzman. A mí me tocaba el de ayuda de cámara de doña Aurora, que habia de disfrazarse de caballero; y una de las criadas, disfrazada de paje, le habia de servir separadamente. Arreglados así los papeles, nos restituímos á Madrid, donde supimos se hallaba todavía don Luis, pero disponiendo su viaje á Salamanca. Dimos órden para que se hiciesen cuanto ántes los vestidos que habíamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y lugar; y hechos que fueron se doblaron y metieron en diferentes baúles; y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, marchó doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino de Leon, acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ibamos atravesando por Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villaflor, á trescientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pié de una montaña. Veíamonos muy apurados porque se acercaba la noche; pero un aldeano que acertó á pasar por allí, nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal doña Elvira, viuda de don Pedro Pinarés, y fué tanto el bien que dijo de aquella señora, que mi ama se determinó á enviarme á suplicarle de su parte se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió doña Elvira el informe del aldeano; bien es verdad que yo desempeñé mi comision de tal modo que la hubiera inclinado á recibirnos en su quinta, aun cuando no hubiera sido la señora mas agasajadora del mundo: me recibió con mucha afabilidad, y respondió á mi súplica en los términos que yo deseaba. Pasámos todos á la quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontrámos á la puerta á la viuda de don Pedro, que salió cortesanamente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que ambas se hicieron; solo diré que doña Elvira era una señora ya de edad avanzada, pero á quien ninguna mujer del mundo excedia en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Condujo á doña Aurora á un magnífico cuarto, donde dejándola en libertad para que descansase, fué á dar disposiciones hasta sobre las cosas mas menudas tocantes á nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena mandó se sirviese en el cuarto de Aurora, donde las dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de don Pedro una de aquellas personas que no saben obsequiar en un convite manteniéndose en él con un aire enfadosamente grave, silen-

cioso y pensativo; ántes bien era de genio jovial, y sabia mantener siempre grata la conversacion. Explicábase noblemente con frases escogidas y adecuadas; yo admiraba su talento y el modo fino y delicado con que expresaba sus pensamientos, lo que me tenia embelesado, y no ménos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad, y quedaron de acuerdo en mantenerla correspondiéndose por cartas. Nuestro coche no podia estar compuesto hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien una cena muy abundante, y así dormímos todos tan bien como habíamos cenado.

Al dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que habia muchas pinturas, entre las cuales sobresalia una, cuyas figuras estaban pintadas con la mayor propiedad, y que ofrecia á la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver tendido tambien el cadáver de una dama jóven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho con una espada, y cuando se representaba exhalando el último aliento tenia clavados los ojos en un jóven, que expresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia representado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba ménos la atencion. Era un anciano de grave, hermoso y venerable aspecto, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se manifestaba ménos afligido que el jóven. Podríase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseido de una profunda tristeza, parecia estar abatido enteramente de ella; mas en el mozo se echaba de ver el furor mezclado con la afliccion. Todos estos afectos estaban tan vivamente expresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel cuadro. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora, le respondió doña Elvira, es una pintura fiel de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, y manifestó un deseo tan vehemente de saber mas, que la viuda de don Pedro no pudo dispensarse de prometerle la satisfaccion que deseaba. Esta promesa fué hecha á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y mia: todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama quiso que nos retirásemos; pero doña Elvira, que conoció

nuestra gana de oir la explicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos; añadiendo que la historia que iba á referir no era de aquellas que pedian secreto. Un poco despues principió su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El casamiento por venganza.

NOVELA.

Rogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el reino una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no habia perdonado la vida á su hermano sino para ejercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demas, con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prision. Con efecto, esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado príncipe, y no cesó de perseguirle miéntras él vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se tuvo como un justo castigo de su desapiadado corazon.

Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algun tiempo Rogerio sobre si les haria quitar la vida, temiendo que en edad mas avanzada no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se habia dado á su padre, resucitando un partido que todavía se sentia con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el Estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro, quien para disuadirle de aquel intento, se encargó de la educacion del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del mas jóven, por nombre don Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio de que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su lealtad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad de Enrique, é hija única de la princesa

Matilde. Púsole maestros que la enseñasen, y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza, por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, contaba un año ménos que el príncipe, y estaba dotada de singular hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, se hallaba aun en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero no tenian libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dejaba el príncipe de lograr tal cual vez alguna ocasion para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á que le permitiese poner por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de órden del rey, se vió precisado á hacer un viaje á una de las provincias mas remotas de la Isla; y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura, y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el príncipe habia confiado su proyecto, ejecutó esta obra con tanta diligencia como secreto.

Por esta puerta se introducia algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué no obstante confiada en las palabras que él le habia dado de que nunca pretenderia de ella sino los favores mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle cuando se viese en aquella elevacion: este temor le causaba mucha inquietud. Tenia bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. Señora, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿cuál es el motivo de esa profunda tristeza? Señor, respondió ella, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey vuestro tio dejará presto de vivir, y vos ocuparéis su lugar. Cuando considero

lo que va á alejaros de mí vuestra nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apénas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no alcanza á calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad: no desconfío de vuestro amor; desconfío solamente de mi ventura. Adorable Blanca, replicó el príncipe, oblíganme tus temores, y ellos justifican mi pasion á tus atractivos; pero el exceso á que llevas tus desconfianzas ofende mi amor, y (si me atrevo á decirlo) la estimacion que me debes. No, no; no pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree mas bien que tú sola serás siempre mi alegría y mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah, señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga serie de reyes, cuyo brillante himeneo añada nuevos estados á los vuestros; y tal vez ¡ay! vos corresponderéis á sus esperanzas aun á pesar de vuestras mas firmes promesas. Y ¿por qué, repuso Enrique no sin alguna alteracion, por qué te anticipas á figurarte una idea triste de lo venidero? Si el cielo dispusiere del rey mi tio, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Así lo prometo, poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se conoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique; y lo restante de la conversacion se redujo á hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tio, pudiendo mas en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia á tiempo que ella salia del cuarto de su padre, un dia que él habia venido á la quinta de Belmonte á negocios importantes, quedó ciegamente prendado de ella; pidiósela á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió; mas sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que doña Blanca no habia sido sabedora.

Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto á Leoncio seguido de doña Blanca. Señor, le dijo aquel ministro, vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor.

Acaba de morir el rey vuestro tio, y por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo, encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. Al príncipe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses ántes de la grave enfermedad que padecia el rey, que poco á poco iba acabando con él. Sin embargo, quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dijo estas palabras: Prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como á padre, y me alegraré de gobernarme por tus consejos; tú serás rey de Sicilia mas que yo. Dicho esto, se llegó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco.. ¿Qué hacéis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique; y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndole: Recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi voluntad. Tomólo Blanca, cubriéndose su hermosa cara de un honestísimo rubor, y respondió al príncipe: Recibo con respeto las gracias de mi rey; pero estoy sujeta á un padre, y espero que no llevaréis á mal ponga en sus manos vuestro papel, para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entónces Sifredo lo que hasta aquel punto no habia descubierto su penetracion. Comprendió toda la intencion del príncipe, y le contestó diciendo: Espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispon todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo, y marchó á Palermo, llevando consigo á doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, pensando mas en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza ves-

tida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion, aunque con algo mas de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este príncipe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco mas abajo. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia; y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenia en sustancia, que hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y que si no queria darle la mano de esposo, quedase excluido de la corona de Sicilia, y pasase esta al infante don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede expresar la pena que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el consejo, dijo así: Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposicion del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado: Acordáos, Leoncio, del papel que Blanca... Señor, respondió Sifredo, interrumpiéndole con precipitacion, sin darle tiempo á que se explicase mas, ese papel es este que presento al consejo. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tio. Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos, en la forma mas auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: *Viva el magnánimo rey Enrique.* Como era notoria á todos la aversion que este príncipe habia tenido siempre á la princesa, temian, no sin razon, que indignado de la condicion del testamento, excitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las aclamaciones universales, que despedazaban secretamente el corazon del nuevo rey.

Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por mas que el príncipe quiso disimular su turbacion, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á responderle con la cortesana atencion que exigia de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacia, y llegándose al oido á Sifredo, que por razon de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja: ¿Qué es esto, Leoncio? el papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltais... Acordáos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con entereza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplís la voluntad del rey vuestro tio, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apénas dijo esto se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiende resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la majestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que habia de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que miéntras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, granjearia á su favor con gracias á los grandes del reino, y afianzaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazado este designio se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza le confirmó lo que el gran canciller le habia dicho en público; pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon ofreciendo su fe á la princesa, entró Blanca en la sala del consejo, adonde iba de órden de su padre á cumplimentar á la princesa, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique le decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola á Constanza: Rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado, y de un feliz himeneo. Golpe terrible, que atravesó el corazon de la desgraciada Blanca. En vano se esforzó á disimular su pesar. Demudósele el semblante encendiéndosele de repente, y pasando en un momento de incendio á palidez, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el desórden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada léjos del trato de la corte, y poco acostumbrada á ella. No sucedió lo mismo con el rey, quien perdió toda su com-

postura y majestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó que creyendo las apariencias, ya en su corazon le tuviese por un traidor. No habria sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla cuanto ántes.

Luego que llegaron á aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la habia prometido al condestable. ¡Santo cielo! exclamó trasportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre, ¡y qué crueles suplicios tenias guardados para la desgraciada Blanca! Fué tan violento su arrebato, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frio y pálido cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de este viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija, se mantuvo firme en su primera determinacion. Volvió Blanca en sí, mas por la fuerza de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la priesa que se daba á socorrerla: Señor, le dijo con voz casi apagada, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada, que sin vuestro consentimiento se atrevió á disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: ántes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre tí su poder. La pretension del condestable te da honor; pues bien sabes que es el primer hombre del Estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me habia hecho esperar... Hija, dijo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias, léjos de desaprobarlo, yo mismo procuraria con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interes de su gloria y el del Estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige: con todo eso, supuesto que no podemos luchar

contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reinó que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion al rey podia dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono, y da su mano á Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra: desempéñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra la inclinacion de su corazon, se determinaria por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto; pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima: el sentimiento de ver que habian pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique, y la precision, no casándose con él, de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de afliccion tan violentos, que cada instante era un nuevo tormento para ella. Si es cierta mi desgracia, exclamaba, ¿cómo es posible que yo resista á ella sin costarme la vida? Desapiadada suerte ¿á qué fin me lisonjeabas con las mas dulces esperanzas si habias de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas á otra cuando me prometes una fidelidad eterna! ¿Has podido tan pronto olvidarte de la fe que me juraste? Permita el cielo en castigo de tu cruel engaño que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen un veneno en tu fementido pecho; y que tu himeneo sea tan funesto como el mio. Sí, traidor; sí, falso; seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme de mí misma, y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasion. Ya que la religion no me permite darme la muerte, quiero que los dias que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias. Si conservas todavía algun amor hácia mí, será vengarme tambien de tí el arrojarme á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá á lo ménos gloriarse la Sicilia de haber producído una mujer que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En esta dolorosa situacion pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del

amor y del deber. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta á su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió priesa á no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo dia al condestable á Belmonte, y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh, y qué dia aquel para Blanca! No le bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado, y entregarse á un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su angustia delante de un marido naturalmente celoso, y que le profesaba un vehementísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo, porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado, y ni aun le dejaba el triste consuelo de llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle este respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecia que estaba. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentia indispuesta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veia, y la instaba á que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginacion la idea mas amarga y cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entónces ya no puso duda en que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que su asistencia le podia servir de algun alivio. Respondió Blanca serenada con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos; y pasaron una noche muy diferente de la que concede el amor y el himeneo á dos amantes apasionados.

Miéntras la hija de Sifredo se entregaba á su dolor, andaba el condestable considerando dentro de sí qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase que tenia algun competidor; pero cuando le queria descubrir se enredaban y confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz del mundo. Habia pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche cuando

llegó á sus oidos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él por sí habia cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oir una voz débil y tenue que llamaba repetidamente á Blanca. Encendiéronse entónces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor: sobresaltado su honor le obligó á lavantarse, y considerándose obligado á precaver una afrenta, ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde creia oir la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas prófundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase, escucha, y ya nada oye. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan extraño suceso, llama á los criados que estaban mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela, para que no se escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos criados todos con luces. Toma él mismo una y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian su desgracia. Esto despertó en su fantasía gran confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño, parecia recurso inútil, igualmente que arriesgado, pues le importaba tanto ocultar la verdad, que no se podia esperar de ella la mas leve explicacion. Adoptó, pues, el partido de ir á desahogar su corazon con Leoncio, despues de haber mandado á los criados se fuesen, diciéndoles que creia haber oido algun ruido en el cuarto, pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su aposento, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y le contó menudamente todo lo que le habia pasado con muestras de extraña agitacion, y de un profundo dolor.

Sorprendióse Sifredo al oir el suceso; y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la

representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rey; pensamiento que le afligió vivamente. Pero léjos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oido, y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser sino fantasías de una imaginacion engañada por los celos: que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija: que la tristeza que habia advertido en ella podia ser efecto natural de alguna indisposicion: que el honor nada tenia que ver con las alteraciones de la salud: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en la soledad, y que se veia repentinamente entregada á un hombre sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella afliccion, y de aquel amargo llanto: que el amor en el corazon de las doncellas de sangre noble solo se encendia con el tiempo y con los obsequios; y que así le aconsejaba calmase sus recelos, y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse mas cariñosa; y que le rogaba en fin volviese hácia ella persuadido de que su desconfianza y turbacion ofendian su virtud.

Nada respondió el condestable á las razones de su suegro, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusion en que estaba su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular, que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su mujer, se volvió á la cama, y procuró lograr algun descanso de sus penosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á Blanca no estaba mas tranquila que él, porque habia oido claramente todo lo que oyó su esposo, y no podia atribuir á ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto despues de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabien de este paso, y de que le causase alguna alegría, lo conceptuó como un nuevo ultraje, que encendia en cólera su pecho.

Miéntras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven rey le juzgaba por el mas pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, mas prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle para desengañarla contra las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, á habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si ántes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia

para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba á los jardines. Por estos llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es imaginar cuánta seria la admiracion de este principe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenia atrevimiento de levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero la consideracion que debia á la hija de Leoncio suspendió su resentimiento: se retiró por donde habia entrado, y mas turbado que ántes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco ántes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto, tan agitado que no le fué posible lograr ningun descanso, y no pensó mas que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor, le excitaban á que procurase saber sin dilacion todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

Apénas se levantó, dió orden que se previniese el tren de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algun tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió no léjos de sí á dos mujeres que estaban sentadas en conversacion á la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó á lo sumo cuando volviendo aquellas mujeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habia salido de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

Luego que Enrique la conoció, fué volando hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus piés, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, le dijo enternecido: Suspende, bella Blanca, los impetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable á tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respecto á tí, puede ser que lo que miras como delito, te parezca una prueba de mi inocen-

cia y del exceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de mitigar la pena de Blanca, solo sirvieron para exacerbarla mas. Quiso responderle, pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada prosiguió diciéndole: Pues qué, señora, ¿es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza, yo que expongo mi corona y hasta mi vida por conservarme solo para vos? Entónces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí misma para explicarse, le respondió: Señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que en adelante sea una misma la suerte de los dos. ¡Ay Blanca! interrumpió el rey precipitadamente, ¡qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey que reduciria á cenizas toda la Sicilia ántes que sufrir que ninguno os robe á sus esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada voz la hija de Sifredo, para allanar el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy mujer del condestable.

¡Mujer del condestable! exclamó el rey dando algunos pasos atras; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pié de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo, y tan enajenado que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuánto le habia afligido el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte le miraba tambien con semblante tal qne manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe, volviendo algun tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor, tomó de nuevo la palabra y dijo á Blanca suspiraudo: ¿Qué habéis hecho, señora? Vuestra credulidad me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase, cuando ella vivia persuadida de que tenia de su parte las mas poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo: ¿Qué, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la infidelidad? ¿Querriais que desmintiese á mis ojos y á mis oidos, y que á pesar de su testimonio os tuviese por inocente? No, señor, confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es

que yo estoy inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable. ¿ Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano y de vuestro corazon? ¿ No asegurásteis á los grandes del reino que os conformariais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? ¿ Mis ojos estaban fascinados? Confesad, confesad mas bien, infiel, que no creísteis debia contrapesar el corazon de Blanca el interes de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentís, ni quizá habeis sentido jamas, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza, que con la hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿ A qué fin asegurarme lo contrario? ¿ A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable; y por no exponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que deje á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Dicho esto se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitia el estado en que se encontraba. Aguardáos, señora, clamaba Enrique, no desespereis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos, ántes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca. Debierais haber impedido diese la mano al condestable ántes de abandonaros á tan generosas impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia quede reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazon, tendré á lo ménos valor para sofocar sus movimientos, y que vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con precipitacion, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dejó al rey traspasado de dolor. No podia ménos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia

del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba: ¿es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras recíprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados. ¿Conque no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué caro me cuesta el haber llegado á conseguir que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para sacrificar á su resentimiento al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los ímpetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como á reo sospechoso en las circunstancias en que se hallaba el Estado. En este supuesto dió la órden competente al capitan de sus guardias, el cual partió á Belmonte, se apoderó de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo al castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto á responder al rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de semejante prision. Previendo bien el rey este paso, que su ministro daria, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca ántes de dar libertad al condestable, habia mandado expresamente que no se dejase entrar á nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, á pesar de esta prohibicion, logró introducirse en la estancia del rey: Señor, le dijo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su soberano, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. la eterna afrenta de que cubre á mí familia, y las resultas de una prision que puede alejar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante don Pedro. ¡El condestable inteligencias criminales! interrumpió sorprendido Leoncio. ¡Ah, señor! no lo crea V. M.: sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mio para hallarse en este punto

al abrigo de toda sospecha. Él está inocente; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah ¿y no podré yo tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situacion con tus cuidados oficiosos de que envidie la suerte de los hombres mas infelices. No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió estremeciéndose Leoncio: ¿cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el reino? Si es que engaño su esperanza, repuso el monarca, échate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de aquella cruel Matilde que, atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á esta quisieras tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no aguardes de mí este paso. Antes de ver encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia, y anegados de sangre sus campos.

¡Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¡Qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es demasiado el amor que profesais á vuestros vasallos para acarrearles tan triste suerte. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres vulgares. Si yo di mi hija al condestable fué, señor, únicamente por granjear para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos... ¡Ah! que esos lazos, interrumpió Enrique, esos funestos lazos son los que á mi me han perdido. ¡Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro é intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te di facultad para que esto fuese á costa

de mi corazon? ¿por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos sabria yo muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion es la de mirar por la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos soberanos, y esto desde el momento en que el cielo los elige para gobernarlos? ¿pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres de ser dueños de sus afectos? ¡Ah Leoncio! si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demas hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rey su tio sujetó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al rey mi tio, repuso acalorado Enrique, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey don Cárlos cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura debias tú tener la flaqueza de someterte á una condicion tan inicua? Cierto que para un gran canciller estás poco enterado de nuestros usos. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve intencion de cumplirla. Si don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no efectuar aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una contienda que haria derramar mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede terminar la disputa, y decidir cuál de los dos será el mas digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contentó con pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió diciéndole el rey: Anda, y restitúyete á Belmonte. que presto irá allá el condestable. Retiróse el ministro, y marchó á su quinta, persuadido de que su yerno vendria luego á ella; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Miéntras tanto entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y héchole conocer cuál era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente á la violencia de los celos, y olvidado de la lealtad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido de que el rey no malograria la ocasion, y no dejaria de ir aquella noche á visitar á doña Blanca, para sorprenderlos á

entrambos suplicó al gobernador del castillo de Palermo le dejase salir de la prision por algunas horas, dándole palabra de honor de que ántes de amanecer se restituiria á ella. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rey su libertad, y ademas de eso le dió un caballo para ir á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el cuarto de su mujer, y se escondió tras un biombo que habia en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un cuarto inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria este á Belmonte, aunque su padre le habia dicho haberle el rey asegurado le seguiria presto. Igualmente presumió que el rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que para ella podia tener terribles consecuencias. Con efecto, poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el rey, quien arrojándose á los piés de Blanca, le dijo: No me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por qué os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entónces ¡ay de mí! ya no tendré recurso para hablaros. Oidme, pues, por la última vez. Si vuestro padre ocasiona mi desventurada suerte, al ménos concededme el triste consuelo de participaros que yo no me he atraido este infortunio por mi infidelidad. Si ratifiqué á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Érame preciso engañar á la princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para romper aquella obligacion; poro vos destruísteis mi plan, y disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparásteis un eterno dolor á dos corazones que un entrañable amor hubiera hecho perpetuamente felices.

Dió fin á este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperacion, que Blanca se enterneció, y

ya no le quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues fué en ella mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah, señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infeliz! Yo fuí la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. ¡Conque cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompia los lazos que habia jurado hacer indisolubles! Vengáos ahora, señor, ques os toca hacerlo. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente: ¿que será posible arrancar de mi corazon una pasion que ni aun vuestra injusticia podrá sofocarla? Con todo eso, señor, dijo suspirando la hija de Sifredo, es menester que os esforceis para conseguirlo. Y vos, señora, replicó el rey, ¿seréis capaz de hacer ese esfuerzo? No me prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré cuanto pueda. ¡Ah cruel! exclamó el rey, fácilmente olvidaréis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿que es lo que pensais? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais de que os tolere continuar en obsequiarme? No tengais tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina, tampoco me formó para que diese oidos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun cuando lo que debo á solo él no fuera un obstáculo invencible á vuestros amorosos servicios, mi honor jamas podria permitirlos. Suplico, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo de no volverme á ver. ¡Oh, qué tiranía! exclamó el rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¡Conque no basta para atormentarme el que yo os vea esposa del condestable; sino que quereis ademas privarme de vuestra vista, único consuelo que me queda! Huid cuanto ántes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de lo que se ha amado tiernamente deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerlo. A Dios, señor, retiráos de mi presencia. Debeis este esfuerzo á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi reposo, porque al fin, aunque mi virtud no se altera con los movimientos de mi corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta energía, que

sin advertirlo, dejó caer al suelo un candelero que estaba en una mesa detras de ella. Apagóse la bujía; cógela Blanca á tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apénas la vió el rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró repentinamente el condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que ella: se llega á Enrique lleno del resentimiento que su furor le inspiraba, y le dice: Ya es demasiado, tirano, no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que haces á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el rey desenvainando la espada para defenderse, ¿piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente? Dicho esto principian un combate sobremanera fogoso para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen demasiado pronto á los gritos que daba doña Blanca, y le estorbasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin cautela. Fuera de sí de furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado se detuvo.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. El infeliz esposo lleno de resentimiento contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolor y de su compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los celos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su competidor; idea tan ingrata y espantosa, que alentando sus espíritus, y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su mujer, diciéndole: Muere, esposa infiel, ya que los sagrados vínculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me juraste al pié de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz desmayada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que aun entre las sombras de la muerte dejaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y la sangre de esta inocente víctima se confundia con la de su homicida, cuya ejecucion fué tan pronta é impensada, que no dió lugar al rey para precaver su efecto.

Prorumpió este príncipe malaventurado en un lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que le quitaba la vida, acudió á prestarle el mismo auxilio que ella misma habia querido prestar á su marido, y del cual habia sido tan mal recompensada; pero Blanca le dijo con voz desfallecida: Señor, vuestra diligencia es inútil: soy la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable. Quiera el cielo que ella aplaque su cólera, y asegure la felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lamentosos ayes, entró en el cuarto, y atónito de ver los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó inmóvil. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rey: A Dios, señor, le dijo, conservad afectuosamente mi memoria, pues mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre, respetad sus canas, compadecéos de su pena, y haced justicia á su celo. Sobre todo manifestad á todo el mundo mi inocencia: esto es lo que mas principalmente os encargo. A Dios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

A estas palabras espiró. Quedóse suspenso el rey, guardando por algun tiempo un profundo silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: Mira, Leoncio, la obra de tus manos. Contémplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso celo por mi servicio. Nada respondió el anciano; tan penetrado estaba de dolor. Pero ¿á qué fin empeñarme en querer referir lo que no cabe en ninguna explicacion? Basta decir que uno y otro prorumpieron en las mas tiernas quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los afectos interiores.

El rey conservó toda su vida la mas dulce memoria de su amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca: tuvo el consuelo de casar á Porcia ántes de morir con don Jerónimo de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de don Pedro de Pináres, la historia de mi familia y una fiel relacion de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de este funesto suceso.

CAPITULO V.

De lo que hizo doña Aurora de Guzman luego que llegó á Salamanca.

Despues de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oido esta historia, nos salímos de la sala, donde dejámos solas á doña Aurora y doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra; y cuando partímos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegámos en fin á Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Alquilámos luego una casa enteramente amueblada; y la dueña Ortiz, segun lo que habíamos tratado, se comenzó á llamar doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia ménos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un paje, y se encaminaron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndole respondido que sí, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, expresando era para un sobrino suyo que iba de Toledo á estudiar á Salamanca, y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado; y á no ser la cara, que era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de paje, y todos nos persuadímos que tambien esta representaria bien su papel, así porque no era de las mas hermosas, como por tener cierto airecillo descarado, muy á propósito para el personaje que le tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchámos allá. Metímonos en un coche, y llevámos los baúles y la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramírez, nos recibió con el mayor agasajo, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzámos á trabar conversacion con ella. Convinimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que habíamos de pagarle cada mes. Preguntámosle despues si tenia muchos

huésqepes. Por ahora, respondió, no tengo ninguno: nunca me faltarian si quisiera recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á concluir sus estudios. Llámase don Luis Pacheco, caballero de veinte años lo mas, que acaso conocerán ustedes ó habrán oido hablar de él. No, respondió Aurora: no ignoro que es de una familia ilustre; pero no sé sus cualidades; y habiendo de vivir en su compañía en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es. Señor, repuso la huéspeda mirando al fingido caballero, es un caballerito de linda cara, ni mas ni ménos que la vuestra; y desde luego aseguro que ambos os avendréis bien. Vive diez, que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y airosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil galanteos. ¡Oh! en cuanto á eso, respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta que se deje ver para llevarse de calles á cualquier mujer. Entre otras robó el corazon de una jóven y bella como ella sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en cuanto á su cariño hácia don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es doña Isabel. Poro dígame, le replicó Aurora con prontitud, ¿y don Luis le corresponde igualmente? Que la amaba ántes que volviese á Madrid, respondió la Ramírez, no tiene duda; pero si ahora la quiere ó no la quiere, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de mujer en mujer, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apénas acababa la viuda de decir estas palabras, cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, v vimos dos hombres que se apeaban, que eran el mismo don Luis Pacheco que llegaba de Madrid con su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y preparóse mi ama, no sin alguna conmocion á representar su personaje de don Félix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á don Luis con botas y espuelas en traje de camino. Acabo de saber, dijo saludando á doña Aurora, que un caballero Toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el gusto que tengo de lograr bajo un mismo techo tan buena compañía. Miéntras respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien plantado. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos y cortesanos cumplimientos, se retiró don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Miéntras se hacia quitar las botas y se mudaba de ropa, un paje que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á doña Aurora en la escalera, y teniéndola por don Luis, á quien no conocia: Caballero, le dijo, aunque no conozco al señor don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar á Vmd. si lo es, y estoy persuadido de que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con gran serenidad; ciertamente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan: has adivinado muy bien que soy don Luis Pacheco: dáme esa carta y véte, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Marchóse el paje: y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, abrió la carta, y nos leyó lo que sigue: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca: alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradle cuanto ántes de que no os habeis mudado. Morirá de contento si le dais el consuelo de haberle sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra un alma del todo enamorada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; ántes bien juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de don Luis, haciendo cuanto me sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo ardua, lo confieso; mas no desconfío de salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: Yo me obligo á ver enemistados á los dos en ménos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su cuarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora ántes de cenar. Caballero, le dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar harta inquietud; yo por lo ménos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga usted, le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Félix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por experiencia que en ella no son insensibles las mujeres. ¿Qué prueba tiene usted de ello? interrumpió don Luis con presteza. Una demostrativa, replicó la hija de don Vicente. Habrá un mes que transité por esta ciudad, y habiéndome detenido en ella no mas que ocho dias, en este breve tiempo, os lo digo en toda confianza, se apasionó ciegamente de mí la hija de un anciano doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado don Luis al oir estas palabras. ¿Y se podrá saber, sin pasar por indiscreto, replicó, el nombre de esa señora? ¿Qué llama usted sin pasar por indiscreto? repuso el fingido don Félix: ¿pues qué motivo

puede haber para hacer de esto un misterio? ¿por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? no me hagais esa injusticia. Ademas de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas gentes de poca suposicion, y aun creen que les hacen mucho honor en quitarles el crédito. Diréos, pues, sin reparo, que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor Márcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea usted este papel que acaba de enviarme: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entónces Aurora con admiracion. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que tomais interes por esa dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡Ah, pérfida! !ah inconstante! ¡Oh don Félix, y qué favor os merezco! Me habeis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo. Creia que me amaba: ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Yo miraba con algun aprecio á esta muchacha; pero ahora veo que es una mujer digna de mi mayor desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dijo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un doctor en leyes debiera tenerse por muy dichosa en que la quisiese un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo disculpar su veleidad, y léjos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será mi única venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza; pero con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que los dos le escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su carta; mas ántes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto la amistad con Isabel. No, no, interrumpió don Luis, no pienso tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy gus-

tosos para la hija del doctor Márcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para expresar sus sentimientos; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reina mia, y no tengas la presuncion de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán los hopalandas mas miserables de la universidad.* Escribió, pues, esta agradable carta, y cuando Aurora acabó la suya, que no era ménos ofensiva, las cerró entrambas bajo una cubierta, y entregándome el pliego: Toma, Gil Blas, me dijo, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí, señor, le respondí: será usted servido como desea.

Responderle esto, hacerle una cortesía, y salir de casa, todo fué uno. Luego que me vi en la calle me dije á mí mismo: ¿Conque, señor Gil Blas, parece que se hace prueba de vuestro talento y que representais en esta comedia el importante papel de criado confidente? Sí, señor. Pues, amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor don Félix se contentó con hacerte una seña: fióse de tu penetracion: ¿comprendiste bien lo que aquella guiñada quiso decir? Sí por cierto: quísome dar á entender que entregase solamente el billete de don Luis. No significaba otra cosa aquella guiñadura. No tuve en esto la menor duda; conque diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del doctor Márcos, habiéndome ántes informado de donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pajecito á quien habia visto en la posada de los cabelleros. Hermano, le dije, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Márcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo experto en estos lances; y yo le añadí: Teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pajecillo; y apénas le respondí que era don Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió: ¡Ah! si el papel es de ese señorito, sígueme, pues tengo órden de mi ama de introducirte en su cuarto, que quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la señora. Quedé

admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto facciones mas lindas en mi vida. Tenia un aire tan delicado y aniñado, que parecia ser de edad de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de don Luis Pacheco? Sí, señora, le respondí, tres semanas há que entré á servir á su merced; y diciendo esto le entregué respetuosamente el fatal papel que se me habia encargado. Leyóle dos ó tres veces, con semblante de dudar de lo que sus mismos ojos veian. Con efecto, nada esperaba ménos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues hácia mí y me dijo: Amigo mio, ¿don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? No comprendo su modo de proceder. Díme, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ... ¿Qué demonio le tiene poseido? Si quiere romper conmigo, ¿no sabria hacerlo sin ultrajarme con una carta tan grosera?

Señora, le respondí afectando un aire lleno de sinceridad, es cierto que mi amo no ha tenido razon para eso; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me dais palabra de guardar el secreto, yo os descubriré todo el ministerio. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente: no temas que te perjudique; y así explícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: hé aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama tapada con un manto de los mas dobles: preguntó por el señor Pacheco, hablóle á solas, y de allí á algun tiempo, al fin de la conversacion le oí decir estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volveréis á ver*; *pero no me contento con esto. Es menester que ahora mismo le escribais un billete que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.* Sujetóse don Luis á todo lo que deseaba aquella mujer, y entregándome despues el billete, me dijo: Toma este papel, averigua dónde vive el doctor Márcos de la Llana, y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano á su hija Isabel.

De aquí inferiréis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! exclamó ella: pues esto es todavía mas de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas é injuriosas expresiones que se atrevió á escribir su mano. ¡Ah infiel! ¡ha podido contraer otra amistad! ... Pero revistiéndose de

repente de altivez, añadió despechada: Abandónese en buen hora libremente á su nuevo amor, que yo no pienso impedirlo. Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora; y que desprecio demasiado á un amante tan voltario para tener el menor deseo de atraérmele de nuevo. Diciendo esto me despidió, y se retiró muy enojada contra don Luis.

Yo salí de casa del doctor Márcos de la Llana muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré cenando juntos á los señores Mendoza y Pacheco, y en conversacion con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Conque ya estás de vuelta, Gil Blas? me dijo en tono festivo. Ea, dános cuenta de tu embajada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel, la que despues de haber leido los dos dulcísimos y ternísimos papeles, prorumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo: Por vida mia que los dos señoritos escriben con bellísimo estilo. No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo. Eso, dijo mi ama, se llama sacar el caballo, ó salir del atolladero airosamente. En verdad que la tal señora mia es una chula de prueba y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á doña Isabel, interrumpió don Luis: la tenia en muy distinto concepto. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mujeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la mujer mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondió yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mas astuto, y aun á mí mismo me hubiera engañado.

Dieron grandes carcajadas el fingido Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta suerte; y léjos de desaprobar el que yo me tomase la libertad de mezclarme en su conversacion, me dirigian á menudo la palabra para divertirse con mis respuestas. Proseguímos nuestro razonamiento sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mujeres; y el resultado de nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y á ejemplo suyo don Félix juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas pro-

testas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; ántes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde di fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas, me dijo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna tener un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos sacudido de una mujer que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que cuanto ántes acometamos nuestra ideada empresa, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al señor don Félix con su paje, me retiré al cuarto donde tenia mi cama.

CAPITULO VI.

De qué ardides se valió Aurora para que la amase don Luis Pacheco.

El primer cuidado de los dos nuevos amigos fué reunirse al dia siguiente, y comenzaron con abrazos, que Aurora se vió precisada á dar y recibir por hacer bien el personaje de don Félix. Fueron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de don Luis. Parámonos á la puerta de la universidad á leer varios carteles de libros que acababan de fijar á la puerta. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo, que hacia crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y me persuadí tambien de que él creia merecer que le escuchasen. Parecia vano y hombre de tono decisivo, como lo suele ser la mayor parte de las personas chiquitas. Esa *nueva traduccion de Horacio*, que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes, es una obra en prosa, compuesta por un autor viejo del colegio: libro muy estimado de los escolares, que han agotado de él

ya cuatro ediciones, sin que ningun inteligente haya comprado siquiera un ejemplar. No era mas favorable la crítica que hacia de los demas libros: todos los motejaba sin caridad: probablemente seria algun autor. Yo de buena gana le hubiera estado oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á don Luis y á don Félix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no importándoles poco ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la universidad.

Llegámos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dijo, es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de doña Jimena de Guzman, que hace pocos dias vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo á su sobrina doña Aurora, hija única de don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá Vmd. conocido. No, respondió don Luis; pero he oido hablar mucho de él, igualmente que de Aurora vuestra prima. Decidme si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita: me han asegurado que es sin igual en hermosura y entendimiento. En cuanto á entendimiento, respondió don Félix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo, pero en cuanto á hermosura, no creo que sea tanta como ponderan, cuando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso así, replicó prontamente don Luis, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares, vuestra tez muy delicada, y así no puede ménos de ser linda vuestra prima. Yo tendria mucho gusto en verla y hablar con ella. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el fingido Mendoza; hoy mismo despues de comer iremos los dos á casa de mi tia.

Mudó entónces de conversacion mi ama, y empezaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, miéntras se disponian para ir á casa de doña Jimena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente á la posada para acompañar á don Félix, quien finalmente condujo al señor don Luis á casa de su tia. Apénas entraron en ella cuando se encontraron con doña Jimena, que les hizo seña de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja: Paso, pasito: no despierten ustedes á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual há poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que la pobre niña se retiró á descansar un poco. Siento mucho esa indisposicion, dijo Mendoza, aparentando sentimiento, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima,

pues queria hacer este obsequio á mi amigo Pacheco. No es eso tan urgente, respondió la Ortiz sonriéndose: pueden Vmds. dejarlo para mañana. Detuviéronse un rato los dos caballeritos con la vieja, y despues de una breve conversacion se retiraron.

Condújonos don Luis á casa de un amigo suyo, llamado don Gabriel de Pedrosa, donde pasámos lo restante del dia; cenámos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habíamos andado como la mitad del camino cuando tropezámos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recien asesinados, y nos parámos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Miéntras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, cuanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, hé aquí que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos, y dió órden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo mejor juicio luego que nos oyó hablar, y mucho mas cuando á la luz de una linterna sorda descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser un licenciado gordo y su criado privados enteramente de vino, ó mas bien borrachos muertos. Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este gran bebedor: es el señor licenciado Guiomar, rector de nuestra universidad. Aquí donde ustedes le ven es un grande hombre, un talento extraordinario. No hay filósofo á quien no confunda en un argumento: tiene una facundia sin igual. Lástima es que sea tan inclinado al vino, á pleitos y á mujeres. Ahora vendrá de cenar con su Isabelilla, en donde por desgracia él y el que le guia se habrán emborrachado, y ambos han caido en el arroyo. Antes que el buen licenciado fuese rector le sucedia esto con bastante frecuencia; los honores, como ustedes ven, no siempre mudan las costumbres. Nosotros dejámos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Félix y don Luis se levantaron al dia siguiente á eso del mediodía, y vueltos á reunir, su primera conversacion fué de doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dijo mi ama, vé á casa de mi tia doña Jimena, y pregúntale de mi parte si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á ver á mi prima. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habíamos de gobernar; y despues que tomámos nuestras medidas puntuales, volví con la respuesta al fingido Mendoza,

y le dije: Vuestra prima Aurora está muy buena; ella misma me ha encargado os asegure que vuestra visita le será del mayor agrado; y doña Jimena me encomendó afirmase al señor Pachecco que siempre será muy bien recibido en su casa por vuestra recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un dichoso presagio. Poco ántes de comer vino á la posada el criado de doña Jimena, y dijo á don Félix: Señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por su merced en casa de su señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Mendoza, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leido este, venid prontamente al meson del Caballo Negro, cerca de la universidad.* Tengo grandes deseos de saber cuanto ántes estas noticias que tanto me interesan para no satisfacer mi curiosidad al momento: hasta luego, Pacheco, continuó; si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia, adonde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabéis el recado que os dió Gil Blas de parte de doña Jimena: en virtud de él podeis con franqueza hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Ya se deja discurrir que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo Negro* nos fuimos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos rubios, lavóse y estregóse muy bien las cejas: vistióse de mujer, y quedó como naturalmente era una trigueña hermosa. Puede decirse que el disfraz la trasformaba de manera, que doña Aurora y don Félix parecian dos personas diferentes; y aun en traje de mujer parecia mas alta que vestida de hombre: bien es verdad que los grandes tacones aumentaban la estatura. Luego que á su hermosura añadió los demas auxilios que el arte podia prestarle, esperó á don Luis, con una agitacion mezclada de recelo y de esperanza. Unas veces confiaba en su talento y en su hermosura, y otras temia que le saliese mal aquella tentativa. La Ortiz se dispuso por su parte lo mejor que pudo para ayudar á su ama. Por lo que hace á mí, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, y como (á semejanza de aquellos actores que solo aparecen en el teatro cuando está para concluirse la comedia) no debia parecer en ella hasta el fin de la visita, salí así que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido cuando llegó don Luis. Recibióle doña Jimena con el mayor agrado, y tuvo con Aurora una conversacion que duró de dos á tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome

á don Luis, le dije: Caballero, mi amo don Félix suplica a Vmd. se sirva perdonarle si hoy no puede venir, porque está con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. ¡Ah libertinillo! exclamó doña Jimena, sin duda estará de jarana. No, señora, repliqué yo prontamente, está en realidad con aquellos hombres, tratando de negocios muy serios: es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí, y me ha encargado decíroslo igualmente que á doña Aurora. ¡Oh! yo no admito sus disculpas, repuso mi ama chanceándose. Sabiendo que he estado indispuesta debia mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no quiero verle en dos semanas. ¡Ah, señora! dijo entónces don Luis, no tomeis tan cruel resolucion. Sóbrale á don Félix por castigo el no haberos visto hoy.

Despues de haberse chanceado algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de traje, y volvióse á poner su vestido de caballero. Trasladóse á la posada lo mas breve que le fué posible, y apénas entró dijo á don Luis: Perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia; halléme con unas gentes tan pesadas que no pude, por mas que hize, desenredarme de ellas. Lo único que me consuela es, que á lo ménos habeis tenido lugar para satisfacer vuestra curiosidad y vuestros deseos. Y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? decídmelo ingenuamente. ¿Qué me ha de parecer? respondió Pacheco; me ha hechizado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida no he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo eco de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; es trigueña y vos rubio; sois festivo y ella séria. Eso únicamente os diferencia uno de otro. En cuanto á entendimiento, continuó, no cabe mas. En una palabra, es una dama de mérito extremado.

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas palabras, que don Félix le dijo sonriéndose: Pésame, amigo, de haberos proporcionado este conocimiento con doña Jimena; y si quereis creerme no volvais mas á su casa; os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion... No necesito volverla á ver, interrumpió don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo hay, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es mujer capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino

real. *¿Por el camino real?* repitió don Luis; ¿y puede irse por otro hácia una señorita de su calidad? Es agraviarme el creerme capaz de mirarla con ojos profanos. Conocedme mejor, mi querido Mendoza. ¡Ah! yo me tendria por el mas dichoso de todos los hombres si aprobara mi solicitud y quisiera unir su suerte con la mia. ¡Oh don Luis! repuso don Félix, supuesto que pensais de ese modo, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, que tiene mucho ascendiente sobre mi prima.

Pacheco dió mil gracias al caballero que le hacia una oferta tan apreciable; y mi ama y yo vimos con gusto que no podia dirigirse mejor nuestra estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto despues de suponer que habia ido á hablar con doña Jimena como para interesarla en su favor, y le dijo así: Hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos: yo no sé quién le habia metido en la cabeza que erais un libertino: lo cierto es que alguno le ha dado una idea poco favorable de vuestras costumbres. Por fortuna tomé vuestro partido con tal teson, que logré por último desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, á mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto ántes con doña Jimena, y don Félix procuró que lograse esta satisfaccion la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condújole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna aficion que mostraba á su sobrina, y le ofreció hacer cuanto estuviese de su parte para persuardirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los piés de tan buena tia, y le rindió mil gracias. A este tiempo preguntó don Félix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan ustedes esta tarde, y le hablarán cuanto quieran: respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de don Luis, á quien se le hizo eterno el resto de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida dijo don Félix á Pacheco: ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar á solas á mi prima, y averiguar, si puedo, el estado de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó don Luis esta idea, dejó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que cuando llegó su amante ya estaba vestida de mujer. Despues de haber saludado á doña Aurora y á su tia, dijo don Luis: Yo creí encontrar aquí á don Félix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió doña Jimena, y presto saldrá. Quedó satisfecho don Luis con esta respuesta, y empezó á entablar conversacion con las dos. Sin embargo, á pesar de la presencia del objeto amado, notó que las horas pasaban sin que Mendoza saliese; y no pudo ya don Luis disimular mas su extrañeza: Aurora mudó de repente de tono, echóse á reir, y le dijo: ¿Es posible, señor don Luis, que no hayais aun sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? Pues qué, ¿unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas, me desfiguran tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto? Desengañáos, caballero, prosiguió, volviendo á su natural seriedad, acabad de conocer que don Félix de Mendoza y doña Aurora de Guzman son una misma persona.

No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma le habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante ménos encantado que sorprendido de lo que oia y veia: echóse á los piés de mi ama, y lleno de gozo le dijo: ¡Ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que yo soy el hombre dichoso que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? ¿qué puedo hacer para agradecerlas? un amor eterno no seria suficiente para pagarlas. A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas expresiones, despues de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debian tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se desenlazaria nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince dias se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y un sinnúmero de diversiones.

CAPITULO VII.

Muda Gil Blas de acomodo, pasando á servir á don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de tí, que me ha pedido te persuada á que vayas á servirle. Es un señor ya de dias, pero de bellísimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Di mil gracias á Aurora por sus favores; y como ya no necesitaba de mí, acepté con tanto mas gusto el partido que me proporcionaba, cuanto que yo no salia de entre la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la recien casada á casa del señor don Gonzalo, que todavía estaba en la cama, aunque era cerca de mediodía. Entré en su cuarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un paje. Tenia el buen viejo los vigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos, y casi amortiguados, un rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo sido muy libertinos en la mocedad no son mas contenidos en la vejez. Recibióme con agrado, y me dijo que si le queria servir con el mismo celo con que habia servido á su sobrina, podia contar con que me haria feliz. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Héme aquí, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo alto y tan seco que, si se le viese en cueros, seria á propósito para aprender la osteología: las piernas eran tan chupadas, que aun despues de tres ó cuatro pares de médias que se puso, me parecian delgadísimas. Ademas de eso esta momia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate; y mandando despues que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que cerró y entregó al paje que le habia servido el caldo para que le llevase á su destino. Apénas partió este, cuando volviéndose á mí, me dijo: Amigo Gil Blas, de aquí adelante pienso que seas tú confidente de mis

encargos, particularmente los respectivos á doña Eufrasia, que es una jóven á quien amo, y de quien soy tiernamente correspondido.

¡Santo Dios! dije prontamente para mi capote, ¿y cómo podrán los mozos dejar de creer que los aman cuando este viejo chocho está persuadido de que le idolatran? Hoy mismo, prosiguió él, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy léjos de imitar á aquellas loquillas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, es ya de un entendimiento claro y de un juicio maduro: no busca en los hombres sino el buen modo de pensar, y prefiere á la belleza del rostro una persona que sepa amar. No limitó á solo esto el señor don Gonzalo el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero se encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor.. Sin embargo, fingí (por complacerle únicamente) que le creia, y aun hice mas, pues no solo alabé la discrecion y el buen gusto de doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; ántes por el contrario tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas mas desmedidas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba: se lavó los ojos que estaban llenos de lagañas: lo mismo hizo con los oidos, manos y cara; y concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador mas tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en desmentir el estrago de los años. No bien habia acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo, y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba en un baston, y en vez de querer parecer jóven mostraba hacer alarde de su ancianidad. Amigo Pacheco, dijo luego que entró, vengo á comer contigo. Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y pusieron á hablar miéntras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias ántes se habia celebrado, y hablaron de los picadores que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Néstor, á quien

todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando: Ya no se hallan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula preocupacion del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa dijo mirando unos excelentes melocotones que se habian puesto en ella: En mi tiempo eran mucho mayores los melocotones de lo que son ahora: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, dije yo entónces para mí sonriéndome, los melocotones en tiempo de Adan debian ser de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que este se desembarazó de él salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuimos derechos á la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecia una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo ménos á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decia. Consideréla yo con no poca admiracion, y dije: ¡Oh cielos! ¿es posible que pueda ser disoluta una mujer al parecer tan modesta? Y es que vivia yo persuadido de que necesariamente habia de ser desenvuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con estos serán intrépidas y casi locas: si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas, ántes se le hacian insufribles; y para que le agradase una mujer era menester que tuviese cierto aire de modestia. Así Eufrasia, gobernándose por esta idea, hacia ver que habia mas comediantas que las que representan en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y pasé á una sala, donde me encontré con una ama de gobierno vieja, que yo habia conocido cuando era criada de una

comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y representámos una escena de reconocimiento digna de una comedia. ¿Aquí estás, amigo Gil Blas? me dijo llena de alegría. Segun eso has salido de casa de Arsenia como yo de la de Constanza. Así es, respondí yo: mucho tiempo há que la dejé, y despues entré á servir á una señora de distincion, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, que se llamaba Beatriz; y poco mas ó ménos lo hice yo con Constanza. Una mañana le di mi cuenta luego que me levanté: ella me la recibió sin decirme nada; y de esta manera nos despedímos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos en casa mas honorífica. Doña Eufrasia me parece señora de distincion, y la creo de muy buen carácter. No te engañas en eso, respondió Beatriz. Mi ama es una mujer bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al genio será difícil hallar otra mas sosegada ni mas apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados, y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no le he oido reñir siquiera una vez: tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no le gusta, me lo reprende sin enfado, y sin prorumpir en aquellos dicterios de que tanto usan las mujeres soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy afable: se familiariza conmigo, y me trata como á un igual mas bien que como á un criado: en una palabra, es el caballero mejor del mundo: en cuanto á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo así que la de entónces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra mas hombre que el señor don Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo á otro que á tí, de lo que me alegro mucho. Tiempo há que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin, no desconfío de ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ní su hermosura, en recompensa detesto la volubilidad, cuya prenda ningun hombre puede remunerar suficientemente: en punto á fidelidad soy una tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese recelar que la despreciaba; ántes bien tuve la advertencia de hablarle en términos que

no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderle. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no solo por mi linda cara, sino para granjearme á favor de los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme con agrado, y me dijo mil cosas cariñosas; y la criada dió tambien su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomía, otra hallaba en mí cierto aire de moderacion y de prudencia. Al oir á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. En una palabra, me alabaron tanto que desconfié de sus elogios: desde luego penetré el fin de ellos; pero los oia con una aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé á aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

Escucha, Gil Blas, me dijo doña Eufrasia: en tí consiste hacer tu fortuna: procedamos todos de acuerdo, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada; una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le restan, y gobernémonos de modo que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion, así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Señora, le respondí, disponga usted á su arbitrio de este su fiel servidor; solamente le suplico me diga lo que debo hacer, y lo demas déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él procura con arte introducir la conversacion sobre las mujeres, y toma de aquí ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en cuanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avísame sin perder un instante, que yo los echaré á pique. No te pido mas. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos á los ojos de este, y ya he desconceptuado en su ánimo á sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mujeres que solo se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos dias ántes habia obligado á don Gonzalo á vender una posesion, cuyo precio le regaló. Todos los dias le chupaba algo, y ademas de eso

esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que cuando volvio á casa, iba muy dudoso sobre si contribuiria á engañar á mi amo, ó á apartarle de su querida. Este último partido me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á faltar á ella. Consideraba por otra parte, que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con celo á don Gonzalo, persuadido de que, si lograba arrancarle del lado de su ídolo, seria mejor recompensado por una accion buena, que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me habia propuesto, fingí dedicarme enteramente á servir á doña Eufrasia. Hícele creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto le embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado de Beatriz, la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo, que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos cuadros diferentes; pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo seco y amarillo, como ya le he retratado, parecia un moribundo en la agonía cuando miraba á su Fílis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conocíase que habia cursado estas escuelas por lo ménos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroinas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los dias á casa de Eufrasia: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni ménos á mujer alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á comprender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á don Gonzalo una mujer jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, como pronto veremos, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredar á don

Gonzalo, se habia provisto de un amante mas proporcionado á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la costumbre diaria. Hízome entrar en su cuarto, y divisé en él los piés de un hombre que estaba escondido detras de un tapiz. No di la mas mínima señal de que le veia; y así que desempeñé mi encargo, me salí sin dar á entender hubiese notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de inquietarme mucho. ¡Ah malvada! decia yo con enfado. ¡Ah traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero bien mirado, era yo muy necio en discurrir de esta suerte. Antes debia reirme de aquella aventura, y mirarla como una compensacion del fastidio y de los malos ratos que Eufrasia sufria con el trato de mi amo. A lo ménos hubiera hecho mejor en no hablar palabra, que en valerme de esta ocasion para acreditarme de buen criado. Pero en vez de moderar mi celo abracé con mayor calor los intereses de don Gonzalo, y le hice puntual relacion de lo que habia visto; añadiendo que doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad, y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me habia dicho; de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que decia; pero mis respuestas fueron tales, que le quitaron la satisfaccion de poder dudarlo. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrasia pagaria su infidelidad. Basta, Gil Blas, me dijo: estoy sumamente agradecido al celo y amor que me muestras: me agrada infinito tu honrada lealtad. Ahora mismo voy á casa de Eufrasia á llenarla de reconvenciones y á romper para siempre la amistad con esta ingrata. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Miéntras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos para quejarse de su ninfa, volveria desviado de sus atractivos, ó cuando ménos resuelto á una eterna separacion. Con este alegre pensamiento me daba á mí mismo el parabien de mi obra; me representaba el placer que tendrian los herederos legítimos de don Gonzalo cuando supiesen que su

pariente ya no era juguete de una pasion tan contraria á sus intereses; me figuraba que todos se me confesarian obligados; y en fin que iba yo á distinguirme de los demas criados, mas dispuestos por lo comun á mantener á sus amos en sus desórdenes, que á retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor, y me lisonjeaba de que me tendrian por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas despues; porque volvió mi amo, y me dijo: Amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy acalorada con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene con empeño que me has hecho una relacion falsa. Si he de creerla, tú no eres mas que un impostor, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarias medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la vi derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas: me ha jurado por cuanto hay de mas sagrado que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ve á ningun hombre. Lo mismo me aseguró Beatriz, que me parece mujer honrada é incapaz de mentir; de modo que, contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.

¿Pues qué, señor, interrumpí yo con sentimiento, dudais de mi sinceridad, desconfiais de... No, hijo mio, repuso él, te hago justicia: no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos; estoy persuadido de que solo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas, sea lo que fuere, yo no puedo ménos de amarla. Así lo quiere mi estrella; y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que exige de mi amor: este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas, continuó, y te aseguro que no he consentido en ello sin afliccion; mas no puedo pasar por otro punto: compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que ya he pensado colocarte con una señora amiga mia, en cuya casa lo pasarás perfectamente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi celo habia redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces á Eufrasia, y lamenté la flaqueza de don Gonzalo en haberse dejado dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo, que en despedirme de su casa, solo por complacer á su dama, no hacia la accion mas honrosa. Para cohonestar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la píldora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el dia siguiente á casa de la marquesa de Cháves. Díjole en mi presencia

que era yo un mozo de buenas prendas, que él me queria mucho; pero que por ciertos respetos de familia se veia precisado á su pesar á quedarse sin mí, y le suplicaba con el mayor encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me vi de repente con nueva ama y en nueva casa.

CAPITULO VIII.

Carácter de la marquesa de Cháves; y personas que ordinariamente la visitaban.

Era la marquesa de Cháves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca vi mujer mas séria, ni que ménos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la corte, así en nobleza como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oir su nombre para conceptuar que el que allí concurria era de un gran talento; y que su casa la llamaban por excelencia *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto, todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda composicion jocosa. La mejor comedia, ó la novela mas ingeniosa y mas alegre no se miraba sino como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra séria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Pero sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal;* ántes bien censuraba sin reparo las obras que habian sido en él muy aplaudidas.

La marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo almohadones para las damas, sillas para los caballeros, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala para anunciar é introducir á los que llegaban. El primer dia, conforme yo los iba introduciendo, el ayo de pajes, que casualmente se hallaba entónces conmigo en la antesala, me los pintaba graciosamente. Llamábase Andres de Molina el tal ayo, y

aunque era naturalmente serio y burlon, no le faltaba entendimiento. El primero que se presentó fué un obispo: anuncié su venida, y despues que hubo entrado, me dijo el maestro de pajes: Ese prelado es de un carácter bastante gracioso. Tiene algun valimiento en la corte, mas no tanto como quiere persuadir. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rey un caballero que le saludó. Detúvole el obispo, hízole mil cumplimientos, le cogió la mano, apretósela, y le dijo: Soy todo de V. S.: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad, pues no moriré contento si no logro alguna ocasion de servirle. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apénas se habian separado, cuando el obispo volviéndose á uno de los que iban á su lado, le dijo: Quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte.

Poco despues del obispo se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien hice entrar inmediatamente en el cuarto de mi ama. Así que entró me dijo el señor Molina: Este señorito es tambien un ente raro. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto á que habia ido. A este tiempo viendo el ayo de los pajes llegar á dos señoras, añadió: Ve aquí á doña Angela de Peñafiel, y á doña Margarita de Montalvan. Estas dos señoras en nada se parecen una á otra: doña Margarita presume de filósofa; se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, y sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello sexo. ¿Qué dice usted *muy mal en el bello sexo?* replicó Molina prontamente; es tan fastidioso aun en los hombres, que á muchos hace ridículos. Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios que quieren pasar por hombres de gran talento á favor de su silencio ó de algunas sentencias de Séneca, y que examinados de cerca no son mas que unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de bastante buena presencia, pero

con aire de hombre pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió: Es un poeta dramático, el cual ha compuesto cien mil versos en su vida que no le han valido cuatro cuartos; pero en recompensa con solos seis renglones en prosa acaba de formarse una buena renta.

Iba á decirle me explicase en qué habia consistido el haber logrado á tan poca costa aquella fortuna, cuando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! exclamó el maestro de pajes, aquí tenemos al licenciado Campanario, que se deja oir mucho ántes que se le vea. Comienza á hablar en voz alta desde la puerta de la calle, y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanario, que al fin se presentó en la antesala con un bachiller amigo suyo, y no cesó de hablar miéntras duró su visita. Este licenciado, dije á Molina, parece hombre de ingenio. Sí lo es, me respondió: tiene ocurrencias muy chistosas: se explica con gracia y agudeza: es muy divertida su conversacion; pero ademas de ser un hablador molestísimo, repite siempre sus dichos y cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido de que su mayor mérito consiste en aquel aire cómico y festivo con que sazona lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones, sin olvidar la pintura de la marquesa, que fué de mi gusto. Esta, me dijo, tiene un talento regular, en medio de su filosofía. Su carácter no es impertinente, y da poco que hacer á los que la sirven. Entre las personas distinguidas es de las mas racionales que conozco: no se le advierte pasion alguna: ni el juego, ni los galanteos le gustan: solo le agrada la conversacion; y en una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pajes me hizo formar un concepto ventajoso de mi ama. Sin embargo, pocos dias despues no pude ménos de sospechar que no era tan enemiga del amor; y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente.

Estando una mañana en el tocador se presentó en la antesala un hombrecillo como de cuarenta años, pero de malísima figura, mas mugriento que el autor Pedro de Moya, y á mayor abundamiento muy corcobado. Díjome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo de parte de quién: De la mia, me respondió arrogante: diga usted á la señora que soy aquel caballero del cual estuvo hablando ayer con doña Ana de Velasco. Apénas se lo dije á mi ama, cuando toda enajenada de alegría me mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con extrañas demostraciones de aprecio, sino

que mandó salir á todas las criadas, de modo que el corcobadillo, mas afortunado que una persona de provecho, se quedó á solas con ella. Las criadas y yo nos reímos un poco de esta visita tan graciosa que duró una hora, al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanas expresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó aparte, y me dijo: Gil Blas, cuando venga el corcobado hazle entrar en mi gabinete lo mas secretamente que puedas; cuyo encargo confieso que me dió mucho en que sospechar. Sin embargo, obedeciendo la órden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué á la mañana siguiente, le introduje por una escalera excusada hasta el gabinete de la señora. Caritativamente hice lo mismo por dos ó tres veces; de lo cual inferí ó que la marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo le servia de tercero.

Poseido yo de esta idea, me decia: Si mi ama se ha enamorado de un buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado. ¡Pero cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia, y como se ponderaba su ciencia á la marquesa, que creia gustosa en los prestigios de los saltimbánquis, tenia conversaciones á solas con él. Hacia ver los objetos en un vaso, enseñaba á dar vueltas al cedazo, y revelaba por dinero todos los misterios de la cábala; ó bien (para hablar con mas exactitud) era un bribon que subsistia á expensas de las personas demasiado crédulas, y se decia que á ello contribuian muchas señoras de distincion.

CAPITULO IX.

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Cháves, y cuál fué su paradero.

Seis meses habia que yo servia á la marquesa de Cháves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni ménos quedarme por entónces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que, sobre jóven y hermosa, era de un carácter tan bueno, que me captó la voluntad sin saber que me seria necesario disputar su corazon. El secretario de la marquesa, hom-

bre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apénas advirtió mi amor, cuando, sin procurar informarse si Porcia me correspondia, resolvió que nos midiésemos la espada, y me citó una mañana para un paraje retirado. Como era un hombrecillo que apénas me llegaba á los hombros, me pareció enemigo poco temible, y lleno de confianza acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria, y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que habia aprendido dos ó tres años la esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo: Prepárate para morir, ó dáme palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Cháves sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena[1], inocente ocasion de nuestro desafío. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y dinero, y el mismo dia me encaminé á Toledo, con la bolsa bastante provista, y cargado con toda mi ropa puesta en un lio. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo ménos por algunos años, y así tomé la determinacion de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. Con el dinero que tengo, me decia, gastándolo con discrecion, tendré para correr gran parte del reino, y cuando se haya acabado, me pondré de nuevo á servir; pues un mozo como yo hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad buscarlos; y no tendré mas que escoger.

Como tenia particulares deseos de ver á Toledo, llegué allí al cabo de tres dias, y fuí á tomar posada en un buen meson, en donde me tuvieron por un caballero de importancia con el auxilio de mi vestido de aventuras amorosas que no dejé de ponerme; y con el aire que tomé de elegante, podia fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivian en la vecindad; pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, despues de haber visto todo lo que habia de curioso en Toledo, salí de allí un dia al amanecer, y tomé el camino de Cuenca con ánimo

---

[1] Hermosa Helena se dice á una mujer por alusion á la griega Helena, esposa del rey Menelao, cuya extremada hermosura excitó en Páris, hijo del rey de Troya Príamo, el deseo de poseerla, y la robó á su esposo y á la Grecia, lo que fué causa de las famosas guerras entre Griegos y Troyanos, que no acabaron hasta la destruccion de Troya.

de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de jornada me metí en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba á refrescarme entró una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y miéntras estaban bebiendo les oí hacer mencion de las señas de un jóven á quien llevaban órden de prender. El caballero, decia uno de ellos, no tiene mas que veinte y tres años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña, y monta un caballo castaño.

Estúvelos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que decian, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no habia andado aun medio cuarto de legua cuando encontré á un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. Vive diez, dije para mí, que ó yo me engaño mucho, ó este es el sugeto á quien buscan los cuadrilleros. Tiene el pelo largo y negro, y la nariz aguileña; seguramente él es á quien quieren atrapar, y he de hacerle un buen servicio. Señor, le dije, permítame Vmd. que le pregunte si le ha sucedido algun pesado lance de honor. El jóven sin responderme fijó los ojos en mí, y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguréle que esta no nacia de pura curiosidad, y quedó bien convencido de ello luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ocultaros que tengo motivo para creer ser efectivamente yo á quien busca esa gente; y por lo mismo voy á tomar otro camino para no caer en sus manos. Yo seria de parecer, repuse entónces, que buscásemos por aquí un sitio retirado donde Vmd. estuviese seguro y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando. Al decir esto descubrímos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al pié de una montaña, donde encontrámos una ermita.

Era esta una grande y profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua que corria á dilatarse por una pradería. A la entrada de esta cueva solitaria habia un buen ermitaño que parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo

ménos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con unas largas orejeras; y su barba mas blanca que la nieve le bajaba hasta la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije: Padre mio, ¿nos dará licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros? Veníd, hijos mios, respondió el anacoreta despues de haberme mirado con atencion, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podréis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. El caballo, añadió, le podeis meter en aquel corral, señalándolo con la mano, donde creo que estará bien acomodado. Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiámos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apénas entrámos en ella cuando cayó una copiosa lluvia mezclada de relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de san Pacomio, que estaba pegada á la pared, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavía seguia lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño: Yo, hijos mios, no os aconsejaré os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, á no obligaros á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este, ántes le suplicaríamos nos permitiese pasar allí la noche. La incomodidad será para vosotros, respondió cortesanamente el anacoreta: tendréis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos, y un jarro de agua. Esta, dijo, es mi comida y cena ordinarias; pero hoy es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y marchó luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo: Veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entónces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los guisados mas exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las raíces, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Miéntras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enajenado en una profunda cavilacion. Notólo el

viejo, y le dijo: Hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os atormenta? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis estar en una situacion que necesita bien de él. Sí, padre mio, respondió el caballerito arrancando del pecho un doloroso suspiro, es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere. Entónces el caballero habló de esta manera.

CAPITULO X.

Historia de don Alfonso y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os ocultaré, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él á vista de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi orígen fué el que voy á referir. Un oficial de la Guardia Alemana[1], llamado el baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su mujer, desenvolvióle, y encontraron un niño recien nacido, envuelto en pañales muy aseados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este desgraciado niño soy yo, y esto es todo cuanto sé. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso únicamente para

---

[1] Era la Guardia Real que hacia el servicio militar en el palacio de los reyes de España. Duró todo el tiempo que ocupó el trono español la dinastía austriaca desde el emperador de Alemania Cárlos V, primero de este nombre en Castilla, hasta que por muerte sin sucesion de Cárlos II entró la actual dinastía francesa de Borbon, que abolió aquella Guardia, y creó la nueva llamada de *Corps* á semejanza de la de los reyes de Francia.

ocultar algunos vergonzosos amores; ó si seducida por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Como quiera que sea, al baron y á su mujer les enterneció mucho mi desgracia; y como no tenian sucesion, resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de don Alfonso. Al paso que crecia yo en edad, crecia el amor en ellos hácia mí. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme maestros de todas materias. Léjos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el baron me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó á servir al rey. Consiguióme una bandera y mandó hacerme un pequeño equipaje. Para animarme á buscar ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, cuanto solo seria deudor á mi valor y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia callado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países Bajos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restituí á Madrid; y el baron y su mujer me recibieron con nuevas demonstraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, cuando una mañana entró en mi cuarto un pajecillo, y me entregó en las manos un billete concebido poco mas ó ménos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha; y con todo eso usted me ve todos los dias á mi balcon con grande indiferencia: frialdad muy ajena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazon de hielo.*

Así que leí este billete me persuadí sin la menor duda de que era de una viudita llamada Leonor, que vivia enfrente de mi casa, y tenia fama de ser alegre de cascos. Examiné sobre este punto al pajecillo, que por algun breve rato quiso hacer el callado; pero á costa de un ducado que le di satisfizo mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi

respuesta. Decíale en ella que conocia y confesaba mi delito, del cual estaba ya medio vengada, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto, no dejó de hacerme impresion esta graciosa manera de granjear la voluntad. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente al balcon para observar á la señora, que tampoco se descuidó de dejarse ver al suyo. Hícele señas, á las cuales correspondió; y el dia siguiente me envió á decir por el mismo pajecito, que si entre once y doce de aquella noche queria yo hallarme en nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de un cuarto bajo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo no dejé de responderle muy apasionadamente; y á la verdad esperé á que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara mucho. Luego que fué de noche salí á pasearme al Prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita, y apénas entré en el paseo, cuando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño: Caballero, me dijo, ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? El mismo, le respondí. Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en su reja. He visto sus billetes, y vuestras respuestas, que me mostró el pajecillo. Os he venido siguiendo hasta aquí desde que salísteis de casa, para advertiros que teneis un competidor, cuya vanidad se indigna de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Me parece no necesito deciros mas; y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas, á ménos de que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto os quito la vida. Ese sacrificio, respondí, se habia de pedir, y no exigirse. Lo hubiera podido conceder á vuestros ruegos; pero lo niego á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque es indecoroso á una persona de mi esfera bajarse á suplicar á un hombre de la vuestra; y aun la mayor parte de mis iguales puestos en mi lugar se vengarian de vos de un modo ménos honroso. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñímos con tanto empeño que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, ó sea que yo fuese mas diestro que él, le di desde luego una estocada mortal, que le hizo primero titubear, y despues caer en tierra. Entónces no pensé mas que en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo.

No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi lance solo serviria para afligirle, y cuando consideraba el peligro en que me hallaba, veia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Poseido enteramente de amarguísimas reflexiones anduve toda la noche y la mañana del dia siguiente; pero á eso del mediodía me vi precisado á deternerme para que el caballo descansara, y se mitigase el calor, que cada instante era mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta puesto el sol, y continué luego mi camino con ánimo de no apearme hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas mas allá de Illéscas, cuando á eso de média noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme á las tapias de un jardin que vi á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me arrimé con mi caballo lo mejor que pude á una puerta pequeña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca, sobre la cual habia un balcon. Apoyándome en la puerta vi que no la habian cerrado, y discurrí que esto habria sido culpa de los criados. Me apeé, y no tanto por curiosidad, como por resguardarme mas del agua, que no dejaba de incomodarme mucho debajo del balcon, me entré en aquella habitacion baja, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Durante la tempestad procuré reconocer aquel sitio; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino; pero habiendo visto á lo léjos una gran luz, mudé de parecer. Dejé resguardado el caballo en aquella pieza, cuidando de cerrar la puerta, y fuíme acercando hácia la luz, presumiendo que estaban todavía levantados en la casa, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores, me hallé en una sala, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su suntuosidad á beneficio de una magnífica araña con varias bujías, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algun gran personaje. El pavimento era de mármol, el friso pintado y dorado con arte, la cornisa primorosamente trabajada, y el techo me pareció obra de los mas diestros pintores; pero lo que mas me llevó la atencion fué una multitud de bustos de héroes españoles, puestos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante cuidado para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia rumor, no llegué á percibir ninguno, ni á ver persona alguna.

A un lado del salon habia una puerta entornada, la entreabrí, y noté una crujía de cuartos, en el último de los cuales habia luz. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si volverme por donde habia venido, ó animarme á penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme; pero pudo mas en mí la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza del destino que me arrastraba. Llevé, pues, mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué á la última, donde ardia sobre una mesa de mármol nna bujía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una cama, cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del calor, vi un objeto que me robó toda la atencion. Era una jóven que, á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella con el mayor silencio; y á favor de la luz de la bujía descubrí una tez tan delicada y un rostro tan hermoso, que verdaderamente me encantaron. Al verla, toda mi máquina se conmovió: me sentí enteramente enajenado; pero por mas agitado que me tuviesen mis impulsos, el concepto que hice de la nobleza de su sangre me impidió formar ningun pensamiento temerario, pudiendo mas el respeto que la pasion. Miéntras estaba yo embelesado en contemplarla, se despertó.

Fácil es de imaginar cuánto la sobresaltaria el ver á un hombre desconocido á média noche en su cuarto, y al pié de su misma cama. Toda asustada y estremecida dió un gran grito. Hice cuanto pude para aquietarla; hinqué una rodilla en tierra, y lleno de respeto le dije: No temais, señora, que yo no he entrado aquí con ánimo de ofenderos. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó á llamar á grandes voces á sus criadas, y como ninguna le respondiese, cogió á toda priesa una bata ligera que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó acelerada al suelo, agarró la bujía, y atravesó corriendo toda la crujía de cuartos, llamando sin cesar á sus doncellas, y á una hermana suya menor, que vivia en la misma quinta, bajo de su custodia. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo ni oirme me tratasen mal; pero quiso mi fortuna que, por mas gritos que dió, nadie pareció sino un criado viejo, que de poco le hubiera servido si algo tuviera que temer. No obstante, con la presencia del buen viejo, alentándose algun tanto, me preguntó con altivez quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comencé á justificarme; pero apénas le dije que habia entrado por la puerta del

cuarto del jardin, que habia hallado abierta, cuando exclamó al instante diciendo: ¡Justo cielo, y qué sospechas me vienen ahora al pensamiento!

En esto va con la luz á registrar todos los cuartos de la quinta, y no encuentra á ninguna de sus criadas, ni á su hermana; ántes sí ve que estas se habian llevado cada una sus ropas. Pareciéndole que se habian verificado sobradamente sus sospechas, se volvió adonde yo habia quedado, y articulando mal las palabras con la cólera: Infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traido á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de don Fernando de Leiva, y cómplice en su delito; pero no esperes huir de mi venganza, pues tengo aun bastante gente en casa que te prenda. Señora, le dije, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á don Fernando de Leiva, ni sé todavía quién sois vos. Yo soy un desgraciado, á quien cierto lance de honor ha obligado á ausentarse de Madrid; y os juro por cuanto hay de mas sagrado, que á no haberme precisado á ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignáos, señora, formar mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida de que estoy prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, la tranquilizaron de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como á enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente; y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me sentí ménos afligido que ella, aun cuando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto, sino que deseoso de vengar su afrenta, me entró una especie de furor. Señora, exclamé, entre lastimado y colérico, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultraje ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á don Fernando, y que le atraviese de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique; mandad, y seréis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, á quien habeis mirado como enemigo, se expondrá por amor de vos á cualquier riesgo.

Quedóse suspensa aquella señora á vista de un arrebato tan inesperado, y enjugando sus lágrimas, me dijo: Perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la infeliz situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina, y me quitan ademas hasta el natural rubor que me causa el que un extraño sea testigo de una afrenta hecha á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido,

reconozco mi error, y admito vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de don Fernando. Bien está, señora, repliqué, ¿pero en qué deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi pesar es el siguiente: Don Fernando de Leiva se enamoró de mi hermana Julia, á quien vió en Toledo, donde vivimos de ordinario. Pidiósela á mi padre, que el es conde de Polan, quien se la negó por antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apénas tiene quince años, se habrá dejado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por don Fernando, y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasion para robar á la mal aconsejada Julia. Y solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que há dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplícoos, pues, señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuese posible, adónde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella señora que el encargo que me daba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto ántes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexion cuando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití gustoso la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor celo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicándole me perdonase el susto que inocentemente le habia dado, y asegurándole que presto sabria de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta; pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente advertí estaba del todo prendado de ella; y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imaginacion. Parecíame que Serafina, aun en medio de su sentimiento, habia echado bien de ver los primeros fuegos de mi amor, y que no le habia quizá desagradado. Lisonjeábame de que si lograba averiguar lo que tanto deseaba, seria mia toda la gloria.

Al llegar aquí cortó don Alfonso el hilo de su historia, y dijo al ermitaño: Perdonadme, padre, si poseido de mi pasion me detengo en menudencias, que tal vez os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de ningun modo me cansan; ántes bien deseo saber hasta dónde llegó el amor que te inspiró doña Serafina para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Encendida la fantasía con tan lisonjeras imágenes, prosiguió el caballerito, busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; y frustradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos, volví á la presencia de Serafina, á quien discurria hallar en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré mas tranquila de lo que yo pensaba. Díjome que habia sido mas venturosa que yo, pues ya sabia dónde se hallaba su hermana: que habia recibido una carta de don Fernando, en que le decia que despues de haberse casado de secreto con Julia la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el íris de paz que dé fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que me informó del paradero de su hermana, me habló del trabajo que me habia ocasionado, y sobre todo, añadió ella misma: los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme de que me habiais confiado que andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo cual me pidió mil perdones en los términos mas atentos. Conociendo que estaba falto de reposo, me condujo á la sala, donde los dos nos sentámos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumaje negro, lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia yo qué discurrir.

Si era grande mi deseo de saber quién ella era, no era ménos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, dijo, á vista de mi noble aire, y aun mas de la generosa piedad que me habia hecho abrazar con tanto empeño sus intereses, la nobleza de mi nacimiento. Dejóme perplejo la pregunta: encendióseme el rostro: me turbé; y confieso que teniendo ménos rubor en mentir que en decir la verdad, respondí que era hijo del baron de Steinbach, oficial de la Guardia Alemana. Decidme tambien, replicó la dama, por qué habeis salido de Madrid; pues desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano don Gaspar. Esto es lo ménos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirle por menor todas las circunstancias de nuestro desafío. Ella misma echó toda la culpa al caballero que me habia injuriado, y me volvió á ofrecer que interesaria á su familia en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á supli-

carle contentase la mia, y le pregunté si era ó no libre. Tres años há, respondió, que mi padre me obligó á casarme con don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, le pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un caballero muy bien apersonado. Amábame ciegamente; y aunque empleaba cuanta diligencia puede emplear el mas tierno amante para hacerse agradable al objeto amado, y aunque tenia mil bellas cualidades, nunca pudo granjearse mi cariño. El amor no siempre es efecto del anhelo ni del mérito conocido. ¡Ah! añadió ella suspirando; muchas veces nos cautiva á la primera vista una persona que no conocemos. No me era posible amarle. Mas avergonzada que prendada de las continuas muestras de su amor, y forzada á corresponder á ellas sin inclinacion, si me acusaba á mí misma interiormente de ingratitud, tambien me contemplaba muy digna de compasion. Por desgracia de ambos él tenia todavía mas delicadeza que amor. En mis acciones y palabras descubria claramente mis mas ocultos pensamientos. Leia cuanto pasaba en lo mas íntimo de mi alma; quejábase á cada paso de mi indiferencia; y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazon, quanto mas seguro estaba de que ningun otro rival se le disputaba, no contando yo apénas diez y seis años, y habiendo sabido, ántes de ofrecerme su mano, por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre se le habia anticipado á llevarse mi atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses encaprichada á favor de otro, y de que esta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entónces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa tibieza; pero ya desespero de vencer un corazon, que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi extremado amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dije un dia, que en vez de turbar su reposo y el mio mostrando tanta delicadeza, haria mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, yo me hallaba entónces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasion tan fogosa; y este era el prudente partido que don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor decir el juicio, y fingiendo que le llamaba á la corte no sé qué negocio de importancia, marchó á los Países Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, el fin de la vida y el de sus pesares.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo fué acerca del singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para abrirla, y observé que conforme la iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al cielo, dió un gran suspiro, y empezó á correr por su rostro un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena, me turbé, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, me cogió un mortal terror que me heló toda la sangre. Señora, le dije con voz desfallecida, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta? Tomadla, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tóme temblando la carta, y vi que decia lo siguiente: *Tu hermano don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual ha muerto hoy, declarando al morir, que el caballero que le mató fué el hijo del baron de Steinbach, oficial de la Guardia Alemana. Para mayor desgracia el matador escapó sin saberse dónde se ha escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para hallarle. Hoy se despachan requisitorias á varias justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los piés en algun lugar de su jurisdiccion; y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El conde de Polan.*

Figuráos el trastorno que la lectura de esta carta causaria en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la major viveza todo lo que la muerte de don Gaspar tenia de cruel para mi amor. Al momento caigo en una furiosa desesperacion. Arrojéme á los piés de Serafina, y presentándole la espada desnuda: Señora, le dije, excusad al conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano, sacrificadle por vuestra bella mano su homicida. ¿Qué, os deteneis? descargad el golpe, y sea fatal á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina enternecida algun tanto de ver mi accion, yo queria á don Gaspar, y aunque vos le matásteis como caballero, y él mismo fué á buscar su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo ménos de tomar su partido. Sí, don Alfonso, ya soy enemiga vuestra, y haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden

pretender de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohibe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder con un vil asesinato al generoso servicio que me habeis hecho. Huid, escapad, y burlad, si pudiereis, nuestras mas vivas pesquisas; ponéos á cubierto del rigor de las leyes, y libráos del inminente peligro que os amenaza.

Pues qué, señora, le repliqué, estando en vuestra mano la venganza, ¿la dejais á la severidad de las leyes, que pueden quedar desairadas? ¡Ah, señora! atravesad vos misma con esta espada el pecho de un malvado, que verdaderamente no merece le perdoneis. No, señora, no useis de un proceder tan noble y tan generoso con un hombre como yo. ¿Sabeis quién soy? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, no soy mas que un desgraciado á quien ha criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quiénes debo el ser. No importa eso, interrumpió Serafina precipitadamente, como si la hubieran causado nueva pena mis últimas palabras: aunque fuerais vos el hombre mas vil del mundo, haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora, repliqué: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi sangre, voy á cometer otro delito haciéndoos una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonaréis: sabed, señora, que os adoro: que desde el mismo punto en que vi vuestra hermosura quedé hechizado; y que, á pesar de la oscuridad de mi nacimiento, no perdia la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir llegaba á un punto mi vanidad, que me lisonjeaba de que algun dia descubriria el cielo mi orígen, y que este seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavía no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin duda me ofenderia, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oidos á las expresiones que proferís. Vuelvo á deciros, don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí, y os alejeis de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumenta mis penas. Ya no resisto, señora, repliqué levantándome, voy á alejarme de vos; pero no penseis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á vuestro dolor. Parto á Toledo,

donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais: y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé cómo no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia intolerable mi propia libertad: y sin fijarme ni aun proponerme destino ninguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; y ruégoos me ayudeis con vuestros consejos.

CAPITULO XI.

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos.

Luego que don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño: Hijo mio, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí: no os cegueis: es menester olvidar á esa jóven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvían de ella, y entregáos á vuestra estrella, la cual, segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven, que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas para exhortarle á la paciencia, cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia recogido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero; su barba era roja, espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirojo: ese papel os las dirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leido con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡Loado sea Dios! Pues se ha descu-

bierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aquí, me escriben han informado mal de mí á la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita; pero no encontrarán la liebre en la cama. Ne es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal cual me veis, no soy ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se desnudó del saco grosero, que le llegaba hasta los piés: dejóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desató un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y ofreció á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: quitóse el hábito y la barba eremítica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al señor don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive diez! exclamé al punto, sin poderme contener, que estoy en tierra amiga. Así es, señor Gil Blas, dijo riendo don Rafael. Sin saber cómo ni cuándo te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelitos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos, y solamente queremos vivir á costa ajena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida como se tenga un poco de prudencia. No es esto decir que, á pesar de ella, el encadenamiento de las causas segundas no sea tal á veces que no nos acarree muy pesadas aventuras: pero, en cambio, hallamos las buenas mejores; y ya estamos acostumbrados á la inconstancia de los tiempos y á las vicisitudes de la fortuna.

Señor caballero, prosiguió el fingido ermitaño volviéndose á don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos, que me parece no debeis despreciar en el estado en que presumo os hallais; porque ademas de la precision de andar siempre fugitivo y escondido, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. Así es, dijo don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi pesadumbre. Ea pues, repuso don Rafael,

buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañia, y nosostros sabremos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos regurísimos contra las brutalidades de la justicia. Agradecióles don Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, determinó ir en su compañía, y tambien yo tomé igual partido, por no dejar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convinimos, pues, todos cuatro en andar juntos y no separarnos. Tratóse entónces sobre si marcharíamos en aquel mismo punto, ó nos detendríamos primero á dar un tiento á una bota llena de exquisito vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano Antonio; pero don Rafael, como mas experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debia pensar en ponernos en salvo; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para llegar á un bosque muy espeso que habia entre Villar de Saz y Almodóvar, donde haríamos alto, y libres de toda zozobra descansaríamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos envoltorios, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, los cargaron en el caballo de don Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor presteza y diligencia, y al instante nos pusimos en camino alejándonos de la ermita, y dejando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la estampa de san Pacomio.

Anduvimos toda la noche, y cuando estábamos ya muy rendidos del cansancio, al despuntar el dia descubrímos el bosque adonde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegra y da vigor á los marineros fatigados de una larga navegacion: cobrámos ánimo, y llegámos por último al fin de nuestra carrera ántes de salir el sol: penetrámos hasta lo interior del bosque, donde haciendo alto en un delicioso sitio, nos echámos sobre la verde yerba de un espacioso prado, rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas ramas, entretejiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol. Descargámos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacámos de las alforjas del hermano Antonio algunos zoquetes de pan, muchos pedazos de carne asada, y como unos perros hambrientos nos abalanzámos á ellos, compitiendo unos con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso obligábamos al

hambre á que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dábamos á la bota que, en movimiento poco ménos que continuo, estaba casi siempre en el aire pasando de unas manos á otras.

Acabado el almuerzo, dijo don Rafael á don Alfonso: Caballero, á vista de la confianza que usted me ha hecho, justo será tambien que yo cuente la historia de mi vida con la misma sinceridad. Gran gusto me daréis en eso, respondió el jóven. Y á mí grandísimo, añadí yo, porque tengo ansia de saber vuestras aventuras, que no dudo serán dignas de oirse. Y como que lo son, replicó don Rafael; lo han sido tanto, que pienso algun dia escribirlas: con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque en el dia todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para aumentar el volúmen. Pero ahora estamos fatigados: recuperémonos con algunas horas de sueño: miéntras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que despues dormirá él y nosotros estaremos de escucha; pues aunque pienso que aquí nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oirle, dijo á Lamela: Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á descansar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar otra vez. Así pues, comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Historia de don Rafael.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus celebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia muy bien decir quién era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el ser. Las personas de la clase de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algun sustituto por su dinero.

No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogia de la mano, y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba solo el verme. En fin, yo era su ídolo, y la diversion de cuantos venian á casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecia sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mio.

Dejáronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frívolos pasatiempos. Apénas me enseñaron á leer y escribir, y mucho ménos la doctrina cristiana. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducia todo mi saber cuando el marqués de Leganes me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco mas ó ménos de mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fué el tiempo en

que comencé á ocuparme en alguna cosa séria. El tal caballerito estaba tan adelantado como yo, y fuera de eso no parecia haber nacido para las ciencias. Apénas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que tenia para esto un preceptor. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones; de modo que á todos les tenia apurada la paciencia. Es verdad que á ninguno le era lícito castigarle, ántes bien á todos les estaba mandado expresamente le enseñasen sin mortificarle: órden que, unida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia inútil la enseñanza que se le daba.

Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discípulo sin contravenir á la órden de su padre. Este medio fué azotarme á mí siempre que aquel lo merecia. No me gustó el tal arbitrio, y así me escapé, y fuí á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta; pero ella, aunque me queria mucho, tuvo valor para resistir á mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marqués, me volvió á ella inmediatamente; y héteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion habia producido buen efecto, prosiguió azotándome en lugar de hacerlo al señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me sacudia de firme: de modo que estaba seguro de pagar diariamente por el jóven Leganes; pudiento yo decir con toda verdad, que ninguna letra del alfabeto aprendió el hijo del marqués que no me costase á mí cien azotes. Echen Vmds. la cuenta del número á que ascenderian estos.

No eran solamente los azotes lo que tenia que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocia, los criados inferiores, hasta los mismos marmitones, me echaban en cara á cada paso mi nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia huí, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia; el cual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido, y creo que no podia tomar otra que le fuera mas sensible. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas cuantas pesquisas se hicieron dos dias para saber quién habia sido el raterillo. Salí de Madrid y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

Entraba entónces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, sin sujecion á nadie, y dueño de sí mismo! Hice presto conocimiento con dos mozuelos que me hicieron listo, y ayudaron á comer mis cien ducados. Juntéme tambien con ciertos caballeros de la

garra, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales que en poco tiempo llegué á ser uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Extremadura, me dirigí á Alcántara; pero ántes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasion de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pié, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos mozos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban en alegre conversacion al fresco en un verde prado. Saludélos con mucha cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablámos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy sencillos. Señor caminante, me dijo el mas jóven, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia: nos entró un gran deseo de ver el reino de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pié para que nos dure mas el dinero, y podamos así ver mas provincias. ¿Qué le parece á Vmd? Si yo tuviera tanta plata, les respondí, Dios sabe adónde iria á dar conmigo. Recorreria con ella las cuatro partes del mundo. ¡Adónde vamos á parar! ¡doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo teneis á bien, hijos mios, añadí, yo os acompañaré hasta la villa de Almoharin, adonde voy á recibir la herencia de un tio mio que murió despues de haber vivido allí el espacio de veinte años. Respondiéronme los dos mozos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchámos juntos á Alcántara, donde entrámos mucho ántes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson, pedímos un cuarto, y nos dieron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dijimos que se nos dispusiese de cenar, y miéntras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar una vuelta por el pueblo. Agradóles mucho la proposicion; guardámos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salímos del meson, fuimos á ver algunas iglesias, y estando en la principal, fingí de pronto que me habia ocurrido un negocio de importancia, y así dije: Queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voyme de-

recho al armario, quebranto la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos, sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente del pueblo, y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome este lance en estado de poder caminar con mas comodidad. Aunque tenia pocos años me sentia capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba suficientemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y empecé á hacerme algo mas el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando vísperas á grandes voces. Desde luego conocí que era algun sochantre: Ánimo, le dije, señor bachiller, y vaya Vmd. adelante, que lo canta de pasmo. Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia, y quiero ejercitar la voz.

De esta manera entrámos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendria como de veinte y cuatro á veinte y cinco años, y como él iba á pié y yo á caballo, de propósito refrenaba la mula para ir á su paso por el gusto de oirle. Hablámos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida aquella ciudad, me dijo el cantor: he estado en ella muchos años, y tengo allí algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia Vmd.? le interrumpí; en la calle Nueva, respondió, donde vivia con don Vicente de Buena-garra y don Matías del Cordel, y otros dos ó tres honrados caballeros. Habitábamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habian recibido en su nobilísima órden. Señor cantor, exclamé entónces, esos ilustrísimos señores son muy conocidos mios, porque vivímos juntos en la misma calle Nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose; eso es decir que entrásteis en la órden tres años despues que yo salí de ella. Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí, porque se me puso en la cabeza el viajar y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré mas cuando tenga mas experiencia. ¡Acertado pensamiento! dijo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon dejé yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Grácias á Dios que me ha dado á conocer á un caballero de mi órden cuando ménos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del prójimo, y aproveche-

mos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díjome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto granjeó toda mi confianza y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho, contóme su historia, y yo le dije mis aventuras. Confióme que venia de Portalegre, de donde le habia hecho salir cierto lance malogrado por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el traje de sopista en que le veia. Luego que me informó de todos sus asuntos, determinámos dirigirnos á Mérida á probar fortuna, y ver si podíamos dar allí un golpe maestro, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguno ropa que llevaba en la mochila; pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegámos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson del arrabal: Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuimos á andar por la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos presentaba algun buen lance. Considerábamos muy atentamente cuantos objetos se ofrecian á nuestra vista. Nos parecíamos, como hubiera dicho Homero, á dos milanos, que desde lo mas alto de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos trajese á la mano alguna ocasion de ejercitar nuestra habilidad, cuando vimos en la calle un caballero bastante canoso, el cual firme con la espada en la mano se defendia contra tres, que le llevaban á mal traer. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente espadachin acudí corriendo con mi espada á ponerme al lado del caballero, cuyo ejemplo imitó Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres enemigos, que tan villanamente le habian acometido.

Diónos el anciano un millon de gracias. Respondímosle cortesmente que habíamos celebrado en extremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicámos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Jerónimo Miajádas; soy

vecino de esta ciudad, donde vivo de mi hacienda. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, está enamorado de mi hija, y me la pidió por medio de otro sugeto, y porque no le di mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por qué razon negó Vmd. su hija al tal caballero? Vóysela á decir á Vmd., me respondió. Tenia yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, que hace dos meses estaba en Calatrava alojado en casa de Juan Vélez de la Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Vélez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union é intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando por el cariño que nos teníamos los dos, que yo ratificaria su promesa. Así lo hice, porque apénas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, cuando consentí en ella por darle gusto, y no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres semanas há. Poco ántes de morir me pidió encarecidamente que no casase á mi hija con otro que con el hijo de su corresponsal. Ofrecíselo así, y este es el motivo por que se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por instantes estoy esperando al hijo de Juan Vélez de la Membrilla para que sea yerno mio, aunque jamas le he visto á él ni á su padre. Perdonen ustedes si les he cansado con relacion tan prolija, lo que no hubiera hecho á no haber querido ustedes mismos saberla.

Escuchéle con la mayor atencion, y adoptando el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hácia el buen viejo, le dije en tono patético: ¡Es posible, señor Jerónimo Miajádas, que al momento de entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el viejo grande admiracion, y no fué menor la que produjeron en Moráles, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un gran tunante. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú seas el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí, señor, le respondí con desembarazo, y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: Sí, señor, yo soy el dichoso mortal para quien está destinada la amable Florentina; pero ántes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del señor Agustin vuestro hermano:

seria yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Dicho esto volví á dar un abrazo al buen Jerónimo, saqué el pañuelo, é hice como que me enjugaba las lágrimas. Moráles, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarme por su parte. Fingióse criado mio, y comenzó á dar muestras de mayor sentimiento que el que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo muy lastimado: ¡Ah, señor Jerónimo! !y qué pérdida ha hecho Vmd. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fénix de los comerciantes, un mercader desinteresado, un mercader de buena fe, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo, que léjos de sospechar le engañábamos, él mismo nos ayudaba á llevar adelante nuestro enredo. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no viniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á meter en un meson? Entre nosotros ya están de mas los cumplimientos. Señor, respondió Moráles, tomando la palabra por mí, mi amo es algo ceremonioso; tiene ese defecto, y me disculpará que yo se lo afee: fuera de que en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el traje en que le veis. Nos han robado en el camino, y los ladrones nos dejaron despojados de toda la ropa. Dice la verdad este mozo, señor de Miajádas, le interrumpí yo: ese es el motivo por que no me fuí en derechura á vuestra casa. Tenia vergüenza de presentarme en tan probre equipaje ante una señorita á quien jamas habia visto, y para hacerlo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aquí mismo quiero que vayas á ser dueño de ella.

Diciendo esto, él mismo me cogió de la mano para guiarme, y por el camino fuimos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo, y que solo habia sentido me quitasen el retrato de mi amada señorita Florentina. Respondióme el señor Jerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegámos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una persona perfecta. Aquí teneis, me dijo, á la persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah, señor! exclamé yo entónces en aire de apasionado, no hay necesidad de decirme que es la amable señorita Florentina. Sus hechiceras facciones están grabadas en mi memoria, y

mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuráos lo que ahora pasará dentro de mí, teniendo á la vista el original. Señor, me dijo Florentina, son demasiado lisonjeras vuestras expresiones, y no soy tan vana que crea merecerlas. No hagas caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y vé adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dejó solo con su hija, y asiendo de la mano á Moráles se fué á otro cuarto con él, y le dijo: ¿Conque al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se llevasen todo vuestro dinero; que es por donde siempre empiezan? Sí, señor, respondió mi camarada: asaltónos una cuadrilla de bandoleros junto á Castilblanco, y no nos dejó mas que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio para equiparnos con la decencia que es razon.

Entre tanto que vienen esas letras, replicó el anciano sacando un bolsillo y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podréis disponer. ¡Jesus, señor! replicó Moráles; perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo, y quizá me despedirá. ¡Santo Dios! todavía no le conoce Vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos á tomar de todas manos; no le gusta á pesar de sus pocos años contraer deudas, y ántes pedirá limosna que tomar prestado ni un solo maravedí. Tanto mejor, dijo el buen hombre, ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas; eso se deja para los caballeros, los cuales están ya en antigua posesion de contraerlas. Por tanto yo no quiero estrechar á tu amo, y si le desazona el que le ofrezcan dinero, no se hable mas en el asunto. Diciendo esto quiso volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo: Tenga Vmd., señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene una grandísima repugnancia á tomar dinero ajeno; pero no desconfío de hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los extraños, y otra es recibirle cuando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia; y sabe muy bien pedir dinero á su padre cuando lo ha menester. Es un mozo que, como Vmd. ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Moráles, y volvió adonde estábamos su hija y yo haciéndonos cumplimientos,

con lo que interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de lo muy obligado que me estaba; y sobre esto se desahogó en expresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. No malogré tan favorable ocasion, y le dije que la mayor prueba de agradecimiento que podia darme, era el acelerar mi union con su hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y aun añadió que en lugar de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, daria diez mil para manifestarme lo agradecido que estaba al servicio que yo le habia hecho.

Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Jerónimo de Miajádas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no ménos que diez mil ducados, y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba sin embargo algun tanto esta alegría el recelo de que dentro de aquellos tres dias podia parecer el verdadero hijo de Juan Vélez de la Membrilla, y dar en tierra con nuestra soñada felicidad. El resultado acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó al dia siguiente á casa del padre de Florentina una especie de aldeano, que traia una maleta: no me hallaba yo en casa á la sazon, pero estaba en ella Morales. Señor, dijo el hombre al buen viejo, soy criado del caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno; quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla; acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aquí dentro de un momento; yo me he adelantado para avisárselo á su merced. Apénas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Este señor novio, que era un mozo airoso y de los mas bien formados, dirigió la palabra al padre de Florentina; pero el buen señor no le dejó acabar su salutacion, ántes volviéndose á mi compañero, le dijo: Y bien, ¿qué quiere decir esto? Entónces Morales, á quien ninguna persona del mundo aventajaba en descaro, tomando un aire desembarazado, respondió prontamente al viejo: Señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino real. Conózcolos á entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo del señor Juan Vélez de la Membrilla. El viejo creyó sin dudar á Morales, y persuadido de que los dos forasteros eran unos bribones, les dijo: Señores, ustedes ya llegan muy tarde, porque hay quien se ha anticipado; el señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire Vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que le engañan y que tiene en su casa á un impostor. Mi padre

el señor Juan Vélez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo; yo sé muy bien quién eres tú. ¿No conoces á este mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino de Calatrava? ¡Cómo robar! repuso Pedro: á no estar en vuestra casa le cortaria las orejas á ese desvergonzado que tiene la insolencia de tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto reprime mi justa ira. Señor, continuó él, vuelvo á deciros que os engañan: yo soy el mozo á quien el señor Agustin su hermano prometió la hija de Vmd. ¿Quiere que le enseñe todas las cartas que él escribió á mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¿Creerá Vmd. al retrato de Florentina que me envió él poco antes de su muerte?

No, replicó el viejo, el retrato no me hará mas fuerza que las cartas; estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo mas caritativo que te puedo dar es, que cuanto ántes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes. Eso ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo: no aguantaré jamas que me roben impunemente mi nombre, ni mucho ménos que me hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sugetos de esta ciudad; voy á buscarlos, y volveré con ellos á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Dicho esto se retiró con su criado, y Moráles quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Jerónimo de Miajádas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer las diligencias.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenia todas consigo. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razon, no dejaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije: ¿Qué tienes, amigo? paréceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero segun todas las señales tendrá mal fin; y soy de parecer que ántes que se descubra el enredo pongamos los piés en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos arrancado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, le repliqué, no hay que apresurarnos: Vmd. cede fácilmente á las dificultades, y hace muy poco honor á don Matías del Cordel, y á los demas caballeros de

la órden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las huellas de estos héroes, y acreditar que soy digno discípulo de su escuela, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y me obligo á desvanecerle. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

Al acabar de hablar Morales, entró Jerónimo de Miajádas y me dijo: Acabo de disponerlo todo para tu boda: esta noche, serás ya yerno mio; tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano? Estaba Moráles cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no quedó poco sorprendido de oirme, cuando, mirando tristemente á Miajádas, le respondí con la mayor sinceridad: Señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Vélez de la Membrilla. ¡Qué es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué, no sois vos el mozo á quien mi hermano?... ¿Sosiéguese Vmd., señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé una narracion fiel y sincera, sírvase oirme con paciencia hasta concluirla. Ocho dias há que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedírosla por esposa; pero me tapásteis la boca con decirme que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijísteis que al morir vuestro hermano os habia encargado eficazmente que la casaseis con Pedro de la Membrilla; que así se lo ofrecísteis, y que en fin erais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros, y reducido mi amor á la desesperacion, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré sin embargo que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadí de que vos mismo me la perdonariais, luego que llegaseis á saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanes y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprenderia agradablemente cuando os revelase mi nacimiento: y desde entónces me recreaba en pensar el gozo que causaria á Florentina el saber, despues de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le habia dado. El cielo no quiere, proseguí mudando de tono, que yo tenga tanto placer. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre cuésteme lo que me

17*

costare. Vuestra promesa os obliga á recibirle por yerno. Lo siento sin poder quejarme, pues debeis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que vais á reducirme. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre: que parece mas puesto en razon corresponder á la obligacion que me teneis, que hacer punto en cumplir otra, la cual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Jerónimo de Miajádas. Es una cosa muy clara; y así estoy muy léjos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un príncipe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna, ó hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta ejecucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que Vmd. partiese con precipitacion: no haga nada sin deliberarlo con madurez: atienda solo á sus intereses; y sin respeto á la nobleza de mi sangre... Os burlais de mí, interrumpió Miajádas. ¿Debo vacilar un momento? No, príncipe mio, y os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darle esta noticia, y á informarla de su venturosa suerte.

Miéntras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no ménos que de un gran príncipe, Morales, que habia estado oyendo toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo: Señor príncipe italiano, hijo del soberano de los valles que están entre los Suizos, el Milanes y la Saboya, permítame V. A. me arroje á sus piés para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion. A fe de bribon que eres un prodigio. Teníame yo por el mayor hombre del mundo; pero, hablando francamente, arrío bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes ménos experiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo? Cierto que no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: que venga ahora su merced cuando quisiere. Y hétenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos. Comenzámos á discurrir sobre el camino que habíamos de tomar así que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con mas seguridad que si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavía no la habiamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava

Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Miajádas, le dijo el tal mozo, aquí os traigo á estos tres hombres de bien que me conocen, y pueden decir quién soy. Sí por cierto, dijo el alguacil, y declaro ante quien convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Vélez de la Membrilla. Cualquiera que se atreva á decir lo contrario es un solemnísimo embustero. Señor alguacil, dijo entónces el buen Jerónimo Miajádas, yo le creo á Vmd.: para mí es tan sagrado vuestro testimonio como el de los señores mercaderes que vienen en vuestra compañía. Estoy del todo convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa? He mudado de dictámen, y ya no pienso darle mi hija.

¡Oh! eso es otra cosa, dijo el alguacil: yo solo he venido á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre; por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, forzar la voluntad del señor Miajádas, que puede disponer de su hija como tenga por conveniente; pero desearia saber por qué razon ha variado de parecer: ¿tiene algun motivo para quejarse de mí? ¡Ah! ya que pierdo la dulce esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; ántes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos sois tan generoso que me persuado no llevaréis á mal que yo haya preferido á vos un pretendiente á quien debo la vida. Este es el caballero que veis aquí: este señor, prosiguió señalándome, es el que me salvó de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, debo añadir que es un príncipe italiano, que, á pesar de la desigualdad de nuestra clase, se digna enlazar con Florentina, de la cual está enamorado.

Al oir esto Pedro se quedó mudo y confuso, y los dos mercaderes abriendo tanto ojo quedaron como absortos; pero el alguacil, como acostumbrado á mirar las cosas por el mal lado, sospechó que detras de aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Empezó á mirarme con la mas escrupulosa atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi alteza, conoció á Morales, y acordándose de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real: ¡Ah! ¡ah! exclamó sin poderse contener; hé aquí uno de

nuestros parroquianos. Me acuerdo de este caballero, y os le doy por uno de los mayores bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos. Poco á poco, señor alguacil, dijo Jerónimo Miajádas, que ese pobre mozo de quien haceis tan mal retrato es un criado del señor príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer; por el criado saco yo lo que será el amo. No me queda la menor duda de que estos dos señores son dos pícaros de marca que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en conocer esta casta de pájaros; y para haceros ver que son dos lindas ganzúas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor corregidor, para que tengan con él una conversacion reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavía se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, señor ministro, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Los del hábito de Vmd. no tienen reparo en mortificar á una persona honrada. ¿No podrá ser este criado un bribon, sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva ver bribones al servicio de los príncipes? Vmd. se chancea con sus príncipes, repuso el alguacil. Este mozo vuelvo á decir es un tunante; y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos al rey*. Si rehusan ir voluntariamente á la cárcel, veinte hombres tengo á la puerta que los llevarán por fuerza. Vamos, príncipe mio, me dijo en seguida, vamos andando.

Al oir estas palabras quedé todo fuera de mí, y lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Jerónimo Miajádas, ó por mejor decir, nos perdió enteramente en su concepto. Bien se persuadió de que habíamos querido engañarle, y con todo eso tomó en esta ocasion el partido que debe tomar una persona delicada. Señor ministro, dijo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser falsas y tambien verdaderas; pero, sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Os suplico que no impidais que estos caballeros salgan y se retiren adonde mejor les pareciere. Es una gracia que os pido para cumplir con la obligacion que les debo. La mia, interrumpió el alguacil, seria llevarlos á la carcel sin atender á vuestros ruegos; sin embargo por respeto vuestro quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, con la condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, les aseguro por quien soy que han de ver lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oímos decir que estábamos libres, volvimos á respirar. Quisimos hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil con una mirada de soslayo nos impuso silencio. No sé por qué esta gente tiene ascendiente sobre nosotros. Vímonos, pues, precisados

á ceder Florentina y la dote á Pedro de la Membrilla, que verosímilmente pasó á ser yerno de Jerónimo de Miajádas.

Retiréme con mi camarada, y tomámos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber á lo ménos ganado cien doblones en esta aventura. Una hora ántes de anochecer pasábamos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante, y vimos en ella un meson de bastante buena apariencia para aquel lugar. Estaban el mesonero y la mesonera sentados á la puerta en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su mujer, que mostraba oirle con gusto. Viendo el mesonero que pasábamos de largo, señores, nos gritó, aconsejo á ustedes que hagan alto en este lugar: hay tres leguas mortales á la primera posada, y créanme que no lo pasarán tan bien como aquí: entren ustedes en mi casa, que serán bien tratados, y por poco dinero. Dejámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos nos pusimos todos cuatro á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era cuadrillero de la Santa Hermandad, y la mesonera tenia pinta de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de doce ó quince hombres montados, unos en caballos, y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. ¡Oh cuántos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una espaciosa granja cerca del meson, en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron ménos en donde habian de dormir que en mandar disponer una buena cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada, dando fin de todas las aves del corral. Con esto y un guisado de conejo y de gato, y una abundante sopa de coles hecha con carnero, hubo para toda la comitiva.

Morales y yo mirábamos á aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros de cuando en cuando. En fin, trabámos conversacion, y les dijimos que si lo tenian á bien cenariamos en compañía, y habiéndonos respondido que tendrian en ello particular gusto, nos sentámos todos juntos á la mesa. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas; y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia le mirabau con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que algunas veces contradecia á los otros sin reparo, y que léjos de hacer lo mismo con él, mas bien parecia que todos adherian á su dictámen. La conversacion recayó

casualmente sobre Andalucía, y como Morales comenzase á alabar mucho á Sevilla, el hombre de quien voy hablando le dijo: Caballero, usted hace el elogio de la ciudad donde yo nací, ó á lo ménos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en el arrabal de Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de usted conociendo desde el alcalde hasta la última persona del arrabal. ¿Quién fué su señor padre? Un honrado escribano, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡Martin Morales! exclamó mi compañero no ménos alegre que sorprendido: ¡á fe mia que la aventura es bien extraña! Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico Luis, á quien dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada, y dicho esto se levantaron los dos de la mesa, y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes, dijo: Señores, este suceso tiene algo de maravilloso: la casualidad dispone que encuentre y reconozca á un hermano, á quien há por lo ménos mas de veinte años que no he visto: dadme licencia para que os le presente. Entónces todos los caballeros, que por cortesía estaban en pié, saludaron al hermano menor de Morales y le dieron repetidos abrazos. Despues de esto nos volvimos á la mesa, la que no dejámos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro; y estuvieron hablando en voz baja de las cosas de su familia, miéntras los demas convidados bebíamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida, me llamó aparte, y me dijo: Todos estos caballeros son criados del conde de Montaños, á quien el rey acaba de nombrar virey de Mallorca. Conducen el equipaje de su amo á Alicante, donde deben embarcarse. Mi hermano, que es el mayordomo de su excelencia, me ha propuesto llevarme consigo, y á vista de la repugnancia que le mostré de dejar tu compañía, me dijo que si tú quieres venir con nosotros te facilitará un buen empleo. Caro amigo, continuó él, te aconsejo que no desprecies este partido: vamos juntos á Mallorca; si allí lo pasamos bien, nos quedaremos: y si no nos tuviere cuenta, nos volveremos á España.

Admití con gusto la propuesta: incorporámonos el jóven Morales y yo con la familia del conde, y partímos del meson ántes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante yendo á largas jornadas. Luego que llegámos compré una guitarra, y me mandé hacer un vestido decente ántes de embarcarme. Ya no pensaba yo sino en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia

que ambos habíamos renunciado para siempre á la vida bribona. Es preciso decir la verdad: uno y otro queríamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcámos alegremente, lisonjeándonos con la esperanza de llegar presto á Mallorca; pero no bien habíamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintándoos el aire todo inflamado, la viva luz de los relámpagos, el estampido de los truenos, la rápida caida de los rayos, el silbido de los vientos, y la hinchazon de las olas, etc.! Pero, dejando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fué tan recia la tormenta, que nos obligó á ancorar en la punta de la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entónces en cinco ó seis soldados, y un oficial que nos recibió con mucho agasajo.

Como nos veíamos precisados á detenernos allí muchos dias para componer nuestro velámen, procurámos pasar el tiempo en diferentes diversiones para evitar el fastidio. Siguiendo cada uno su inclinacion unos jugaban á los naipes, otros á la pelota, etc.: yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apénas se descubria en él un palmo de tierra. Un dia que, considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde le da la gana, sentímos todos de repente un olor muy grato que nos dejó sorprendidos. Lo quedámos mucho mas cuando volviéndonos hácia el Oriente, de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madreselva mas hermosa y odorífera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos á aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallámos que cercaban la entrada de una caverna muy profunda. Era esta ancha y poco sombría: bajámos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornado de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando estuvimos abajo vimos serpentear sobre un suelo de arena mas roja que el oro varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos tan clara y cristalina el agua que nos dió gana de beberla, y la hallámos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á este lugar el dia siguiente, llevando con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos de que lo beberíamos allí con gusto.

Dejámos con sentimiento un sitio tan delicioso, y cuando nos restituímos al fuerte ponderámos á nuestros camaradas la

noticia de tan feliz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dijo que nos advertia en amistad que por ningun caso volviésemos á la cueva de que tan enamorados habíamos quedado. ¿Y eso por qué? le pregunté yo: ¿hay por ventura algo que temer? Y mucho, me respondió. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese paraje, y uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial, no le quisimos creer. Parecíanos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar armas de fuego para mostrar que no teníamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Bajámos al hondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos á la boca de la caverna muchos hombres con vigotes, turbantes, y vestidos á la turca. Juzgámos al pronto que eran algunos del navío, que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Creidos de esto nos echámos á reir, y dejámos bajar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedámos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia con su gente á esclavizarnos. *Rendíos, perros*, nos dijo en lengua castellana, *ó aquí moriréis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venian, y que á la menor resistencia las hubieran disparado. Preferímos la esclavitud á la muerte, y entregámos las espadas al pirata. Nos hizo cargar de cadenas, nos llevaron á su buque, que no estaba muy distante, levantaron anclas, hiciéronse á la vela y cinglaron hácia Argel.

De este modo fuimos justamente castigados del poco aprecio que hicimos del aviso del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos y quitarnos cuanto dinero llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones de los jóvenes de Plasencia, los ciento que Jerónimo de Miajádas habia dado á Morales, y que por desgracia llevaba yo conmigo, todo lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos: en suma, el pirata hizo una buena pesca, de lo que estaba muy contento; y el grandísimo bergante, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con bufonadas, que nos eran mucho ménos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Despues de mil impertinentes truhanadas, y para mofarse de nosotros de otro modo, mandó traer las botellas que habíamos puesto á refrescar, y

comenzó á vaciarlas todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos bríndis por irrision.

Durante este tiempo mis camaradas mostraban un semblante que daba á entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio, cuanto mas alegre era la idea de ir á la isla de Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi determinacion; y ménos apesadumbrado que los otros, no solo trabé conversacion con nuestro capitan mofador, sino que le ayudé yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dijo, me gusta tu buen humor y tu genio; y si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, lo mejor es armarse de paciencia y acomodarse con el tiempo. Tócanos una buena tocata, añadió viendo que yo llevaba una guitarra: veamos á lo que llega tu habilidad. Mandó me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar de tal modo que merecí sus aplausos: bien es verdad que yo no manejaba mal este instrumento. Tambien me hizo cantar, y no quedó ménos satisfecho de mi voz: todos los turcos que habia en el bajel mostraron con gestos de admiracion el placer con que me habian oido, por lo que conocí que en materia de música no carecian de gusto. El pirata se arrimó á mí, y me dijo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar cierto de que mis talentos me proporcionarian un destino que haria muy llevadera la esclavitud.

Estas palabras me consolaron algo; pero por mas halagüeñas que fuesen no dejaba de inquietarme el empleo que el pirata me habia pronosticado, y temia que no fuese de mi aceptacion. Al llegar al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido para vernos, y sin que aun hubiésemos saltado en tierra, hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente, y que causaban un estruendo desentonado, mas que una música apacible. Aquella extraordinaria algazara nacia de la falsa noticia que se habia esparcido por la ciudad que el renegado Mahometo (que así se llamaba nuestro pirata) habia muerto peleando con una gruesa embarcacion genovesa; y todos sus parientes y amigos, informados de su regreso, acudian á darle muestras de su regocijo.

Luego que desembarcámos, á mí y á mis compañeros nos llevaron al palacio del bajá Soliman, donde un escribano cristiano nos examinó á cada uno en particular, preguntándonos el nombre, edad, patria, religion y habilidad. Entónces Mahometo, mostrándome al bajá, le ponderó mi voz y mi destreza en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para determinarse á tomarme á su servicio, y desde aquel

punto quedé reservado para su serrallo, adonde me condujeron para instalarme en el empleo que me estaba destinado. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y vendidos segun costumbre. Verificóse lo que Mahometo me habia pronosticado en el bajel, porque ciertamente fuí muy afortunado: no me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas; ántes bien mandó Soliman, por aprecio particular, que me agregasen en cierto sitio privado á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes no se empleaba sino en trabajos ligeros, y se me encargó el cuidado de regar en los jardines las flores y los naranjos. No podia tener yo una ocupacion mas suave, y por eso di gracias á mi estrella, presintiendo, sin saber por qué, que no seria desgraciado al servicio de Soliman.

Este bajá (porque es necesario que haga su retrato) era un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento, y aun muy galan para turco. Tenia por favorita una cachemiriana, que por su talento y hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba dia en que no la festejase con alguna diversion nueva; unas veces era un concierto de voces y de instrumentos; otras una comedia á la turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia mas respeto al pudor y al decoro que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farrukhnaz, era apasionadísima á semejantes espectáculos, y aun algunas veces mandaba á sus criadas representar piezas arábes en presencia del bajá. Ella misma solia tambien hacer su papel, y lo ejecutaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que yo asistí á una de estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de darle tanto gusto, que no solo me aplaudió con palmadas sino de viva voz; y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables.

El dia siguiente por la mañana, estando yo regando los naranjos en los jardines, pasó junto á mí un eunuco que, sin detenerse ni hablar palabra, dejó caer á mis piés un billete: recogíle prontamente con una turbacion mezclada de alegría y de temor: echéme á la larga en el suelo, porque no me viesen de las ventanas del serrallo, y ocultándome detras de los naranjos, le abrí presuroso, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritas en buen castellano estas palabras: *Jóven cristiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna la harán feliz: el amor, si te muestras sensible á los atractivos de una persona hermosa: y la fortuna, si tienes valor para arrostrar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete era de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido de la dama de un gran príncipe, y sobre todo la esperanza de conseguir de ella cuatro veces mas dinero del que me era menester para mi rescate, me determinaron á tentar esta nueva aventura á costa de cualquiera riesgo. Proseguí, pues, en mi ocupacion, pensando siempre en el modo que podria tener para introducirme en el cuarto de Farrukhnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto no me engañé: de allí á una hora volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco de ántes, y me dijo: Cristiano, ¿has hecho tus reflexiones? ¿tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí; pues bien, añadió él, *el cielo te guarde; mañana por la mañana me volverás á ver; está dispuesto para dejarte conducir*, y dicho esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente, á cosa de las ocho de la mañana se dejó ver, y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia un gran rollo de lienzo pintado, que acababan de traer él y otro eunuco, para llevarlo á la cámara de la sultana, y habia de servir para la decoracion de una comedia árabe, que ella tenia dispuesta para divertir al bajá.

Los dos eunucos viéndome dispuesto á hacer todo lo que quisiesen no perdieron tiempo. Desarrollaron el telon, hiciéronme tender á la larga en medio de él, y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome dentro de él mismo con peligro de sofocarme. Cogiéronlo cada uno de un extremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormia la bella cachemiriana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente dedicada á darle gusto. Desenvolvieron ambas el telon, y Farrukhnaz luego que me vió, mostró una alegría, que manifestaba bien el carácter de las mujeres de su país. En medio de mi natural intrepidez confieso que cuando me vi de repente trasportado al cuarto secreto de las mujeres, sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo: No temas, cristiano, porque Soliman acaba de marchar á su casa de recreo donde se detendrá todo el dia, y nosotros hablaremos aquí libremente.

Animáronme estas palabras, y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinacion que te he tomado. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galan,

que me obliga á creer no eres persona comun. Háblame con toda confianza, y díme quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste ménos el rescate; pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofenderia mucho semejante precaucion, pues que te prometo tu libertad. Sé pues sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales. Con efecto, señora, le respondí, corresponderia ruinmente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio; ya que teneis empeño en que os descubra quién soy, voy á obedeceros. Soy hijo de un grande de España. Quizá decia en esto la verdad, por lo ménos la sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos á solas con frecuencia. Tuvimos una larga conversacion. En mi vida he tratado con mujer de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos, cubierto con un repostero de seda trabajado por su misma mano, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al bajá: lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mujeres, que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

Hallámos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor hácia ella, como ella me le tenia á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos Argos; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas, y mudó enteramente de aspecto mi fortuna. Un dia en que entré en el cuarto de la sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella creido de que Soliman se hallaba aun fuera, entró este tan de repente en el cuarto de su favorita, que la vieja esclava no tuvo tempo de avisarnos, y mucho ménos yo para ocultarme; y así fuí el primero que se ofreció á los ojos del bajá.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entónces que era llegada la última hora de mi vida, y me imaginaba ya en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farrukhnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él, dijo á Soliman: Señor, suplícoos no me condeneis

ántes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente merecedora de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle á que dejase su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Soliman por mi silencio de que era verdad cuanto habia dicho la sultana, depuso su ira, y le dijo: Quiero creer que no me has ofendido, y que el celo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te movió á arriesgarte á una accion tan delicada. Por eso disculpo tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un morabito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sído tan cobardes como yo en esta ocasion!

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Haly á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Soliman me destinó. No volví á ver á la sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos de oro*, y juntamente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarle la vida. Con efecto, ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en ménos de seis á siete años me hallé el renegado mas rico de todo Argel.

Ya habrán conocido ustedes que si yo concurria á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las demas ceremonias de su ley, era todo una mera ficcion. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á

entrar en el seno de la Iglesia, para lo que pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las riquezas que hubiese juntado. Miéntras tanto vivia muy alegremente; estaba alojado en una hermosa casa, tenia jardines magníficos, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de mujeres bonitas. Aunque el uso del vino está pohibido en aquella tierra á los mahometanos, sin embargo pocos moros dejan de beberlo secretamente. Yo por lo ménos lo bebia sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

Acuérdome que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin reserva. Convidélos una noche á cenar; y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavámos el cuerpo, y lo enterrámos con todas las ceremonias que acostumbran los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No le hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dijo: señor Sidy Haly, vengo á buscar á Vmd. para cierto asunto de importancia. El señor cadí tiene precision de hablarle: Sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, que es lo que me quiere. Él mismo os lo dirá, respondió el moro: todo lo que puedo decir es, que un mercader que ayer cenó con Vmd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio, que comparezcais hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dijo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenia el árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender por qué me habia jugado una pieza tan ruin. Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al cadí por hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fuí derecho á presentarme á él. Hízome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso: Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas vene-

rables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicísteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcoran? Señor cadí, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, etc.; y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cadí toda su gravedad cuando me oyó decir esto, sin poder contener la risa, y como estábamos solos tomó francamente el bolsillo, y me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Haly, hicísteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los sugetos de mérito.

Salí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo ménos me enseñó á ser mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna, que era esclavo mio, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los mios no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volvieron un dia los jabeques de Soliman cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde esta se celebraba, y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la probrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla afligirse así en tan tierna edad, me llegué á ella y le dije en lengua castellana, que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que habia caido en manos de un amo, que aunque llevaba turbante era de corazon humano. La jóven poseida enteramente de su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolables, prorumpiendo de cuando en cuando en esta exclamacion: *¡Ay madre mia,*

y por qué me habrán separado de ti! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas. Miéntras decia estas palabras, tenia puestos los ojos en una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella mujer á quien miraba. Sí, señor, me respondió con tierno sentimiento; por amor de Dios haga su merced que jamas me separen de ella. Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella, con la conmocion que podeis imaginar, todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Cielos! exclamé dentro de mí mismo: ¿qué es lo que veo? Esta es mi madre, no puede dudarlo. Pero ella, ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro, ó bien que en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado, el hecho es que realmente ella no me conoció. En fin, yo la compré, y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarle el gusto de que me conociese. Señora, le dije, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué, unos bigotes y un turbante me disfiguran de suerte que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oir estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mí con los brazos abiertos, nos estrechámos tiernamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como yo ajeno de tener una hermana. Confesad, dije entónces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habéis tenido un encuentro y reconocimiento tan positivo como este. Hijo, me respondió suspirando, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mio! ¡en qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces ménos sensible que ese traje odioso... A fe, madre, le respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto que no es muy propria de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, miradme como á un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España; y en la realidad permanezco siempre en mi religion. Cuando sepais todas las

aventuras que me han acontecido en este país me disculparéis. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto me parezco algo á vos; fuera de que hay aun otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais experimentar en Argel una dura esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad, hasta que se nos proporcione ocasion oportuna para que todos podamos seguramente volver á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estás resuelto á restituirte á tu patria y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en Castilla. Sí, señora, le respondí: espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible iremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habréis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio de los mas legítimos. Pero, señora, repliqué, ¿qué razon tuvísteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negásteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdome haberos oido decir mil veces en mi niñez que nunca perdonariais á una mujer jóven y linda el sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres,* respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus propósitos están mas sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mujeres sean invariables en los suyos? Voy á contarte, continuó, la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion que jamas olvidaré; y de la cual no quiero privaros, porque es curiosísima.

Habrá cosa de trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marquesito de Leganes. En aquel tiempo el duque de Medinaceli me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señalóme el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener, y se lo concedí con la esperanza de que me lo pagaria bien, y así lo ejecutó. El dia siguiente me envió varios regalos, á que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no duraria largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, cuanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, léjos de disgustarse, cada dia parecia mas embelesado de mi

condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármele, y de impedir que su corazon, naturalmente voluble, se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses hacia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño seria durable, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una casa donde se hallaba la duquesa esposa del duque, y habíamos ido á ella convidadas para oir un concierto de música de voces é instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detras de la duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me hubiese dejado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme á decir por una criada, que me suplicaba me saliese de allí al instante. Respondí á la criada con mucha grosería; de lo que irritada la duquesa se quejó á su esposo, el cual vino á mí, y me dijo: Lucinda, sal prontamente de aquí: cuando los grandes señores se inclinan á mozuelas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son: si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mujeres, siempre las respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y siempre que tengais la insolencia de pretender igualaros con ellas, seréis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna que el duque me dijo todo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa; pero llorando de rabia por el desaire que habia recibido. Para mayor pesar mio los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé cómo, todo lo que me habia pasado. No parece sino que hay alpun diablillo acechador y zizañero que se divierte en descubrir á unos lo que sucede á otros. Hace, por ejemplo, un comediante en una francachela alguna extravagancia: acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado; toda la compañía inmediatamente sabe hasta la mas ridícula menudencia. Así supieron mis compañeros cuanto me habia pasado en el concierto, y sabe Dios cuánto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo no hice caso de sus habladurías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, que no volvió á parecer por mi casa, y luego supe habia tomado amistad con una cantarina.

Miéntras una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca le faltan amantes; y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me vi sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de que el duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, mas enamorados de mis hechizos que ántes, volvieron á porfía á

galantearme. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entónces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció mes ansioso que un aleman gordo, gentilhombre del duque de Osuna. Su figura no era muy apreciable, pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en casa de su amo, y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Miéntras hizo el gasto fué bien recibido; pero apénas se le apuró la bolsa, halló la puerta cerrada. Enfadado de este proceder mio, me fué á buscar á la comedia, dióme sus quejas, y porque me reí de él á sus hocicos, arrebatado de cólera me sacudió un bofeton á la tudesca. Di un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al duque, que estaba en su aposento con su esposa la duquesa, me quejé á él en alta voz de los modales tudescos con que me habia tratado su gentilhombre. Mandó el duque seguir la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion me presenté muy alterada al duque, exponiendo mi queja con vehemencia. El aleman despachó su defensa en dos palabras, diciendo, que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre para repetirlo. El duque de Osuna, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te prohibo que te presentes mas delante de mí, no porque has dado un bofeton á una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido á tus amos, y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el alma. Apoderóse de mí una ira rabiosa, y un inexplicable furor al ver que no habian despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un oprobio como aquel, cometido contra una comedianta, debia castigarse como un delito de lesa majestad, y contaba con que el tudesco padeceria una pena aflictiva. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro en términos, que desde aquel punto resolví dejarlo, é irme á vivir léjos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* á ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mis dias, pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña, y no recibí mas familia que una criada y un paje, para quienes era tan desconocida como para todas las demas del vecindario. Fingí ser viuda de un empleado de la Real casa, y que habia es-

cogido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente; y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que viva en una quinta propia, cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto, y como de treinta y cinco á cuarenta años; pero un noble muy adeudado; lo que no es mas raro en el reino de Valencia que en otros muchos países.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron, tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja, que me dijo de su parte que, prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecia su mano, y que ratificaria esta oferta si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las cualidades de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dijeron de él, aunque sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Jérica (este era el nombre de mi esposo) me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Decia que la habia hecho edificar uno de sus progenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Jérica era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que porque no viniese á tierra lo habian apuntalado. ¡Qué dicha para don Manuel la de haberse casado conmigo! Gastóse en reparos la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el país; y héteme aquí en un nuevo mundo, por decirlo así, y convertida de repente en señora de aldea y de hacienda. ¡Qué trasformacion! Era yo muy buena actriz para no saber representar y sostener el esplendor que correspondia á mi nuevo estado. Revestíame en todo de ciertos modales teatrales de nobleza, de majestad y desembarazo, que hacian formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh cuánto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los con-

tornos, y cuánto hubieran rebajado los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de don Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejóme bastantes negocios que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonío à tu hermana Beatriz, que á la sazon contaba cuatro años de edad cumplidos. Nuestra quinta, que era á lo que estaban reducidos nuestros bienes, se hallaba por desgracia empeñada para seguridad de muchos acreedores, el principal de los cuales se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenia perfectamente. Ejercia en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre consumado en todas las trampas de los pleitos; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para saber mejor hacer injusticias. ¡Oh qué terrible acreedor! Una quinta entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que una paloma en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apénas supo la muerte de mi marido, puso sitio á mi pobre quinta. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas que las supercherías legales comenzaban á formar, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de enemigo se convirtiese en esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleito. Confieso que de mi parte hice cuanto pude para inspirarle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesion á probar con él todos aquellos artificios que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi destreza, creia no poder enganchar al procurador, tan embebecido en su oficio, que parecia incapaz de admitir ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel socarron, aquel marrajo, aquel empuercapapel me miraba con mayor complacencia de la que yo pensaba. Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar: dedicado siempre á mi profesion, nunca he cuidado de aprender las reglas, los usos, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de eso no ignoro lo esencial; y para ahorrar de palabras solo diré que si Vmd. quiere casarse conmigo, quemaremos al instante el proceso, alejaré á los demas acreedores, que se han reunido conmigo para hacer vender su hacienda; Vmd. será dueña del usufructo, y su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me dejaron vacilar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion; el procurador cumplió su palabra, volvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi quinta. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien á la viuda y al huérfano.

Llegué, pues, á verme procuradora, sin dejar por eso de ser señora de aldea, aunque este matrimonio me perdió en

el concepto de la nobleza valenciana. Las señoras de la primera distincion me miraron como á una mujer que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Vime precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque tomé conocimiento con una escribana y dos procuradoras, cada una de un carácter muy digno de risa. Yo me divertia infinito de ver su ridiculez. Estas medio señoras se tenian por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; veo que esta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es mas que su vecino. En este particular toco ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Para castigarlas quisiera yo que se les obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, y apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio cayó enfermo el señor Astuto, y murió sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dejó á lo que yo poseia, me hallé una viuda rica, y por tal me tenian. En virtud de esta fama comenzo á obsequiarme un caballero Siciliano, llamado Colifichini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo para ver la España; y despues de haber satisfecho su curiosidad, estaba en Valencia esperando, segun decia, ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque pequeño de cuerpo, bien plantado; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme á solas, y (te confieso la verdad) desde la primera conversacion quedé loca perdida por él. No quedó él ménos enamorado de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si la muerte del procurador, que aun estaba muy reciente, me hubiera permitido hacer tan presto otra boda; porque desde que comencé á tomar inclinacion á los matrimonios respectaba los estilos del mundo.

Convinimos, pues, en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Miéntras tanto Colifichini proseguia obsequiándome, y léjos de entibiarse en su amor, se mostraba mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de haber hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y miraba lo que daba como una especie de restitucion en des-

cargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible á que pasase el tiempo que prescribe á las viudas el ceremonial del respeto humano para pasar á otras nupcias. Apénas llegó, cuando fuimos á la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi quinta, donde puedo decir que vivímos dos años, ménos como esposos que como dos tiernos amantes. ¡Pero ay! que no nos habíamos unido para que nuestra dicha fuese duradera. Al cabo de este breve tiempo un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.

Aquí no pude ménos de interrumpir á mi madre, diciéndole: ¡Pues qué! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. Hijo mio ¿cómo ha de ser? me respondió ella; ¿por ventura puedo yo alargar los dias que el cielo tiene contados? Si he perdido tres maridos, ¿cómo lo he de remediar? A dos los lloré mucho: el que ménos lágrimas me costó fué el procurador. Como me casé con él puramente por interes, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo á Colifichini te diré que algunos meses despues de muerto, deseanto yo ver una casa de campo junto á Palermo, que me habia señalado para mi viudedad en nuestro contracto matrimonial, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viaje fuimos apresadas por los corsarios del bajá de Argel. Condujéronnos á esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caido en manos de un amo desapiadado, que nos hubiera maltratado, y bajo cuya dura esclavitud quizá habríamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

Tal fué, señores, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, con la libertad de vivir como mejor le pareciese; cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado tanto en ella el hábito de amar en virtud de tan repetidos actos, que no le era posible estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos en algunos de mis esclavos; hasta que finalmente llamó toda su atencion Aly Pegelin, renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróle este un amor mucho mas vivo que el que habia tenido á Colifichini, y era tan diestra en agradar á los hombres, que halló el secreto de encantar tambien á este. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el bajá para armar una embarcacion

á fin de ir en corso á ejercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento; y ocho dias ántes que se acabase dije á Lucinda: Madre, presto saldremos de Argel, y dejaremos para siempre un lugar que tanto aborreceis.

Mudósele el color al oir estas palabras, y guardó un profundo silencio. Sorprendióme esto extrañamente, y le dije admirado: ¡Qué es esto, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os aflijo en vez de causaros alegría. Creía daros una noticia agradable participándoos que todo lo tengo dispuesto para nuestro viaje: ¿no deseariais acaso restituiros á España? No, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve allí tantos disgustos que he renunciado á ella para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor: ¡ah, señora! decid mas bien que el amor es quien os hace odiosa vuestra patria. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Cuando llegásteis á esta ciudad todo cuanto se os ponia delante os causaba horror; pero Aly Pegelin os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda: es cierto que amo á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido, ¿Qué proyecto es el vuestro? interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un musulman! Sin duda habeis olvidado que sois cristiana, ó por mejor decir, solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo no hice sino por necesidad.

Otras muchas cosas le dije para disuadirla de aquel intento; pero fué predicar en desierto, porque se habia cerrado en ello. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion, dejándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah, infeliz Lucinda! le dije; si nada es capaz de conteneros, á lo ménos abandonáos sola al furor que os posee, y no querais conducir á una inocente al precipicio en que os apresurais á caer. Lucinda se marchó sin replicar, quizá por algun vislumbre de luz que por entónces rayó en ella, y le impidió obstinarse en pedir su hija. Así lo creia yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos dias despues: Señor, mirad por vos. Un cautivo de Pegelin acaba de confiarme un secreto que no debo ocultaros para que no perdais tiempo en aprovecharos de él. Vuestra madre ha mudado de religion, y para vengarse de vos por haberle negado su hija, está determinada á dar parte al bajá de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda era capaz de hacer todo lo que mi esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido

de que á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro, se habia familiarizado tanto con el crímen, que muy bien me hubiera hecho quemar vivo, y no le conmoveria mas mi muerte que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco, y tomé, segun costumbre de los corsarios argelinos que van á corso, algunos turcos conmigo, pero solamente los que eran necesarios para no hacerme sospechoso, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes de que no me olvidaria de llevar al mismo tiempo todo el dinero y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos seis mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los turcos, á quienes encadenámos fácilmente por ser mucho mayor el número de mis esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo arribámos á las costas de Italia. Entrámos en el puerto de Liorna con la mayor felicidad; y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¡Pero qué júbilo! ¡qué abrazos se dieron padre é hijo despues de haberse reconocido! Luego que Azarini le informó de quién era yo, y del motivo que me llevaba á Liorna, me obligó el buen viejo á que fuese á alojarme á su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me fué preciso practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia, y solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi bajel, y di libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos se los aseguró en las cárceles de Liorna para canjearlos á su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo usaron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero, y heredera de la hacienda de Jérica, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorno algun tiempo, marché á Florencia deseoso de ver aquella ciudad. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos en la corte del gran du-

que, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios plebeyos que sin tenerle, y por honrarse, se le ponen á sí mismos en los países extranjeros. Hacíame, pues, llamar con descaro *don Rafael*, y como habia traido de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta nobleza, me presenté en la corte con brillantez. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini, publicaban en todas partes que yo era un sugeto de distincion; y como no lo desmentian los modales caballerescos que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

Supe introducirme muy presto con los primeros señores de la corte, los cuales me presentaron al gran duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte, y á estudiarle el genio. Oía para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho los cuentos graciosos traidos con oportunidad, y los dichos agudos. Esto me sirvió de regla, y todas las mañanas escribia en mi libro de memoria los cuentos que queria contarle durante el dia. Sabia tan grande número de ellos, que parecia tener un saco lleno, y aunque procuré gastarlos con economía, poco á poco se fué apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado á repetirlos ó á hacer ver que habia concluido mis apotegmas, si mi talento, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia: de manera que yo mismo compuse cuentos galantes ó cómicos, que divirtieron mucho al gran duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) por la mañana apuntaba en mi libro de memoria las agudezas que habia de decir por la tarde, vendiéndolas como ocurridas de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso de buena fe que mis versos no valian mucho, y por eso nadie los criticó; pero aun cuando hubieran sido mejores, dudo que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependeria de los asuntos que yo elegia. Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí que llegué á causar celos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo; pero no lo consiguieron, y solo llegaron á descubrir que habia sido renegado. No dejaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero, léjos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Obedecíle, y mis aventuras le divirtieron infinito.

Luego que la acabé, me dijo: Don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de ello una prueba tal que no te deje género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo con pasion á la mujer de uno de mis ministros. Es la señora mas linda de mi corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora lo celebrada que es en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de conquistar su corazon. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha oido suspirar por ella: he hallado medios de hablarle á solas; conoce mis sentimientos interiores, mas no por eso me lisonjeo de haberle inspirado amor, no habiéndome dado ningun motivo para formarme una idea tan lisonjera. Sin embargo, no desconfío de que llegue á serle grata mi constancia, y la misteriosa conducta que observo. La pasion que abrigo en mi pecho á esta dama, ella sola la conoce. En vez de dejarme llevar de mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado es ocultar á todo el mundo el conocimiento de mi amor. Paréceme deber esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinteres y celo con que me sirve, sus servicios y su probidad me obligan á proceder con el mayor secreto y circunspeccion. No quiero clavar un puñal en el pecho de este marido ínfeliz declarándome amante de su mujer. Quisiera que ignorase siempre, si posible fuera, el fuejo que me abrasa; porque estoy persuadido de que moriria de pena si llegase á saber lo que ahora te confío. Por eso le oculto los pasos que doy, y he pensado valerme de tí para que manifiestes á Lucrecia lo mucho que me hace padecer la violencia á que me condeno y mismo: tú serás el que le declares mis amorosos afectos, no dudando que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Traba conocimiento con Mascarini, procura granjear su amistad, introdúcete en su casa, y logra la libertad de hablar á su mujer. Esto es lo que espero de tí, y lo que estoy seguro harás con toda la destreza y discrecion que pide un encargo tan delicado.

Habiendo prometido al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su confianza, y contribuir á la satisfaccion de sus deseos, cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bienquisto del príncipe, me ahorró la mitad del camino. Franqueóme su casa, tuve libre la entrada en el cuarto de su mujer, y me atreveré á decir que en vista de

mi cauto proceder no tuvo la menor sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco celoso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su despacho, me dejaba muchos ratos solo con Lucrecia. Dejando desde luego á un lado los rodeos, le hablé del amor del gran duque, y le declaré que yo iba á su casa precisamente á tratar de este asunto. Parecióme que no le tenia grande inclinacion; pero al mismo tiempo conocí que la vanidad le hacia oir con gusto su pretension; y se complacia en oirla sin querer corresponder á ella. Era verdaderamente mujer juiciosa y muy prudente; pero al fin era mujer, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose á la lisonjera idea de tener aprisionado á un soberano. En conclusion, el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria á esta Lucrecia esclava de su amor. Sin embargo, un lance impensado desvaneció sus esperanzas, como ahora oirán ustedes.

Soy naturalmente atrevido con las mujeres, costumbre que contraje entre los turcos. Lucrecia era hermosa; y olvidándome de que con ella solamente debia hacer el papel de negociador, le hablé por mí en lugar de hablarle por el gran duque. Ofrecíle mis obsequios lo mas cortesmente que pude, y en vez de ofenderse de mi osadía, y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose: Confesad, don Rafael, que el gran duque ha tenido grande acierto en elegir un agente muy fiel y muy celoso, pues le servís con una lealtad que no hay palabras para encarecerla. Señora, le respondí en el mismo tono, las cosas no se han de examinar con tanto escrúpulo. Suplícoos que dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me favorecen mucho; yo solamente sigo lo que me dicta el corazon. Sobre todo, no creo ser el primer confidente de un príncipe que en punto á galanteo ha sido traidor á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores hallar en sus Mercurios unos rivales peligrosos. Bien puede ser así, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y solo un príncipe seria capaz de mover mi inclinacion. Arregláos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir, con la condicion de que jamas os suceda volver á tocar semejante asunto, pues de lo contrario podréis arrepentiros.

Aunque este era un *aviso al lector*, de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí no obstante en hablar de mi pasion á la mujer de Mascarini, y aun la importuné con mas eficacia que ántez á que correspondiese á mi cariño, llevando á tal extremo mi temeridad que quise tomarme algunas libertades. Ofendida entónces la dama de mis expresiones y de

mis modales musulmanes, se llenó de cólera contra mí, amemazándome de que no tardaria el gran duque en saber mi insolencia, y que le suplicaria me castigase como merecia. Dime yo tambien por ofendido de sus amenazas, y convirtiéndose en odio mi amor, determiné tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Fuíme á ver con su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria, le informé de la inteligencia que reinaba entre su mujer y el príncipe, pintándola muy enamorada para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente, fué encerrar sin mas ceremonia en un cuarto reservado á su esposa, encargando á personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Miéntras ella estaba cercada de vigilantes Argos que la observaban y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque noticias suyas, yo me presenté á este príncipe con rostro triste, y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini sin duda habia descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á guardar á su mujer; que yo no sabia por dónde pudiese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre habia yo usado del mayor disimulo y maña: que quizá la misma Lucrecia habria informado de todo á su esposo, y de acuerdo con él se habria dejado encerrar para librarse de solicitaciones que ponian en sobresalto su virtud. Mostróse el príncipe muy afligido de oirme: entónces me compadeció mucho su sentimiento, y mas de una vez me pesó de lo que habia dicho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que experimentaba un maligno placer cuando consideraba el estado á que habia reducido á una mujer orgullosa que habia despreciado mis suspiros.

Yo gozaba impunemente del placer de la venganza, cuando un dia, estando en presencia del gran duque con cinco ó seis señores de su corte nos preguntó á todos: ¿Qué castigo os parece mereceria un hombre que hubiese abusado de la confianza de su príncipe é intentado robarle su dama? Merecia, respondió uno de los cortesanos, ser descuartizado vivo: otro opinó que debia ser apaleado hasta que espirase; el ménos cruel de estos italianos, y el que se mostró mas favorable al delincuente, dijo, que él se contentaria con hacerle arrojar de lo alto de una torre. Y don Rafael, replicó entónces el gran duque, ¿de qué parecer es? porque estoy persuadido de que los españoles no son ménos severos que los italianos en semejantes ocasiones.

Conocí bien, como se puede discurrir, que Mascarini habia violado su juramento, ó que su mujer habia hallado medio de informar al gran duque de cuanto habia pasado entre

los dos. En mi rostro se echaba de ver la turbacion que me agitaba; pero á pesar de ella respondí con entereza al gran duque: Señor, los españoles son mas generosos; en igual lance perdonarian al confidente, y con este rasgo de bondad producirian en su alma un eterno arrepentimiento de haberles sido traidor. Pues bien, me dijo el duque, yo me contemplo capaz de esa generosidad y perdono al traidor, reconociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado de un hombre á quien no conocia, y de quien tenia motivos de desconfiar en razon de lo que me habian contado de él. Don Rafael, añadió, la venganza que tomo de vos es que salgais inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros en mi presencia. Retiréme en el mismo punto ménos afligido de mi desgracia, que gozoso de haber escapado de este apuro á tan poca costa. Al dia siguiente me embarqué en un buque catalan que salió del puerto de Liorna para Barcelona.

Cuando llegó don Rafael á este punto de su historia no me pude contener en decirle: Para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia así que descubrísteis á Mascarini el amor del príncipe hácia Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir cuanto ántes, á pesar del juramento que me hizo el ministro de no exponerme al resentimiento del príncipe. Llegué á Barcelona, continuó, con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme cuanto ántes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fué posible. Luego que llegué á la corte me apeé por casualidad en una de las posadas de caballeros, en donde vivia una dama llamada Camila, que aunque habia salido ya de la menor edad, era una mujer muy salada; testigo el señor Gil Blas, que por aquel mismo tiempo poco mas ó ménos la vió en Valladolid. Aun era mas discreta que hermosa, y ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes; pero no se parecia á aquellas ninfas que se aprovechan del agradecimiento de sus galanes. Si acababa de despojar á algun mayordomo de un gran señor, inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apénas nos vimos los dos cuando nos amámos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer comunes nuestros bienes. A la verdad no eran estos muy considerables, y así los comimos en

poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos uno y otro en agradarnos, sin valernos de las disposiciones que ambos teníamos para vivir á costa ajena. La miseria en fin despertó nuestros ingenios que el placer tenia aletargados. Querida Rafael, me dijo un dia Camila, pongamos treguas á nuestro amor, dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina. Tú puedes embobar á alguna viuda rica, y yo pescar á algun viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno á otro, ve ahí dos fortunas perdidas. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me ganas por la mano; pues iba á hacerte la misma propuesta: vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la mejor conservacion de nuestro amor es menester intentar conquistas útiles. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salímos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban pisaverdes, es decir, amantes que no tienen un cuarto; y á mí solo se me ofrecian aquellas mujeres que mas quieren imponer contribuciones que pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelámos á enredos y bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el corregidor llegó á saberlas, y este juez en extremo severo dió órden á un alguacil para que nos prendiese; pero este, que era tan bueno como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que le dimos. Tomámos el camino de Valladolid, é hicimos pié en aquella ciudad. Alquilé una casa donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo pasaba por hermana mia. Al principio nos contuvimos en ejercer nuestra habilidad, y comenzámos á tantear y conocer bien el terreno ántes de acometer ninguna empresa.

Un dia se llegó á mí en la calle un hombre, y saludándome muy cortesmente me dijo: ¿Señor don Rafael, no me conoce Vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó, conozco á Vmd. mucho por haberle visto en la corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran duque. Pocos meses há que dejé el servicio de aquel príncipe, y me vine á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha, vivimos en compañía de un castellano y de un gallego, mozos los dos seguramente muy honrados, y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos opíparamente y nos divertimos como unos príncipes. Si Vmd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque siempre le he tenido á Vmd. por un hombre muy de bien, naturalmente poco escrupuloso, y caballero profeso en nuestra órden.

La franqueza con que me habló aquel bribon, me estimuló á responderle del mismo modo. Ya que te has franqueado conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis proezas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto; pero, dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apénas dije á aquel ambidextro que consentia en aumentar el número de sus camaradas, cuando me condujo adonde estos estaban, y desde el mismo punto me di á conocer á todos. Allí fué donde vi por primera vez al ilustre Ambrosio de Lamela. Examináronme aquellos señores sobre el arte de apropiarse sutilmente lo ajeno. Quisieron saber si tenia principios de la facultad, y descubríles tantas tretas nuevas para ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasmaron cuando, despreciando yo la sutileza de mis manos, como una cosa muy ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes magistrales de hurtar que pedian ingenio; y para persuadirles que era verdad, les conté la aventura de Jerónimo de Miajádas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por de un talento superior, y todos á una me nombrasen por jefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su eleccion en una multitud de briboneríás que hicimos, de todas las cuales fuí yo por decirlo así la llave maestra. Cuando necesitábamos alguna actriz para forjar mejor algun enredo, echábamos mano de Camila, que representaba con primor cuántos papeles se le encargaban.

Dióle por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á su país, y con efecto marchó á Galicia, asegurándonos de su vuelta. Despues que satisfizo sus deseos, volvió por Búrgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, en donde un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien. Usted, señor Gil Blas, prosiguió dirigiéndome la palabra, se acordará sin duda del modo con que le desbalijámos en la posada de caballeros de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó Vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que le sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demas; pero no sabrá Vmd. las resultas de aquel pasaje, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargámos con la balija, y montados en vuestras mulas tomámos el camino de Madrid, sin contar con

Camila ni con los demas camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos de ver que no parecíamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudámos de pensamiento: en vez de ir á Madrid, de donde no habia salido sin motivo, pasámos por Cebréros, y continuámos nuestro camino hasta Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos muy decentemente; y luego vendiéndonos por dos hermanos gallegos que viajaban por curiosidad, en poco tiempo hicimos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á los modales cortesanos y caballerescos, que fácilmente se engañaron cuantos me vieron y trataron. A esto se añadia, que como en un país desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen, y por el lucimiento con que se portan, ofuscábamos á todos con magníficos festines que empezámos á dar á las damas. Entre las que yo visitaba encontré con una que me gustó, pareciéndome mas linda y jóven que Camila. Quise saber quién era, y me dijeron se llamaba Violante, mujer de un caballero que, cansado ya de sus caricias, galanteaba á una cortesana que se habia apoderado de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á hacer á doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la adquisicion que habia hecho. Comencé á seguirla á todas partes, y á hacer mil locuras para persuadirle de que no aspiraba yo á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mis intenciones. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo le habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España é Italia son tan cómodas. Decíame la dama en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga, y que hasta muy tarde no volvia á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir con esto. Aquella misma noche fuí á hablar por la reja con doña Violante, y tuve con ella una conversacion de las mas tiernas. Antes de separarnos quedámos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de las demas galanterías que nos fuese permitido practicar por el dia.

Hasta entónces don Baltasar (que así se llamaba el marido de Violante) podia darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fuí una noche al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podia vivir si no lograba hablarle á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor, fineza que aun no habia podido conseguir de ella. Apénas llegué cerca de la reja, cuando vi venir por la calle á un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido

de doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado allí á un hombre comenzó él mismo á pasearse por la calle. Dudé algun tiempo lo que debia hacer; pero al fin me determiné á llegarme á don Baltasar sin conocerle, ni que él me conociese á mí, y le dije: Caballero, suplico á Vmd. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á Vmd. Señor, me respondió, la misma súplica iba yo á hacerle á Vmd. Yo cortejo á una señorita que vive á veinte pasos de aquí, á la cual un hermano suyo hace guardar con la mayor vigilancia, por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle. Espere Vmd., repliqué, que ahora me ocurre un modo para que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra miéntras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: voy á ocupar mi sitio, Vmd. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, lo que podia hacer sin riesgo porque la noche estaba oscura.

Acercándome entónces sin recelo á la reja de Violante, no tardó esta en venir, y comenzámos á hablar. No me olvidé de instar á mi reina para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistióse un poco á mis ruegos para hacer mas apreciable el favor; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: Ahí va, me dijo, lo que deseáis, y vereis bien despachadas vuestras súplicas. Al decir esto se retiró por cuanto iba viniendo ya la hora en que acostumbraba á recogerse á casa su marido; pero este, que habia conocido muy bien ser su mujer el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con un fingido gozo me preguntó: Y bien, caballero, ¿está Vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á Vmd. ¿cómo le fué con la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? ¡Oh! no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un dia ántes de lo que habíamos pensado, y este contratiempo ha aguado el contento con que yo me habia lisonjeado.

Hicímonos don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad; y nos citámos para vernos en la Plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separámos se fué don Baltasar derecho á su casa, donde no mostró á su mujer el menor indicio de las noticias que tenia de ella, y al otro dia acudió á la Plaza segun lo acordado, y de allí á un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan

alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle, contándole yo el modo con que habia hecho conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido; y no contento con esto le enseñé el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: *Mañana iré á comer en casa de doña Ines; ya sabeis dónde vive: allí hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel, dijo don Baltasar, que le promete á Vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Doyle á Vmd. de antemano la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de parecer algo turbado miéntras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su conmocion y enojo. Estaba tan embelesado en mis halagüeñas esperanzas, que no me paraba en observar á mi confidente, aunque este se vió precisado á dejarme, sin duda por temor de que conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura, é ignoro lo que pasó entre los dos; solo sé que don Baltasar vino á casa de doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa ántes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se aquietaron las dos mujeres, que se habian asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian escondido ó hecho escapadizo. Lo que dijo á doña Ines y á su mujer no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavía de conocer que don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la Plaza, donde habia dicho á Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte mas dichosa que la mia. Miéntras le esperaba, vi á mi falso confidente venir hácia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de doña Ines. No sé qué demonio, le respondí, envidioso de mis gustos, me vino á echar un jarro de agua en todos ellos. Miéntras estaba á solas con ella instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así me marché por una puerta excusada dando mil veces al diablo al gran-

dísimo importuno que viene siempre á desbaratar mis designios. A la verdad lo siento, repuso don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado. Ese es un marido molesto, que no merece se le dé cuartel. ¡Oh! en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su mujer, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas: que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en cualquier lance me hallase bien prevenido. ¡Oh, qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡Oh querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, y de cuántas finezas os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él: yo conozco á un mozo que es un Alejandro; este nos acompañará, y con tal escolta podréis divertiros á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo: tan encantado me tenia su celo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separámos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no ménos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercámos á ella bien prevenidos de buenas armas. Hallámos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pié firme. Llegóse á mí don Baltasar y me dijo: Este es el caballero de cuyo valor hablámos esta mañana. Entre Vmd en casa de esa señora, y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa, y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Miéntras la estaba saludando los dos traidores que me siguieron hasta dentro de la casa habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambro-

sio se quedó en la calle. Descubriéronse entónces, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Bien se deja conocer que fué forzoso entónces llegar á las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí dándoles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido; y el cuñado viéndole en aquel estado tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse miéntras nosotros reñíamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mujeres que habia visto ir huyendo, no sabia precisamente á qué atribuir el rumor que acababa de oir. Volvimos á la posada, y recogiendo lo mejor que teníamos, montámos en nuestras mulas, y salímos de la ciudad ántes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el lance podia tener malas resultas, y que se harian en Toledo pesquisas, contra las cuales seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarubia en un meson, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorbe. Cenámos con él, y nos contó el trágico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ajeno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos dijo, el caso lo supe esta mañana al ir á montar á caballo; se hacen grandes diligencias para encontrar á Violante; y me han asegurado que, siendo el corregidor pariente de don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno para descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.

Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante, tomé desde luego la determinacion de salir cuanto ántes de Castilla la Nueva, haciéndome cargo de que si encontraban á Violante confesaria esta cuanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la justicia despacharia rápidamente varias gentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones resolvimos desviarnos del camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podíamos pasar con seguridad á Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que están ántes de llegar á la ciudad, y por senderos muy practicados por mi conductor, llegámos á una gruta que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma adonde ayer noche llegaron Vmds. á pedirme los recogiese.

Miéntras estaba yo examinando sus contornos que me re-

presentaban un país deliciosísimo, me dijo mi compañero: Seis años há que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es así. Dicho esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: Apeáos, don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy tierno. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré, y vi tendido en una vil tarima á un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y larga, que le llegaba hasta la cintura, y tenia en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercámos á él, entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y despues de habernos mirado un momento nos dijo: *Hermanos mios, seais quienes fuereis, aprovecháos del espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo, y sesenta en esta soledad. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y al contrario qué corto el que he consagrado á la penitencia! ¡Ah! mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para expiar los pecados del licenciado don Juan de Solis.*

Apénas dijo estas palabras cuando espiró; y los dos nos quedámos atónitos á vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresion hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmocion, porque olvidámos presto lo que acababa de decirnos. Comenzámos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita, en lo que no tardámos mucho tiempo, pues todos los muebles consistian en lo que habeis podido ver en ella. No solo la tenia el hermano Juan mal amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallámos se reducian á unas pocas avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que á la cuenta no habian podido mascar las despobladas encías del santo varon: digo despobladas, porque observámos que se le habia caido la dentadura. Todo lo que contenia esta morada solitaria y todo lo que veíamos, nos hacia mirar á este buen anacoreta como á un santo. Una sola cosa nos llamó la atencion: hallámos un papel plegado en forma de carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en la cual encargaba á quien le leyese, que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquel nuevo padre del desierto

desear que se hiciese á su obispo semejante regalo. Olíanos esto á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¿quién sabe si solo fué un si es, no es de tontería? Es punto que no me meteré á decidir.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dijo, en esta ermita, y disfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre de hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del corregidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de extravagancia, y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrímos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterrámos en ella modestamente al anacoreta despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortámos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funerales tomámos posesion de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provision que nos habia dejado el difunto; pero el dia siguiente ántes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Arregló tambien la barba del hermano Juan, ajustómela á la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuia mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipaje, de manera que no podíamos mirarnos sin reirnos, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Hacia tres dias que estábamos en la ermita sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos que traian al difunto, creyendo que estuviese todavía vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los vi me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de

la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería, y sí solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dijo con cierto aire hipocriton: No os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la he dejado por venir á acompañar al venerable y discreto hermano Juan, y asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los aldeanos prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heróica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su país.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la demanda en la ciudad de Cuenca, que solo dista una legua corta de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, y ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer, no dejó de mover el corazon de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad. Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. Vive diez que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante capuchino. Algo mas he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. La he hallado bien mudada; pues se ha dado como nosotros á la devocion. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican el mundo en público, y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció, tanto que me vi obligado á decirle: ¿como así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos, y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, amigo Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el verte vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño? Eso es cosa larga, le respondí, y ahora no puedo detenerme á contárosla; pero mañana á la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? Tú no sabes lo que te dices, pues se asegura que tiene mas de cien años. Es verdad, le respondí, que en otro tiempo tuvo esa edad; pero de pocos dias á esta parte se ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él.

Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo: sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No dejámos de ir al dia siguiente luego que fué noche á casa de aquellas santurronas, que para recibirnos mejor nos tenian prevenida una gran cena. Así que entrámos en su casa nos quitámos las barbas postizas, y el hábito eremítico, y sin ceremonia nos presentámos á estas princesas tales cuales éramos; y ellas, por no parecer ménos francas que nosotros, nos mostraron de cuánto son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasámos casi toda la noche á la mesa; y no nos retirámos á nuestra gruta hasta poco ántes de amanecer. Repetímos presto la visita, ó por mejor decir, seguímos el mismo método por espacio de tres meses, y gastámos con aquellas ninfas mas de los dos tercios de nuestro caudal; pero cierto celoso lo ha descubierto todo, dando parte á la justicia, la cual debia hoy ir á la ermita á echarnos mano. Ayer, miéntras Ambrosio hacia su demanda en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole: Una amiga mia me escribe esta carta, que iba á enviaros con un propio. Muéstresela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido. Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitacion.

CAPITULO II.

De la conferencia que tuvieron don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplido, tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas le dijo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar. Dices bien, respondió su camarada: es menester pensar adónde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagio de que daremos

golpes magistrales. Don Rafael, que sobre estos asuntos tenia gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperámos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y despues cargámos el caballo con la bota de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habíamos andado cien pasos, cuando descubrímos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó don Rafael. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, y que creyéndonos en este bosque nos vendrán á buscar en él? No lo pienso, dijo Ambrosio; ántes bien serán algunos pasajeros que por haberles cogido la noche, se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir á reconocerlos: miéntras tanto quedáos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercando poco á poco adonde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo mirando con toda la atencion que á su parecer merecia el caso, vió sentados sobre la yerba, al rededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra, á cuatro hombres, que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una mujer atados á dos árboles, y algo mas allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debian ser ladrones, y por la conversacion que les oyó acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre de quién habia de ser la dama que habia caido en sus manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela, volvió adonde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dijo entónces don Alfonso, la mujer y el hombre que tienen atados á los árboles los ladrones, quizá serán una señora y un caballero de distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctimas á la barbarie y á la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre estos bandidos, y mueran todos á nuestras manos. Consiento en ello, dijo don Rafael, y estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó,

que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, de la cual preveia que seríamos bien recompensados, segun su modo de pensar: Y aun me atrevo á decir, añadió, que en esta ocasion el peligro no me amedrenta, y que ningun caballero andante se manifestó nunca mas pronto al servicio de las damas. Pero, si se han de decir las cosas sin faltar á la verdad, el riesgo no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, no nos fué muy difícil ejecutar nuestra resolucion. Atámos, pues, á un árbol el caballo, y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino, hablaban todos metiendo un ruido confuso que favorecia mucho el golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas ántes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellos á boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos en el suelo.

Durante esta expedicion se apagó la luz, y nos quedámos en la oscuridad. Sin embargo de esto acudímos inmediatamente á desatar el hombre y la mujer, que estaban tan poseidos de terror, que no tuvieron aliento para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles. Verdad es que ignoraban aun si debian mirarnos como á bienhechores, ó como á nuevos bandidos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procurámos sosegarlos asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que média legua de allí, donde podrian tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad adonde se dirigian. Despues de que los hubimos animado, los metimos en su coche, y los sacámos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida á visitar las faltriqueras de los vencidos; despues fuimos á desatar el caballo de don Alfonso, y nos apoderámos tambien de los que eran de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro, seguímos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamámos á la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse, y vistiéronse de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que los hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron una comitiva que prometia hacer mucho mas gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso

y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano á la señora y al caballero para ayudarles á bajar del coche, sirviéndoles como de gentileshombres hasta el cuarto adonde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos; y quedámos muy admirados cuando llegámos á saber que los personajes á quienes acabábamos de libertar eran el conde de Polan y su hija Serafina. Pero ¿quién podrá describir el asombro de esta señora y de don Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasaje porque estaba distraido en otras cosas. Púsose á contarnos menudamente el modo con que los habian asaltado los ladrones, y se habian apoderado de su hija y de él despues de haber muerto al postillon, á un paje, y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido, y que si queríamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria pruebas que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos tambien mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado don Rafael y yo que gustaria don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella viuda jóven, lo dispusimos prontamente, entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, le dijo don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga á vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho. ¡Pues qué! le respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado la vida y el honor? ¿sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah, don Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No le dijo mas; pero él comprendió bastante por sus palabras y por el tono en que las dijo, que si amaba con extremo á Serafina, no era ménos amado de ella.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO I.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros despues que se separaron del conde de Polan: del importante proyecto que formó Ambrosio, y cómo se ejecutó.

Despues de haber pasado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos gracias, y asegurarnos que podíamos contar con su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo llegaria con seguridad á Turis, adonde tenia ánimo de ir. Dejámos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salímos de la venta siguiendo el camino que Lamela quiso escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció ya cerca de Campillo. Llegámos prontamente á las montañas que hay entre aquella villa y Requena, y allí pasámos el dia en descansar y en contar nuestro caudal, que se habia aumentado mucho con el dinero que habíamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones en diferentes monedas. Al entrar de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entrámos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontrámos, emboscámonos en él, y llegámos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que iba lentamente á juntarse con las del Guadalaviar. La sombra con que nos convidaban los árboles y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, nos hubieran determinado á hacer alto en aquel paraje, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y hacíamos ánimo de pasar allí aquel dia alegremente; pero cuando fuimos á almorzar nos hallámos

con poquísimos víveres. Empezaba á faltarnos el pan, y nuestra bota se habia convertido en un cuerpo sin alma. Señores, dijo entónces Ambrosio, sin Céres y sin Baco á ninguno agrada el sitio mas delicioso. Soy de parecer que renovemos nuestras provisiones, y así marcho á este fin á Chelva, que es una linda villa, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viaje. Dicho esto, cargó en el caballo la bota y las alforjas, montó, y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta su vuelta. Teníamos motivo para creerlo así, y aguardábamos por momentos á Lamela; mas sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del mediodía, y aun se aproximaba la noche para cubrir los árboles con su negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venia provisto. No solo traia la bota llena de exquisito vino, y atestadas las alforjas de carnes asadas, sino que reparámos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo, que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose: Apuesto yo á don Rafael, y á todos los mas diestros del mundo, que no son capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado todo este envoltorio de ropa. Diciendo esto lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color; dos chupas, y dos pares de calzones; un tintero de cuerno con su salvadera, y cañon para meter las plumas; una mano de papel fino, un sello grande y un candado, juntamente con una barreta de lacre verde. ¡Par diez, señor Ambrosio, exclamó zumbándose don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, que habeis empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todas estas cosas no me han costado sino diez doblones, y estoy persuadido de que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que he formado: un proyecto que sin disputa es de los mas ingeniosos que puede concebir el entendimiento humano. Vais á oirlo, y estoy seguro que quedaréis atónitos al saberlo: estadme atentos.

Despues de haber hecho mi provision de pan, me entré en una pastelería y mandé que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, é igual número de gazapos. Miéntras todo esto se estaba asando entró en la pastelería un hombre encendido en cólera, quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del pueblo, y le dijo al pastelero: Por

Santiago Apóstol que Samuel Simon es el mercader mas ruín que hay en todo Chelva. Acaba de afrentarme públicamente en su tienda, pues no me ha querido fiar el grandísimo ladron seis varas de paño, sabiendo como sabe que soy un artesano que cumplo bien, y que á ninguno he quedado jamas á deber un cuarto. ¿No os admirais de semejante bruto? Él fia sin reparo á los caballeros, cuando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un ochavo, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último maravedí. ¡Qué manía! ¡maldito judío! ¡ojalá le engañen! Puede ser que se me cumpla algun dia este deseo, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Oyendo yo hablar de este modo á aquel pobre menestral, que dijo ademas otras muchas cosas, de repente me asaltó el deseo de vengarle, y de hacer una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me diréis qué carácter tiene ese mercader? El peor que se puede discurrir, me respondió con enfado. Es un desenfrenado usurero, aunque en su exterior aparenta ser un hombre virtuoso: es un judío que se volvió católico, pero en el fondo de su alma es todavía tan judío como Pilátos; porque se asegura haber abjurado por interes.

No perdí palabra de todo lo que dijo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería, procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Paréme á ver su tienda, examinéla toda, y mi imaginacion siempre pronta á favorecerme, me sugiere un enredo que abrazo con presteza, pareciéndome digno del criado del señor Gil Blas. Fuíme derecho á una ropería, y compré los vestidos que veis, uno para hacer el papel de comisario del Santo Oficio, otro para representar el de secretario, y el tercero para fingir el de alguacil. Ved ahí, señores, lo que hice y lo que fué la causa de mi tardanza.

¡Ah, querido Ambrosio, interrumpió don Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan sutilísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Sí, amigo Lamela, prosiguió, penetro bien todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en que el éxito será dichoso. Solo has menester dos buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú tienes un aspecto devoto y harás muy bien de comisario del Santo Oficio, yo representaré el secretario, y el señor Gil Blas, si gusta, hará de alguacil. Ya están repartidos los

papeles; mañana representarémos la comedia; y yo respondo del buen éxito, á ménos que sobrevenga alguno de aquellos lances imprevistos, que dan en tierra con los designios mas bien combinados.

Por lo que á mí toca, solo comprendí en confuso el proyecto que don Rafael alabó tanto; pero durante la cena me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho á la bota copiosas sangrías, nos tendimos sobre la yerba, y tardámos poco en dormirnos; pero no fué largo nuestro sueño, porque una hora despues le interrumpió el desapiadado Ambrosio gritando ántes del dia: *En pié, en pié;* los que traen entre manos grandes empresas que ejecutar, no han de ser perezosos. ¡Maldito sea el señor comisario, le dijo don Rafael entre despierto y dormido, y lo que su señoría ha madrugado! En verdad que el judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas, añadió riéndose, que esta noche soñé que yo le estaba arrancando pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras mil chufletas que se dijeron, nos pusimos todos de muy buen humor. Almorzámos alegremente, y luego nos dispusimos para representar cada uno su papel. Ambrosio se echó á cuestas las hopalandas, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestímos de modo que parecíamos perfectamente un secretario y un alguacil. Empleámos bastante tiempo en disfrazarnos y en ensayar lo que habíamos de hacer, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde cuando salímos del bosque para encaminarnos á Chelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; ántes bien era del caso no dejarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminámos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas del pueblo, dando tiempo á que oscureciese enteramente.

Cuando nos pareció tiempo, dejámos los caballos en aquel sitio á cargo de don Alfonso, que se alegró mucho de no tener que hacer otro papel. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos en derechura á la puerta de Samuel Simon. Él mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dijo en tono imperioso: Señor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entreguéis la llave de vuestro despacho. Quiero ver si hallo en él con que justificar las delaciones y acusaciones que se nos han presentado contra vos.

El mercader, á quien habian turbado estas palabras, retrocedió dos pasos como si alguno le hubiese dado un golpe en el pecho, y léjos de sospechar en nosotros alguna superchería, creyó de buena fe que algun enemigo oculto le habia delatado al Santo Oficio; ó tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca vi hombre mas confuso. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que teme á la Inquisicion. El mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio: Señor Samuel, á lo ménos recibís con sumision las órdenes del Santo Oficio; pero, añadió, retiráos á otro cuarto, y dejadme practicar libremente mi empleo. Samuel no fué ménos obediente á esta segunda órden que lo habia sido á la primera: retiróse á su tienda, y nosotros tres entrámos en su despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y ménos tiempo encontrar, porque estaba en un cofre abierto, donde habia mas del que podíamos llevar. Consistia en gran número de talegos, puestos unos sobre otros, y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenámos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podíamos encajar; de suerte que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias á la destreza de Ambrosio y de don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salímos del cuarto despues de haber hecho nuestro negocio: y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado que quiso echar por su misma mano á la puerta; plantóle el sello, y luego dijo á Simon: Maese Samuel, de parte del tribunal os prohibo que llegueis á este candado, ni tampoco á este sello, que debeis respetar, pues que es el sello del Santo Oficio. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo y á daros órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por la cual fuimos todos desfilando alegremente, y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos comenzámos á caminar con tal ligereza, que apénas tocábamos con el pié en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salímos presto fuera de la villa, y volviendo á montar en nuestros caballos tomámos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.[1]

[1] Protector de los ladrones.

CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron don Alfonso y Gil Blas despues de esta aventura.

Anduvimos toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallámos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorbe. Como todos estábamos cansados, nos desviámos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrímos al pié de una colina á cosa de unos mil ó mil y doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pié un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del dia, nos apeámos, quitámos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, nos echámos sobre la verde yerba, y despues de haber reposado un poco, acabámos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado á Samuel Simon, y hallámos que ascendia á tres mil ducados; con cuya cantidad y el caudal que ya teníamos, podíamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y don Rafael, que ya se habian quitado los disfraces, dijeron que querian tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorbe á ver si se les presentaba alguna ocasion de emprender otra nueva hazaña. Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estaremos de vuelta. Señor don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la ida de ustedes sea como la del humo: temo que si una vez se van, tarde nos juntaremos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que teneis de nosotros acordándoos de lo que hicimos en Valladolid; y de creer que no haríamos mas escrúpulo de abandonaros que á los compañeros que dejámos en aquella ciudad. Sin embargo os engañais enormemente. Aquellos camaradas á quienes vendimos eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer

justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé ménos motivo á la division; pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á Vmd. y al señor don Alfonso que tengan mas confianza de nosotros, y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que don Rafael y yo tenemos de ir á Segorbe.

Es muy fácil, dijo entónces el hijo de Lucinda, librarlos de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve Vmd., señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedaréis así resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendréis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome á la sombra de los sauces con don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron: Señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aquí con esos bribones. No os puedo decir cuántos millares de veces me he arrepentido ya de ello. Ayer noche miéntras me quedé guardando los caballos hice mil reflexiones que me despedazan el corazon. Consideré que era muy ajeno de un jóven que nació con honra vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como muy fácilmente puede suceder) llegase á ser tal algun dia el resultado de una de estas maldades, que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladron, y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estas funestas ideas; y así os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice en los delitos que cometan. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobaréis este pensamiento. Cierto es que no, le respondí. Aunque Vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto. El cielo me es testigo de que miéntras estaba representando tan distinguido papel, me dije á mí mismo: á fe, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarte la mano, sin duda merecerias bien el salario que te tocase. Así que, señor don Alfonso, no estoy mas dispuesto que Vmd. á continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré, si es que me lo permite, á

cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores les suplicaremos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó esta misma noche, nos despediremos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo: Iremos á Valencia, y nos embarcaremos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No vale mas seguir la carrera de las armas, que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero ademas de que la necesidad me obliga á ello, protesto resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedámos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él, ni aun nos permitió que nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caida de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y don Rafael. La primera cosa que nos dijeron, fué que habian hecho un viaje muy feliz, y que dejaban echados los cimientos de una aventura que, segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzó á explicarnos el plan el hijo de Lucinda; pero don Alfonso le atajó, diciéndole cortesmente que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedímos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomámos el camino de Valencia.

CAPITULO III.

Cómo don Alfonso se halla en el colmo de su alegría; y la aventura por la cual se vió de repente Gil Blas en un estado dichoso.

Camináamos felizmente hasta Buñol, donde por desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo don Alfonso. Dióle una calentura tan ardiente, que le creí en el mayor riesgo. Quiso la fortuna que no hubiese médico en el lugar, y salímos á poca costa de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio de calentura, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno al otro, nos jurámos una eterna amistad.

Proseguímos nuestro viaje firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera así que llegásemos á Valencia; pero el cielo que nos preparaba una suerte feliz dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa quinta que habia en el camino mucha gente aldeana de ambos sexos que bailaban formando corro. Acercámonos á ver la fiesta, y don Alfonso, que estaba muy ajeno de hallar el objeto que se le presentó, se quedó sorprendido de ver entre los circunstantes al baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció á don Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡Ah, querido don Alfonso! ¡vos aquí! ¡Qué agradable encuentro! Cuando por todas partes os andan buscando, una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos.

Apeóse al instante mi compañero, y fué precipitado á dar mil abrazos al baron, cuya alegría me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le condujo á la habitacion, adonde yo tambien fuí, habiéndome apeado y atado á un árbol los caballos. El primero á quien encontrámos fué al dueño de la misma quinta, que mostraba ser de edad de cincuenta años, y tenia bellísimo aspecto. Señor, le dijo el baron de Steinbach presentando á don Alfonso, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras don César de Leiva, que así se llamaba aquel caballero, echó los brazos al cuello á don Alfonso, y le dijo llorando de gozo: Reconoce, hijo mio, al padre que te dió el ser. Si te he dejado ignorar tanto tiempo quién eres, cree que ha sido á costa de hacerme á mí mismo

una cruel violencia. Mil veces he suspirado de pena; pero no podia proceder de otra manera. Caséme con tu madre, llevado solo de amor, porque su nacimiento era muy inferior al mio: vivia yo bajo la autoridad de un padre de genio duro que me redujo á tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. El baron de Steinbach era el único depositario de mi confianza, y de acuerdo conmigo se encargó de criarte. En fin, ya no vive mi padre, y puedo manifestar al mundo que tú eres mi único heredero. No es esto lo mas, añadió, pienso casarte con una señora, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió don Alfonso, no me hagais pagar sobrado cara la dicha que me anunciais. ¿No puedo saber que tengo el honor de ser hijo vuestro sin que esta noticia venga acompañada de otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No querais ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo ménos tampoco os obligó á recibir una esposa escogida por él. Hijo mio, respondió don César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tus deseos; todo lo que exijo de tu sumision es que tengas la condescendencia de ver á la que te tengo destinada ántes de resolverte á tomar otro partido. Aunque es hermosa, y tu enlace con ella muy ventajoso para tí, no por eso te haré violencia para que la tomes por esposa. No está léjos, hállase actualmente en esta misma casa; ven, y confesarás que no hay un objeto mas amable. Diciendo esto condujo á don Alfonso á un magnífico cuarto, adonde los acompañámos el baron de Steinbach y yo.

Estaban en él el conde de Polan con sus dos hijas Serafina y Julia, con don Fernando de Leiva su yerno, el cual era sobrino de don César, y con otras muchas señoras y caballeros. Don Fernando, que segun se ha dicho habia sacado á Julia de su casa, acababa de casarse con ella, y con motivo de la boda habian concurrido á aquella celebridad los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la concurrencia, se levantó el conde de Polan, y corrió exhalado á abrazarle, diciendo á gritos: ¡Sea bien venido mi libertador! Don Alfonso, prosiguió el conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la mia. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor libraste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de don César correspondió con las mas vivas expresiones de agradecimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo fácil discernir cuál de los dos afectos disputaba la preferencia en su agitado corazon, si el gozo de

haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró el matrimonio con el mayor regocijo y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que acudieron á libertar al conde de Polan, este me conoció, y me dijo que mi fortuna corria de su cuenta. Yo le di muchas gracias por su generosidad, y no quise separarme de don Alfonso, el cual me hizo mayordomo de su casa, honrándome con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho á Samuel Simon, me envió á llevar á este comerciante todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitucion, lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

Le Sage, Alain René
Historia de Gil Blas

LeSage, Alain René
Historia de Gil
El Padre Isla.
Vol. 1.

DATE.

